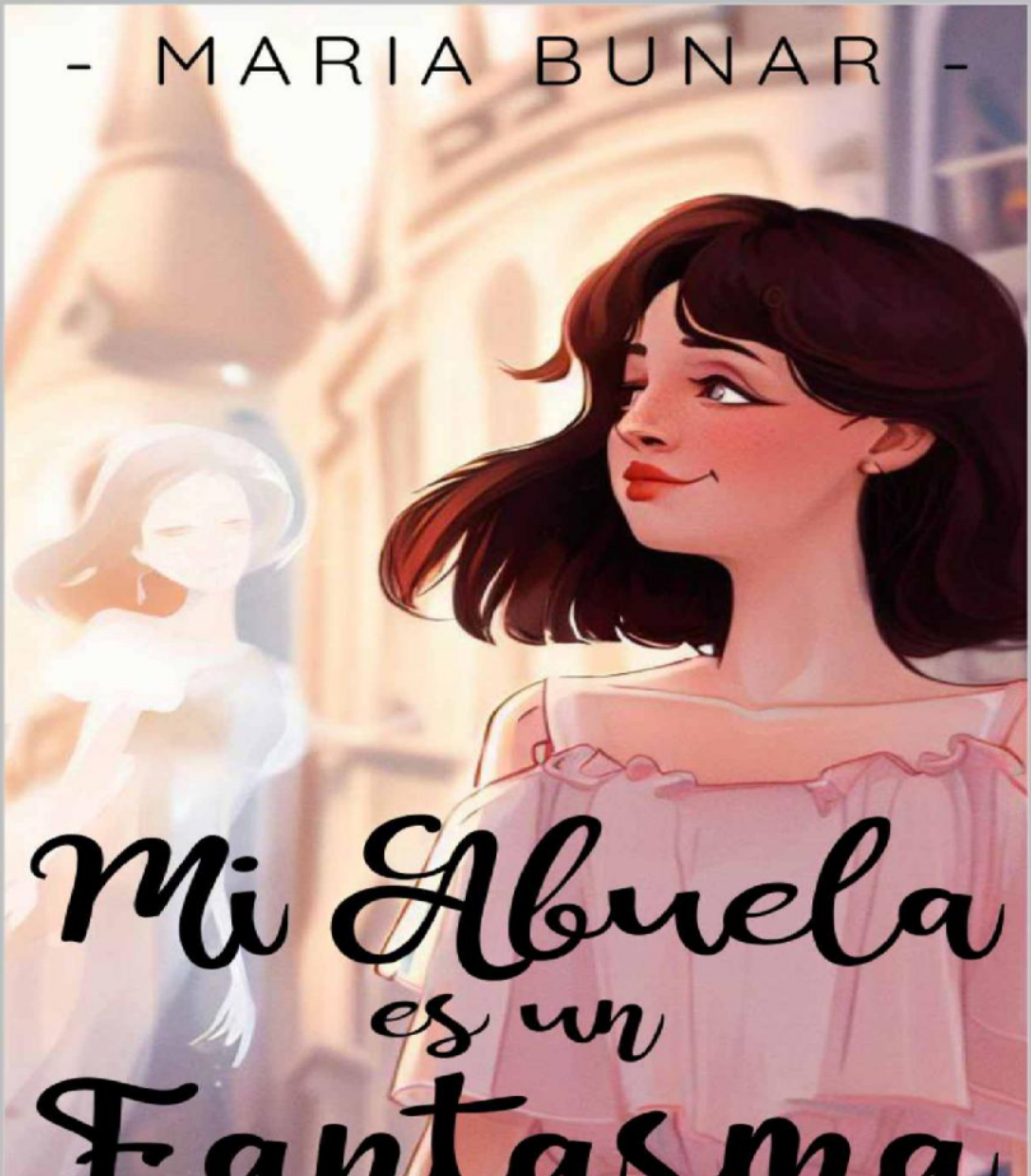

- MARIA BUNAR -
Mi Abuela es un Fantasma

Mi Abuela es un Fantasma

Maria Bunar

Capitulo 1

Un gran susto

Tengo que reconocer que enseñar no es fácil, y más si pretendes enseñar a una persona que es un fantasma, pero tengo paciencia porque ese fantasma es un ser muy querido para mí. Empezaré a explicaros la historia para que lo comprendáis.

Desde que éramos pequeños mi hermano y yo hemos vivido con mi abuela, porque nuestros padres desaparecieron de nuestras vidas demasiado pronto. No recuerdo ese episodio tan terrible porque yo tenía un año y mi hermano cuatro, y porque tuvimos a una persona, mi abuela, que se hizo cargo de nosotros. El hecho de que no recuerde ese horrible momento no significa que hayamos olvidado a nuestros padres, porque ella fue la encargada de que permanezcan en nuestra memoria para siempre. Mi abuela casi desde el principio de nuestra vida nos enseñó sus fotos, a la vez que indicando con el dedo decía "es mamá" o "es papá", y cuando fuimos un poco mayores nos habló mucho de ellos, explicándonos la maravillosa historia de amor que unió a dos personas de lugares tan diferentes. En fin, que mi abuela consiguió que el recuerdo de nuestros padres estuviera siempre presente, un recuerdo que, en vez de amargar nuestras vidas, las enriqueció todavía más.

Cuando pienso en esa maravillosa historia de amor que unió a nuestros padres y que a veces, cuando me da por repetirla, a mi hermano le hace torcer el gesto para hacerse el duro diciéndome que soy una cursi romántica, aunque yo sé que le agrada escucharla, no puedo evitar llorar de emoción. Os lo voy a explicar por encima antes de entrar en la trama principal de nuestro relato, que tiene que ver con ese fantasma querido del que os he mencionado.

Mi padre, al igual que la abuela que nos ha cuidado desde siempre, nació en Escocia, lugar en donde vivimos actualmente, y mi madre nació en un pueblecito de Málaga; ambos se conocieron cuando mi abuela y mi padre fueron a veranear allí, y fue en ese verano cuando ambos iniciaron su historia de amor y se casaron.

El pueblo de mi madre estaba al lado del mar, y allí se trasladó mi padre para vivir con ella. Mamá era maestra, y aunque le gustó mucho la tierra de mi padre, convenció a éste para que se trasladara a la suya propia, detalle que no molestó a mi abuela, pero que no le hizo renunciar a abandonar su hogar, pese a los ruegos no sólo de mi padre sino también de mi madre, a la que le apenaba que la abuela empezara a vivir sola en su próspera granja que ella cuidaba con mano firme con la ayuda de un empleado, Peter, otro más de la familia.

Al ser mamá huérfana, cuando ocurrió lo que pasó, mi abuela no tuvo ningún problema legal para hacerse con nuestra tutela. Mi hermano y yo somos por tanto mitad escoceses y mitad españoles, y por ello la abuela nos obligó a estudiar español; además, aunque no todos los veranos, algunos hemos ido al que fue el hogar de mis padres que mi abuela en vez de vender conservó, porque ella siempre decía que nuestras raíces pertenecían a los dos lugares.

Antes de hablaros de mi querido fantasma, tengo que deciros que ahora tengo doce años y mi hermano quince y que seguimos viviendo en esta granja, recorriendo este paisaje maravilloso en compañía de nuestro querido Peter y también de nuestro amado fantasma.

Pero ya es hora de que os hable de nuestro fantasma, tenéis que saber por qué un fantasma que vive con nosotros nos es tan querido y necesario. Todo ocurrió cuando un día al salir del colegio y regresar a casa al llamar a nuestra abuela, ella no nos contestó, algo que nos extrañó porque por muy ocupada que estuviera, siempre nos esperaba en la acogedora cocina para prepararnos un buen vaso de leche caliente con las galletas que cocinaba para nosotros y que eran famosas por los alrededores. La abuela no aparecía por ningún lado, aunque en la robusta mesa de roble estuviera el plato con las deliciosas galletas y nuestros vasos de leche.

No le dimos importancia y nos dispusimos a comer con apetito, cuando de repente mi hermano William, al que a veces tanto mi abuela como yo llamábamos Guillermo para no olvidar la mitad de nuestro origen, dio un grito. - ¡Abuela, qué te pasa!

Volví la cabeza y yo también grité. Ante mí apareció la figura de mi abuela totalmente transparente, era como si no tuviera volumen corporal, y encima flotaba caminando hacia nosotros sin rozar el suelo. Me sentí aterrada, e iba a proferir un grito cuando ella nos habló.

-Niños, niños, no os asustéis, soy yo, por favor llamad a Peter, que venga rápido, luego os explicaré todo.

-¿Pero qué te ocurre, abuela? -Preguntó de nuevo mi hermano extendiendo su mano para tocarla, viendo los dos con terror como esa mano se adentraba en un cuerpo que había desaparecido.

-Por favor, hijos míos, no tengáis miedo, soy yo, vuestra abuela, avisad a Peter y luego permaneced en la cocina. Os aseguro que lo entenderéis cuando os lo cuente todo, pero daros prisa, necesito que venga cuanto antes.

La dulce voz de mi abuela era la suya, y los dos nos miramos mientras ella acariciaba nuestras cabezas, una caricia que parecía rozarnos como si fuera un suave y cálido viento.

Salimos los dos corriendo, encontramos a Peter en las cuadras cuidando a los caballos, y le gritamos que viniera, que algo extraño le había pasado a nuestra abuela. El viejo Peter, fuerte como un toro, corrió velozmente, y al entrar en la cocina y ver la extraña figura se le demudó el rostro.

-Grace, mi querida Grace, qué ha pasado.

-Peter, ven conmigo al salón, tenemos que hablar. Niños os prometo que luego os explicaré todo, lo vais a entender perfectamente, pero no salgáis de aquí. Alice, vence tu curiosidad y quédate con William hasta que yo os diga.

Alice o Alicia, indistintamente a como me llamaran, era yo, y parece ser que para mi abuela era la más curiosa, pero cómo iba a pretender que esperáramos sin intentar escuchar lo que le iba a explicar al bueno de Peter.

-Alice, no entiendo nada, pero es nuestra abuela, es su voz -me dijo William con la cara blanca.

-Lo sé -contesté-, pero no pienso quedarme aquí, necesito enterarme de lo que la abuela le va a decir a Peter. No podemos esperar a que luego nos lo cuente, porque igual no nos lo explica de la misma forma.

Vi que la mirada de mi hermano asentía a lo que yo decía, y ambos

nos levantamos sigilosamente, y adentrándonos en la despensa salimos por una pequeña puerta que estaba cerca del salón y de las amplias escaleras que subían a las habitaciones. Nos situamos al lado de la puerta cerrada del salón, con la oreja colocada tras la puerta, y escuchamos las palabras entrecortadas de mi abuela.

-Tienes que ayudarme, Peter, nadie debe de enterarse, sobre todo mi gran enemiga Rachel, que disfrutaría enormemente con esta desgracia. Mis nietos no pueden quedar desamparados. No soportaría que los encerrarán en ninguna institución, ellos tienen que hacerse mayores aquí, vivir en esta casa que es su hogar.

-Pero, Grace, cómo lo vamos a ocultar, qué vamos a hacer.
-La ventaja de vivir tan aislados nos protegerá. Tú puedes sustituirme en las compras que hacemos en el pueblo, el colegio de los niños está a varios kilómetros, y siempre podrás ir tú en mi lugar para las pocas reuniones en las que tengamos que acudir los padres o tutores. Sé que saldrá bien, nuestra situación nos favorece.

En esos momentos, mi hermano dio un gritó, volví la cabeza y yo también grité. Pasado el tiempo pensé que realmente haber visto la figura espectral de mi abuela ya nos tenía que haber avisado de lo que realmente le había ocurrido. Imagino que si no fuimos capaces de entenderlo en su momento fue por el sobresalto tan impactante que sufrimos al verla en su estado actual, aunque al respecto he de decir que su voz, esa voz tan querida y reconocida, nos evitó un susto peor. Estaba claro que mi querida abuela era ahora un fantasma, y que su cuerpo yacía en las escaleras.

Peter y el fantasma de mi abuela salieron de la habitación en cuanto oyeron el grito, y ella, flotando, acudió a nuestro lado que permanecíamos abrazados; sus etéreos brazos nos rodearon, y fui capaz de sentir el abrazo, aunque como ya dije la sensación fuera de percibir un aire acariciador rodeándonos. La voz de mi abuela era la misma que cuando todavía tenía una apariencia corporal.

-Sí, mis queridos nietos, resbalé tontamente por las escaleras y pasó, pero no os preocupéis, la eternidad puede esperar. ¡Hombre que va a esperar!

-¡Abuela, te has convertido en un fantasma! -exclamó Williams con voz temblorosa.

-Sí, querido, ha sucedido ese milagro, y doy gracias al cielo,

todavía me necesitáis.

-¿Pero cómo ha podido suceder? -pregunté yo, sintiendo una mezcolanza de sentimientos, un terrible dolor al contemplar su envoltura corporal tirada en el suelo, y un profundo agradecimiento al ver que ella todavía estaba con nosotros, y que, aunque de forma distinta, permanecía a nuestro lado. Además, su voz, tal como ya he dicho, era la misma voz que conocíamos, y pensándolo bien ese detalle era el más importante.

-Bueno, no sé realmente cómo ha sucedido, pero creo adivinarlo. Cuando me di el maldito tropezón y mi cabeza se estrelló contra la escalera, por unos segundos mi cerebro siguió funcionando, y en ese momento creí ver una especie de túnel blanco, sé que me resistí pensando que no os podía hacer esta faena, que me necesitábais. Yo notaba también que ese túnel de color blanco parecía llamarme, atrayéndome de una forma irresistible, invitándome a cruzarlo, pero me negué, el solo pensamiento de abandonaros me hizo aguantar, y de pronto sentí que salía de mi propio cuerpo, pero que era yo, además me di cuenta enseguida de que mi voz la conservaba, porque lógicamente di un grito espantoso al ver lo que realmente me había pasado por no tirar las dichosas zapatillas que ya me habían producido algún susto anterior. En fin, chicos, que ahora soy un fantasma, un fantasma que, con ayuda de Peter, os seguirá cuidando y protegiendo. Os quiero, chicos, no tengáis miedo de mí. Sigo siendo yo, de forma distinta, pero sigo siendo yo.

-No tenemos miedo, abuela, eres tú y eso es lo que importa -dije yo intentando coger su mano, y os aseguro que la sentí y eso me hizo tener la esperanza de que igual, con paciencia y el adiestramiento adecuado, tanto mi hermano como yo fuéramos capaces no sólo de ver su espectro y oír su voz sino de sentir su contacto.

-Peter me va a ayudar en la tarea, ¿Verdad Peter? Nadie debe de enterarse de lo ocurrido, porque no consentiré que os metan en ninguna institución. La situación de la granja nos favorece, estoy segura de que todo saldrá bien.

-Lo haré, mi querida Grace, te lo debo por todo lo que has hecho por mí y porque yo también quiero a tus nietos.

-Bien, ahora debemos de olvidar todo lo ocurrido, aceptar esta nueva situación y volver a vuestras vidas como antes, por tanto deberíais hacer los deberes. Tú y yo tenemos trabajo, Peter, bueno

más bien tú, pero yo te dirigiré en lo que sé será para ti una dolorosa tarea.

William y yo obedecimos, nos fuimos al salón y sacamos sin ganas el cuaderno de tareas escolares de nuestras mochilas. Noté que mi hermano miraba a través de la ventana el hermoso prado que se extendía hasta el tumultuoso riachuelo donde tantas veces habíamos pescado con Peter y mi abuela.

-Sé dónde quiere la abuela que la entierren. Peter lo hará en el árbol donde ella grabó su nombre junto al del abuelo cuando adquirieron la granja, además papá y mamá también grabaron sus nombres.

-Lo sé, William pero la abuela está aquí, se quedará con nosotros, es lo que importa -contesté.

-Sí, es lo que importa, Alice. Nadie nos separará ni nos llevarán a ninguna institución, ayudaremos a Peter para que todo salga bien.

Los deberes de ese día no pudimos hacerlo con el esmero con que la abuela nos obligaba presentarlos, pero seguro que cuando terminara la tarea con Peter y volviera de regreso, lo comprendería. Era una impresión demasiado fuerte la que habíamos sufrido.

Peter regresó solo, parecía haber llorado, y antes de decirnos nada fue a lavar sus manos manchadas de tierra a la pila de la cocina. Nosotros no nos atrevíamos a hablar, sé que los dos sentimos en ese momento el dolor más sangrante, pensando que igual el espíritu de la abuela, ese espíritu que pensábamos permanecería a nuestro lado se había quedado junto a su cuerpo.

-Tranquilos, Grace vendrá enseguida, necesitaba decir unas palabras a solas antes de regresar -comentó Peter adivinando nuestro temor.

La espera se nos hizo eterna, pero confiábamos en Peter, y sobre todo en nuestra abuela, y por ello nos pusimos a hacerle preguntas a Peter sobre todo William, que parecía ser el que más desconfiara de la ansiada vuelta de mi abuela. Yo no desconfiaba, ella vendría, iba a permanecer a nuestro lado, qué más daba la forma que tuviera, si era ella, si siempre lo sería.

-Peter, yo he oído hablar de fantasmas, pero nunca lo he creído.

¿Tú has llegado a ver alguno, aparte del de mi abuela? -preguntó mi hermano.

-Sí, claro. Escocia es una tierra de fantasmas, y he visto varios, sobre todo en esos viejos castillos que tanto os han gustado visitar, pero ninguno como el de Grace, su fantasma es un calco de la apariencia corporal que ha abandonado, y su dulce voz es la misma. El cambio de estado que ha sufrido no la ha distorsionado para nada.

-Bueno, Peter, su voz es la misma, pero mi abuela ha cambiado mucho, parece difuminada en una niebla, además no camina, flota. -contestó mi hermano.

Sentí coraje por la falta de sensibilidad de mi hermano, que no era capaz de entender algo que yo había captado hacía tiempo: Peter estaba enamorado de mi abuela, además mentía, mi abuela era la misma, claro que era la misma. William sintió la mirada de reproche que le eché y pareció rectificar.

-Sí, Alice, tienes razón, es nuestra abuela. Nos queda su voz.

-Nos queda ella, nos queda nuestra abuela Grace. Ella estará con nosotros para siempre ¿te enteras? -repliqué con genio.

Al ver que sus ojos se llenaban de lágrimas, entendí que mi hermano estaba todavía más asustado que yo, que la situación le sobrepasaba, quizás porque le costaba asimilar peor que a mí que aunque la abuela permanecería a nuestro lado, era diferente a la de antes, cuando con sus fuertes brazos nos abrazaba hasta dejarnos sin aliento. Puede que hasta dudara de que realmente el espíritu de mi abuela se quedara para siempre acompañándonos, algo que yo negaba planteármelo.

-Nos queda ella, sí Alice, nos queda ella -volvió a contestar William acercándose y abrazándome, y me di cuenta de que mi hermano, aparte del susto, temía sobre todo por mí, pero no se daba cuenta de que yo, aunque menor que él, también era fuerte, y que mi fuerza me la daba creer en mi abuela, tener una fe absoluta en que ella no nos iba a dejar nunca, y que si la muerte no había podido arrebatárnosla, nadie podría.

Cuando nos repusimos del susto, de la impresión, y también de la alegría al saber que mi abuela seguiría a nuestro lado, que Peter ayudaría a que nadie se enterara para que todo continuara como

siempre, y que no vendrían a por nosotros para llevarnos lejos de nuestro hogar, la tranquilidad volvió a nuestras vidas, bueno digo tranquilidad porque tuvimos problemas con algunos detalles que según mi hermano necesitaban ciertos ajustes.

Pasados por tanto estos sucesos, tanto William como Peter se encargaron de hacer una especie de programa que todos tendríamos que seguir; por supuesto que en esta programación mi abuela Grace, flotando a nuestro alrededor, fue la que impuso con voz fairme sus órdenes. Yo también intervine pero tengo que reconocer que me agradó que mi hermano mayor pareciera haberse hecho dueño de la situación, porque al principio de todo esto, aunque me hubiera recalcado que sus miedos iniciales eran sobre todo por mí, me había parecido un poco pusilánime.

El primer inconveniente ocurrió esa misma noche de lo sucedido, cuando mi abuela cambió de estado como ella empezó a repetir. Esa noche fue mi hermano el que me propuso que utilizara una de las dos camas que tenía en su cuarto, y lo agradecí porque habían sido demasiadas emociones, además desde el mío podía contemplar a lo lejos el árbol elegido en donde Peter había enterrado lo que mi abuela había definido como su envoltura corporal, y claro por mucho que sintiera la alegría de que ella no se hubiera ido "con esa envoltura corporal" la verdad es que daba un poco de yuyu mirar hacia el árbol.

Agotados como estábamos, me dormí muy pronto, e imagino que mis nervios un tanto excitados me hicieron despertar, y el gritó que di no sólo sobresaltó a William sino también a la imagen fantasmagórica que, al lado de mi cama, me contemplaba. Aunque me di cuenta enseguida a quién correspondía.

-Abuela, qué susto me has dado -repliqué

-Abuela, no necesitas vigilarnos tan de cerca, entiéndelo, si nos despertamos de repente, no sé verte así da cosa -afirmó William.

-Lo sé, lo sé, mis queridos niños, intentaré irme a otro lugar, pero es que temía por vosotros. Habéis sufrido una impresión muy fuerte, y pensé que pudierais sentir miedo al despertar.

-Jo, abuela -contestó mi hermano sin ninguna delicadeza-, si nos despertamos de repente como le ha pasado a Alice el susto nos lo das tú con tu apariencia.

- ¿No me digáis que os asusto? Es que como no puedo ver mi imagen, la verdad es que no sé el aspecto que me ha quedado.

-Tienes un aspecto estupendo, abuela, puedo distinguir tus facciones, y sobre todo tu voz. Además estás con nosotros, sigues aquí -dije entonces emocionada echándome sobre ella.

Me di un buen golpe, porque la ausencia de consistencia corporal hizo que atravesara el fantasma de mi abuela y cayera de bruces en el suelo.

-Cariño, lo siento, lo siento mucho, pero creo que algo podremos hacer, igual podría ponerme algo rígido, en el desván guardó un armazón metálico de alguna antepasada de vuestro abuelo, de esos que servían para ahuecar sus vestidos.

-No, abuela, estás mucho mejor así -dije yo entonces, pensando que sería un cuadro un tanto cómico contemplar a mi abuela, cuyo aspecto actual aunque fuera como dibujado en el humo o la niebla era reconocible, verlo sustituido por un artilugio y vestimenta de los tiempos de Maricastaña.

-Estamos bien, abuela. Vete a dormir -dijo entonces mi hermano sin percatarse de la idiotez que había pronunciado.

-No creo que los fantasmas duerman, cariño, pero ya sé, bajaré a la cocina e intentaré adelantar el desayuno -contestó mi abuela.

El remedio fue peor, hubiera sido mejor que la hubiéramos dejado al pie de nuestras camas contemplándonos, porque al cabo de un rato nos llegó una serie de ruidos que nos volvieron a despertar. Cuando bajamos a la cocina, vimos que no sólo Peter estaba allí viendo lo ocurrido sino que mi abuela estaba realmente enfadada.

-No lo entiendo, Peter, si me he convertido en fantasma y no voy a poder hacer mis labores ya me dirás cómo voy a poder cuidar de mis niños.

-Grace, lo importante es que tu espíritu permanece con ellos. El milagro que ha ocurrido contigo ha sido por el inmenso amor que sientes por tus nietos, algo muy diferente a lo que pasa en el castillo de los Cameron, allí sus descendientes tienen que aguantar a un fantasma que les hace la vida imposible. Tú conoces la leyenda que rodea a esa familia. ¡Mira la diferencia!

-Peter, no hables de fantasmas en esta casa, asustarás a los niños -dijo entonces mi abuela percatándose de nuestra presencia.

- ¡Pero, Grace! -exclamó Peter sonriendo, sin atreverse a continuar la frase

William y yo irrumpimos en una sonora carcajada, y al oírnos mi abuela, dándose cuenta, también se carcajeó. Era la primera vez, desde lo que pasó, que en esta casa se reía de esa forma, porque aunque hubiera sido un alivio saber que de alguna forma la abuela permanecía con nosotros, la impresión había sido demasiado fuerte.

-¿Qué pasa en la vivienda de los Cameron? Unos vecinos con los cuales no nos tratábamos, pero que conocíamos porque uno de sus descendientes, Robert, un chico silencioso y taciturno, venía a nuestro colegio -pregunté yo

-Pues que hace varios siglos, cuando esa vivienda era un grandioso castillo, no el edificio destartalado que es ahora, se celebró allí la fiesta para anunciar el compromiso de la hija de los dueños con un noble de otro clan, y sucedió algo terrible.

- ¿Y qué ocurrió? -preguntó ahora mi hermano entusiasmado con la historia.

-Peter, no cuentes a los niños esa historia truculenta. Yo la he oído desde pequeña y jamás la creí.

-Abuela, creo que ya es hora de que creas en la historia de fantasmas -dije yo intentando que mi voz sonara lo más dulce posible.

-¡Tienes razón, querida mía! Pero es que nunca he estado de acuerdo que en este país nuestro se entretenga la gente hablando de historias de fantasmas, y eso ocurre por nuestro clima, seguro que en vuestro segundo país, con ese sol radiante, no pasaría, pero claro aquí es diferente, el invierno es demasiado largo y las historias contadas alrededor de la chimenea entretienen mucho.

-No sé por qué es, pero está claro que en nuestras tierras los fantasmas son una realidad, y quizás más que por el clima sea por el hecho de que no aceptamos irnos y dejar de ver nuestro maravilloso entorno, nuestras amadas montañas, nuestro mar embravecido -contestó Peter.

-Sí, esta tierra es maravillosa -dije yo-, pensando que realmente lo era, al igual que la tierra de mi madre que, sin poseer ese verdor resplandeciente, tenía la ventaja de su gente alegre, ruidosa y acogedora.

Peter sonrió, él siempre pensaría que nada había en el mundo como su entorno, y por no abandonarlo jamás había aceptado acompañarnos a la abuela y a nosotros en los veranos en que disfrutábamos de nuestras vacaciones en el pueblo costero de mi madre. Seguro que Peter al morir se convertiría en un fantasma, y no por los motivos de mi abuela sino para seguir contemplando la tierra que le vio nacer.

-Cuenta la historia del fantasma de los Cameron, Peter -dijo entonces William sentándose para escucharla.

Yo también me senté con ganas de oírla, y en ese momento me fijé en el desaguisado de nuestra cocina. Diferentes utensilios que la abuela empleaba diariamente estaban tirados en el suelo, y me di cuenta de que ella había pretendido cogerlos y utilizarlos sin pensar en que su consistencia corporal ya no existía. Sonreí a mi abuela, sintiendo que mi amor hacia ella se intensificaba, y ella, como si adivinara mis sentimientos y pensamiento, me devolvió la sonrisa.

-Lo lograré, Alice, sé que lo lograré, me he quedado aquí para una función, y esa función tiene que ser completa. Lo lograré.

-Grace, si no logras coger las cazuelas o sartenes, da igual, yo también sé cocinar y cuidaré a tus nietos, te lo aseguro. Tú estás aquí para una misión más elevada: para estar cerca de ellos y seguir dirigiéndolos, para que lleguen a convertirse en la gran persona que eres tú.

Al volver a mirar la figura etérea de mi abuela, creí percibir como si una lágrima escapara de sus ojos traslucidos. Mi abuela se emocionaba, y sentí que mientras ella conservara sus sentimientos, sus recuerdos, estaba realmente viva.

-Venga, cuenta esa historia que me has contado tantas veces, Peter, ya no me importa que mis nietos escuchen historias de fantasmas -dijo entonces mi abuela, posando el recuerdo de sus manos carnosas en el hombro de mi hermano y del mío.

-Pues bien, en la casa de los Cameron, cuando era un castillo próspero se celebró una fiesta para anunciar el compromiso de Nora, como así se llamaba la hija del señor de la casa, pero ocurrió algo terrible que fue el detonante para la ruina de ese castillo. Nora no amaba al noble del otro clan al que su padre le había prometido, esa mujer amaba a un chico humilde que vivía en nuestro pueblo. Ese chico acudió ocultándose en los jardines que rodeaban el castillo para despedirse de su amada. Se ve que ambos por mediación de una sirvienta se habían comunicado y visto en varias ocasiones. Cuando el prometido de Nora se dio cuenta de la ausencia de ésta, y se dirigió al jardín para buscarla, vio a los dos amantes besándose y se abalanzó sobre ellos. Parece ser que separó a Nora bruscamente de los brazos del chico y la tiró al suelo, provocando que la chica se diera un fuerte golpe en la cabeza y sangrara. El amante acudió en su auxilio, momento que aprovechó el prometido para atacarle. La peor parte se la llevó el novio porque el chico le clavó el puñal en el corazón. Esos gritos hicieron acudir a todos los de la fiesta que, horrorizados, contemplaron la dantesca escena. El final fue igual de triste, el clan del noble juró venganza, una venganza que se tradujo en numerosas incursiones que casi destruyeron el castillo. Nora fue encerrada por su padre y murió al cabo de unos años de tristeza y de miedo, porque el que fue su prometido no abandonó este mundo, se quedó en él atormentando a los habitantes de esa casa y sobre todo a ella, pero no se conformó con eso, parece ser que sus ansias de venganza no iban a detenerse con la muerte de Nora y su padre, y por ello continuó viviendo allí atormentando a los futuros descendientes que habitaron esa casa, descendientes que nacieron cuando Nora a los ocho meses de la muerte del noble y de la desaparición de su amante dio a luz un niño, que fue quien heredó la ya maltrecha propiedad. Robert, vuestro taciturno compañero de clase, es el último descendiente de Nora

-Ahora me explicó por qué es tan raro -dije yo.

-Nunca me habéis hablado de ese chico -contestó la abuela.

-Es que no es nuestro amigo, abuela, es muy callado y no se junta con nadie -dijo entonces mi hermano.

-Mayor razón para que procuréis hacerle compañía -contestó mi abuela-. Siempre os he insistido en la necesidad de que apoyéis al débil, esa es la humanidad que quiero ver en vosotros. ¡Pobre chico! Seguro que toda su vida habrá sentido miedo, aterrorizado por un espíritu vengativo.

Escuché con atención estas palabras de mi abuela, y pensé en lo ciertas que eran, porque era muy diferente vivir en compañía del fantasma adorado de mi abuela, que se había quedado atrapada en el mundo de los vivos sólo por amor, que sufrir la compañía de alguien que sólo permanecía en él por sus ansias de venganza, una venganza que no debía de incluir a Robert, ya que él no había hecho nada que pudiera haber ofendido al noble tan vengativo.

-Tienes razón, abuela, pero ese error lo subsanaremos, bueno si Robert nos lo permite, además a mí no me cae mal, jamás me ha caído mal.

-A ti te gusta, Alice, tú, como las demás chicas, lo miráis mucho. ¡Cómo es un guaperas! -Miré a mi hermano con genio, no me hizo gracia que se hubiera dado cuenta de cómo yo miraba a Robert, pero tenía razón, era un chico extraño y muy atractivo que realmente me atraía.

-Espero que os acerquéis a Robert -habló entonces mi abuela con una voz contundente, pero ahora vamos a lo práctico, tengo que seguir esforzándome para ser capaz de coger cualquier utensilio de cocina sin que se me caiga, porque no me fío de las artes culinarias que dices que tienes, Peter, y con eso no quiero ofenderte.

-Grace, puedes enseñarme. Creo que eso te será más fácil que intentar coger un objeto material siendo lo que ya eres -replicó Peter, pidiendo perdón a mi abuela por lo que él debía de creer que había sido una grosería.

-Tienes razón Peter, yo ya no soy un ser compuesto de materia y espíritu, soy sólo un espíritu, y me será difícil asir una simple sartén, tendré que enseñarte, aunque eso me haga sentir un tanto inútil.

-Estoy segura de que podrás conseguirlo, abuela -dije yo. ¿Si es cierto que la fuerza de nuestro espíritu es más poderosa que la de nuestra materia, por qué no vas a lograrlo?

-Claro, abuela -dijo también William. Es sencillo, si tus manos no existen como tal. ¿Por qué no intentar mover los utensilios con la fuerza de tu mente?

- ¿Qué queréis decir? -preguntó la abuela.

-Muy sencillo, Grace -habló entonces Peter, si no puedes coger un

utensilio material, intenta moverlo con la fuerza de tu interior, seguro que podrás. Vamos a practicar, nos quedaremos aquí contigo para animarte.

-Sí, puede que tengáis razón. No tengo cuerpo, pero si mente, eso está claro, porque ha sido mi mente la que ha luchado para no cruzar el túnel de luz blanca que tanto me atraía cuando mi cuerpo pereció por la terrible caída, y si mi mente es fuerte estoy segura que estos utensilios sin alma no serán rivales para mí. Gracias, chicos. Voy a intentarlo.

-Abuela, primero deberías practicar con el fuego. No intentes coger una cerilla, concéntrate para encender la cocina -dije yo.

Esperamos con el alma en vilo viendo la etérea figura de mi abuela situada en frente de la cocina de gas para intentar que el fuego apareciera en una de sus placas. Sé que los tres, las personas que tanto la queríamos, intentábamos concentrarnos para unir nuestras respectivas fuerzas mentales a la suya. Al principio no pareció que ni la fuerza de mi abuela ni las nuestras fueran efectivas, el fuego no aparecía.

-Tendré que enseñarte a cocinar, Peter, coge ese cuaderno que hay en la estantería para que empieces a copiar. Hoy sólo aprenderás a cocinar un buen desayuno, poco a poco te iré enseñando más cosas.

-Tú puedes, Grace, tú puedes. Lo sé. Por mucho que me enseñes jamás podré dar el toque que tú das a tus galletas, a cualquiera de tus deliciosos guisos. No nos prives ni a tus nietos ni a mí de ese placer. ¡Inténtalo, Grace, tú puedes! -exclamó Peter con voz emocionada, una voz que trasmitía lo enamorado que siempre debió de estar de mi abuela.

Al observar a mi abuela, volví a percibir que sus traslucidos ojos parecían haberse cubierto de lágrimas, y supe con una intuición certera que ella se había dado cuenta del amor de este hombre, un amor que sé que no era correspondido porque la abuela siempre tuvo presente en su vida al único hombre que amó, al abuelo que no llegamos a conocer, pero también comprendí que los sentimientos de Peter hacia ella la conmovían.

-Tienes razón, Peter, no quiero privaros de algo que sé que hago bien. Lo intentaré de nuevo -replicó mi abuela.

Esperamos con el alma en vilo. Mi abuela lo intentó varias veces, sin éxito, pero siguió insistiendo, y de repente una pequeña llama apareció en una placa de la cocina, grité con alborozo y la llama desapareció de repente.

-Perdona, abuela, te he desconcertado -dije yo.

-No, cariño, es que tengo que seguir practicando, pero voy por buen camino. Lo lograré.

William me hizo un gesto en el que me indicaba que no abriera la boca, cosa que hice, y en esa segunda intentona de mi abuela volvió a encenderse una llama que duró más tiempo que la anterior. No sé cuántas más intentonas hizo, el caso es que tanto mi hermano como yo nos dormimos sin poder evitarlo, algo entendible porque la noche con tanto ajetreo había sido muy movidita. De repente, el grito de Peter nos despertó, y vimos lo ocurrido. Una gran llama había aparecido y llegaba hasta un estante de madera donde la abuela guardaba sus especias. El problema fue subsanado por Peter, que se había mantenido atento en todo momento.

-Bueno, ahora sé que voy a poder seguir con mis tareas. No seré un fantasma inútil.

-Tú jamás podrías ser un fantasma inútil, Grace -comentó Peter mirando la etérea figura de mi abuela con tal admiración que pensé en lo que mi hermano diría si hubiera podido adivinar lo que intuí: la muerte no era tan invencible porque no podía luchar ni vencer al amor. William me hubiera llamado cursi, pero yo sé que no me equivocaba.

Los siguientes días tanto Peter como nosotros permanecimos al lado de mi abuela mientras ella con su fuerza mental conseguía encender el fuego, a veces William protestaba diciendo que era una tontería esperar, que todo sería muy rápido si uno de nosotros encendiéramos una cerilla. Yo sé que sus protestas eran debidas a que cuando sentía hambre mi hermano era muy impaciente.

El día que mi abuela consiguió encender el fuego sin ningún contratiempo, bajando y subiendo su intensidad según requería el guiso que nos quería preparar, todos gritamos de alegría. El fantasma de mi abuela lo había logrado, al mismo tiempo que también había conseguido que los utensilios necesarios flotaran hacia ella como si manos invisibles los depositaran en el lugar que ella quería, y por

supuesto también había logrado trocear cualquier alimento con sus inexistentes manos corpóreas, algo que no era posible pero que las recordaba por el movimiento que ella imprimía a lo que ahora sólo era una especie de dibujo de esas mismas manos. Todos sabíamos que era su mente, una mente que la había mantenido en un plano que ya no le correspondía y que estaba claro que era muy poderosa, un poder que siempre supe que era debido a lo que nos quería.

-Abuela, está riquísimo -comentó William con la boca llena del delicioso plato que nos había preparado.

-Me alegro, chicos, para mí es un alivio saber que puedo atenderos en el plano material, ahora me queda aprender otra cosa importante.

- ¿Qué es, abuela? -pregunté.

-Bueno estoy convencida de que vosotros y Peter me veis porque tenéis la facultad de poder vislumbrar a los fantasmas, pero yo necesito aprender a desaparecer para que nadie averigüe que estáis solos e intenten llevaros a algún centro.

Pensé entonces en la vecina más próxima a nuestra granja, en la antipatía que tanto mi abuela como ella se tenían, y en el interés que Rachel demostraba por comprarnos la granja que mi abuela había logrado mantener a flote al quedarse viuda, y recordé la indignación con la que llegó a casa un día que había bajado al pueblo a comprar; mi abuela bufaba de genio.

-¡Pero qué se habrá creído esa estúpida mujer! -la oí exclamar.

-No te enfades, Grace, ya sabes que Rachel siempre fue una mujer que te tuvo envidia desde que las dos erais pequeñas. Tú fuiste la mujer más bella de los alrededores, la más lista, y la que se casó con Robert de la que Rachel estaba muy enamorada.

-Pero eso no le da derecho a decirme las barbaridades que me ha dicho. Según ella cuando me muera sería un disparate que mis nietos, que no son del todo escoceses, hereden estas tierras, incluso me ha insinuado que estaríamos mejor si nos fuéramos todos a vivir al pueblecito de Málaga porque sabe que conservo la casa de mi querida nuera.

-No le hagas caso, Grace, que no te amargue el día, además hoy tenemos que ir a pescar todos juntos.

-No es eso, Peter, lo que ella me diga no me importa, me importa lo que subyace en sus comentarios cuando dice que mis nietos no son del todo escoceses, algo que es verdad, pero que para ella tiene el significado de que sólo los nacidos aquí somos herederos de estas tierras, y tú sabes lo que yo pienso al respecto, que amar al lugar en que se ha nacido no significa sentirte dueña de él.

Sentí interés en escuchar a Peter, el hombre que amaba a estas tierras hasta el extremo de no salir jamás de ellas, y me sorprendió gratamente, aunque yo sabía que a él no le influía para nada que no fuéramos escoceses al cien por cien.

-Rachel no ama a esta bendita tierra, Grace, no la ama como nosotros, se siente dueña de ella que es muy diferente, si la amara no consentiría haber vendido parte de los prados de su propiedad para que se construyeran unos ridículos apartamentos que estropean el paisaje. Zon, el niño mulato que vive en el pueblo es mucho más escocés que ella porque ama este paisaje y lo cuida. Un día lo vi recogiendo la basura al pie del acantilado que excursionistas desaprensivos tiran sin importar el daño que causan al lugar. Tienes razón, Grace, sólo somos habitantes de este planeta.

Me gustó esta respuesta, y era la que esperaba de alguien como Peter. Tanto mi hermano como yo amábamos esta tierra, y también la de mi madre, y seguro que si la vida nos llevara por otros lugares que nos gustaran también sabríamos apreciar y amar su belleza.

Capitulo 2

Nuestra vida empieza a normalizarse y conocimos a un buen amigo

Efectivamente, nuestra vida empezaba a normalizarse pasada la terrible impresión de saber que mi abuela ya era un fantasma, y esa normalización se debió al comprobar que ella de alguna forma seguía a nuestro lado, que no nos había abandonado. La abuela había logrado su objetivo, cuidarnos en el plano material como siempre hizo, un plano en el que no sólo yo sino también Peter y William hubiéramos estado dispuesto a acometer siguiendo sus consejos, aunque tengo que reconocer que era muy agradable encontrarnos la mesa con los manjares que ella nos preparaba, sobre todo con sus espectaculares galletas que todos engullíamos con verdadera glotonería.

Estaba claro que nuestra abuela luchaba porque la normalidad volviera a nuestras vidas, y ella no concebía esa normalidad si algunas de sus tareas hubieran sido cercenadas debido a su nuevo estado. La apariencia de mi abuela no era la de antes, jamás lo sería, pero desde luego ella no estaba dispuesta a consentir que las cosas cambiaran del todo, y de la misma forma que nuestras vidas comenzaban a normalizarse en casa, también esa normalidad se empezó a notar en nuestra vida exterior: en nuestras salidas por las montañas junto a Peter, y en acompañar a éste a pescar en el río próximo a nuestra granja, excursiones a las que a veces nos acompañaba el fantasma de mi abuela, pese a los reproches de nuestro querido Peter.

-Grace, no sólo nosotros tenemos la facultad de verte, muchos de nuestros paisanos también la tienen, ya sabes que nuestras tierras son las preferidas para que el que se va no pueda soportar dejar de ver este maravilloso entorno que Dios nos regaló, por eso temo que alguien aparezca por aquí y se propague que ya no vives en el mundo de los vivos. Piensa en tus nietos.

-Peter, por aquí no pasa nadie, si me acercara al pueblo o a la playa sería otra cosa, pero no aquí, además estoy practicando para desaparecer a voluntad, lo que ocurre es que todavía no lo he logrado del todo.

Entonces yo recordé lo que había ocurrido la noche anterior, que nada tuvo que ver con el susto que nos dio mi abuela en la primera en la que compartí el cuarto con mi hermano. Aquella noche, cuando me había despertado sobresaltada, yo había gritado y mi hermano le había dicho que no nos asustara, lo que entristeció a mi abuela y le obligó a decir que se escondería en el armario. Pues bien en esta ocasión, al despertarme y verla frente a mí no sólo no sentí miedo sino que alargué mi mano que traspasó la de ella, y este gesto me supuso una relajación y tranquilidad plena, ya que vislumbré en su rostro de humo o niebla el amor y la seguridad que me quería trasmitir, pero ella hizo algo que sí me asustó, y que sólo duró unos segundos, de repente desapareció de mi vista, lo que provocó que yo sintiera el miedo atroz que muchas veces percibía en mi interior: no volver a verla jamás. Grité no te vayas, nos lo has prometido, quédate aquí conmigo.

- ¡Cariño!, ¿Por qué gritas? No me voy a ir -había contestado.

-Abuela, me encanta despertar y verte frente a mí, ya no siento ningún miedo, el miedo lo tengo cuando no te veo, por un momento parecía que te diluías -fue lo que le dije.

La abuela me contestó que le daba una alegría tremenda haber desaparecido por unos segundos, que probablemente ella, temiendo que yo me asustara, había activado el resorte que le hacía desaparecer sin conseguirlo del todo, y entonces continuó explicándome lo que le había pasado hacía un par de días, cuando un amigo de Peter, que compite siempre con él para ver quien pesca la trucha más grande, entró aprovechando que la puerta de la calle estaba abierta y ella sin saber por qué desapareció sin más, momento que fue aprovechado por Peter para sacarlo de la casa.

-Abuela -dije en ese momento acercándome a su etérea figura. Vas a conseguirlo muy pronto, lograrás hacerte invisible todo el tiempo que quieras. Sé que lo conseguirás

-Sí, tengo que lograrlo, es muy importante, será una ayuda inmensa para que no nos separen -contestó mi abuela, porque creo que Peter tiene razón, que en Escocia son muchas las personas con capacidad como la vuestra de ver fantasmas.

Así era mi abuela, y por eso la queríamos tanto aunque ya fuera un fantasma, y por ello tanto William como yo sentíamos que realmente nuestras vidas no habían cambiado drásticamente, que aunque no

pudiéramos tocar su envoltura corporal tocábamos su espíritu, lo mejor de mi abuela.

Desde que se fue normalizando nuestras vidas con las clases, la salida al campo, en fin con el horario al que nos había acostumbrado mi abuela, tanto William como yo hicimos intentos de acercarnos a Robert, a nuestro taciturno compañero, al principio con poco éxito.

-Debéis seguir intentándolo -nos aconsejaba la abuela. Pobre chico, seguro que desde que nació ese mal fantasma lo ha atormentado.

Un día se produjo una especie de acercamiento entre él y yo. Me dirigí a la biblioteca donde supe que estaba estudiando, y noté que se sobresaltó. Vi entonces que una figura fantasmagórica había aparecido repentinamente a su lado, como si surgiera de la nada, y pude ver la cruel sonrisa con la que inició lo que para este chico debía de ser un desquicie total. Ese fantasma, que llevaba ropas de siglos anteriores, aullaba a oídos de Robert que intentaba taparse los oídos.

En ese instante me di realmente cuenta de que yo tenía la cualidad de ver fantasmas, porque hasta entonces creía que probablemente sólo podía ver el de mi abuela, y pensé que si ese mezquino fantasma que atormentaba a Robert no había podido ser visto antes por mí, cuando estaba claro que su afán de venganza no le impedía aparecerse en sitios tan lejanos a su hogar, era debido a que esa oculta cualidad mía se había activado ante la presencia del fantasma de mi abuela. Estaba claro que las personas activábamos una serie de cualidades cuando surgía un resorte que las hacía aflorar.

No me amilané sino que me acerqué a Robert, y como él no me veía ya que había cerrado los ojos y tapaba sus oídos para no escuchar los aullidos con que ese ser vengativo intentaba fastidiarle, procedí a propinarle un contundente puñetazo que, lógicamente, sólo atravesó su etérea cara, y que no fue capaz de hacer daño a quien no tenía envoltura corporal, pero que consiguió algo importante: el fantasma me miró realmente atónito, como si no entendiera, y se evaporó sin más. Tuve la sensación de que se había asustado

-¡Hola, Robert! Soy Alice, y quisiera pedirte un favor. Necesito tu ayuda con este problema de matemáticas.

Robert se volvió, miró a su alrededor, creo que para cerciorarse de que su pesado enemigo le dejaba un rato en paz, y pareció tranquilizarse. Fue entonces cuando se fijó en mí y me devolvió una

tímida sonrisa que yo correspondí encantada.

Vi que Robert, antes de hacerme un gesto para indicarme que me sentara a su lado, volvió a mirar a su alrededor y suspiró con alivio: el fantasma vengativo realmente se había evaporado, y noté el cambio que este descanso surtió en él. Su ayuda me fue útil, y eso que nunca se me habían dado del todo mal las mates, pero él lo explicaba tan fácilmente que entendí el problema a la primera. Reconozco que más que esta ayuda, que hubiera podido encontrarla en mi hermano, lo que me alegró fue comprobar que mi presencia, sin el atosigamiento de esa maquiavélica sombra que parecía perseguirle de continuo, había logrado que él pareciera alguien distinto, como seguro hubiera sido sin la compañía de semejante tormento. Estaba claro que le apetecía seguir conmigo, porque me repitió que si quería podíamos continuar que tenía tiempo suficiente, pero de repente mi hermano se presentó y nos fastidió.

-Alice, venga, tenemos que irnos -dijo casi sin mirar a Robert.

- Sí, el autobús está a punto de llegar -contestó Robert

- ¡Ah, hola, Robert! -exclamó entonces mi hermano, dándose cuenta de su presencia.

Robert le devolvió el saludo con cierta alegría, imagino que para él fue una sorpresa que William se mostrara así de afectuoso, porque mi hermano siempre lo había considerado un bicho raro, algo que lógicamente cambió cuando se enteró del tormento en el que vivía, porque una cosa era vivir con un fantasma maravilloso como mi abuela y otra con ese ser vengativo que lo único que deseaba era amargarle la vida.

Por primera vez nos sentamos los tres juntos en el autobús, sin hacer caso de las miradas extrañadas del resto de compañeros, que no debieron de entender nuestro acercamiento al chico brillante y taciturno del que todos huían. Bajamos los tres en la misma parada, con la diferencia de que partíamos para diferentes puntos. Robert se introdujo en un sendero que salía de un extremo de esa carretera y nosotros por el de enfrente. Cuando volví la cara para mirarlo, aunque ya nos hubiéramos despedidos los tres, fue cuando me fijé que otra vez no iba solo y que su dichoso espectro parecía ir colgado sobre su espalda, e incluso creí escuchar los gritos insultantes que regalaba a sus oídos.

-Fíjate, William, ese maldito fantasma no le deja en paz, le atormenta continuamente. ¡Pobre Robert! Yo me hubiera vuelto loca.

-No hay derecho -dijo entonces William, que al volverse había conseguido ver también al fantasma.

-¡Puedes verlo! -exclamé excitada, ya que pensaba que yo era la única que tenía ese poder.

-Como siempre, tan pretenciosa -contestó mi hermano, si he podido ver a la abuela podré ver también a los demás.

-No necesariamente, William, lo de nuestra abuela es diferente, cómo no íbamos a verla si se ha quedado aquí por eso, seguro que aunque no tuviéramos esta cualidad la abuela hubiera conseguido que siguiéramos viéndola.

-No, Alice, hubiéramos podido sentir su presencia, pero si la vemos es porque tenemos esa percepción, quizás por nuestra mitad de sangre escocesa como dice Peter.

-Pero la abuela es más escocesa que nosotros y nunca vio ningún fantasma -contesté yo.

-Quizás si haya visto alguno, pero ha preferido no hablarnos de ello porque no lo creía ni necesario ni conveniente.

-Qué suerte la nuestra de que nuestro fantasma particular sea la abuela ¿verdad?

Mi hermano no me contestó, había retrocedido, se había subido a un pequeño terraplén de nuestro sendero y observaba a William, y entonces volvió a repetir "no hay derecho" Me coloqué a su lado, sintiendo mucha pena por Robert porque el pobre caminaba como dando tumbos, de repente el dichoso fantasma se colocaba a su derecha, le daba un grito espantoso para luego, a la velocidad del rayo, volver a colocarse al otro lado para aullarle.

-Se asustó cuando me vio en la biblioteca, de hecho le di un puñetazo que le sorprendió y nos dejó en paz. No veas cómo cambió Robert en ese rato de descanso, parecía otro.

-Intentemos que vuelva a descansar por otro rato más. ¡Sígueme, Alice! -exclamó William, volviendo de nuevo a la solitaria carretera en

donde nos había parado el autobús.

Supe lo que quería hacer, y lo seguí corriendo por el sendero que había cogido Robert, que al vernos se quedó muy sorprendido, al igual que el ser inmaterial que ahora tenía colgado sobre su espalda.

-¿Robert, te importa que te acompañemos? -preguntó Williams, al tiempo que, como si le saludara, le daba un golpe en la espalda que pareció sorprender al que se colgaba de ella.

-No, claro que no, pero se os hará tarde.

-Nos vamos a encontrar a Peter cerca de tu casa, está pescando en ese tramo del rio -mintió mi hermano

El fantasma merodeaba alrededor nuestro, como si quisiera olisquearnos, y yo de vez en cuando agitaba mi brazo sin tener en cuenta en lo que podría pensar Robert de mi extraña actuación, e intentaba dar un puñetazo al dichoso y molesto ser que tanto le fastidiaba. Sé que no le hacía daño, cómo iba a hacer daño a quien no poseía ni huesos ni músculos reales, pero ese gesto mío en la biblioteca había logrado hacer efecto y confiaba que ahora también lo haría. Estaba claro que cuando mi mano daba en su rostro inexistente o atravesaba el recuerdo de lo que fue su consistencia corporal lo sorprendía, pero aunque lo alejara momentáneamente, se ve que ya repuesto de la sorpresa inicial no cejaba en su empeño de seguir molestando a nuestro amigo.

-¿Qué te pasa en el brazo? -preguntó entonces Robert.
-Nada -contesté, de vez en cuando necesito estirarlo, a veces tengo calambres.

-Alice, es mejor que le digamos la verdad -dijo entonces William.
Mi hermano le explicó entonces a Robert que tanto él como yo teníamos la cualidad de ver fantasmas, y que lo que yo pretendía era alejarlo de él.

-¿Por eso te acercaste a mí en la biblioteca? -preguntó.

-Bueno, alguien nos contó la historia de tu fantasma, pero no me acerqué sólo por eso, de verdad que necesitaba tu ayuda teniendo en cuenta que mañana tengo un examen de matemáticas.

-Te lo agradezco -dijo Robert, pero no te canses mucho, dentro de

nada dejará de sorprenderle vuestra presencia y empezará a daros la tabarra a vosotros. Imagino que el hecho de dejarnos en paz ese rato fue por la sorpresa que para él debió de suponer que fueras capaz de verle, pero pronto se le pasará y empezará a fastidiar como de costumbre. No me gustaría que la tomara con vosotros, bastante tiene conmigo.

-No sé cómo puedes soportarlo, Robert, yo no podría -habló entonces mi hermano al tiempo que fue él quien alargó súbitamente su brazo, traspasando con su puño el pecho del fantasma que, sorprendido por esa especie de ráfaga de aire que le atravesó, dio una voltereta hacia atrás.

-Estoy segura de que te podemos ayudar, Robert. Confía en nosotros.

-Ya me estáis ayudando, liberarme por unos segundos de su aliento y de sus aullidos ya es un regalo.

-¿Se pasa así todo el día? -preguntó mi hermano.

-Casi todo el día y desde que nací, pero ya lo llevo mejor que cuando era pequeño. Para estudiar tapono mis oídos de la mejor manera posible, intento concentrarme no permitiendo que me afecte que se enrosque en mi cuerpo o le dé por aullar como si fuera una fiera herida, voy consiguiéndolo.

Pensé que no era cierto, que por muchos trucos que se inventara, estaba claro que ese maldito fantasma le debió de robar su niñez como ahora su juventud, de ahí la rareza de este chico del que casi todos huían. Al llegar a su casona, que parecía un poco siniestra, noté que Robert se sintió un poco nervioso.

-Mañana nos vemos, Robert, tenemos que regresar -dije entonces.

-Me encantaría invitaros a entrar, pero la casa debe de estar de pena. Mamá está fuera y Louise, la mujer que me cuida, es un poco desastre.

-¿A ella no le afecta este fantasma? -pregunté.

-Gracias a Dios ni lo ve ni lo percibe, es la única que pudimos contratar, y como es un poco especial en el sentido de que la pobre no goza de una gran inteligencia, se ha conformado con las explicaciones

que le dio mi madre y parece estar bien con alguien tan raro como yo.

-¿Cuándo regresará tu madre? -pregunté.

-Se ocupa de mandar dinero para nuestro mantenimiento, y viene de vez en cuando, nada más -dijo con una triste sonrisa.

-¿No soporta la presencia del fantasma? -pregunté.

-Ella no puede verlo, sólo pudimos mi padre y yo como descendientes de la mujer que rechazó a este engendro que tengo como compañía. Papá murió, yo creo que su ataque al corazón fue debido a esta presencia maldita, y mamá no pudo soportar que su único hijo mostrara desde pequeño un comportamiento que ella no entendió jamás.

-¿Qué comportamiento? -preguntó William extrañado

-Bueno, tengo recuerdos vagos, pero según me contó mi madre igual estaba feliz y sonreía cuando de repente me daba por llorar desesperadamente, algo que ella no entendía. Yo creo que este maldito fantasma me ponía caras horribles que me asustaban. Todo está difuminado en mis recuerdos, lo único que sé es que desde que era pequeño los sustos eran continuos. Mi madre me llevó a un psiquiatra muy respetado en Edimburgo, cuando yo tendría unos cuatro años, y me diagnosticó una especie de esquizofrenia.

-¿Le dijiste que era un fantasma el que te atormentaba? -pregunté sintiendo una gran lástima al enterarme de cómo debía de haber sido su vida desde pequeño.

-Sí, se lo dije, pero ese hombre no creía ni podía admitir algo tan irracional y sólo pensó que en mi cabeza algo no funcionaba bien, y mi madre lo creyó. Imagino que convivir con alguien que ve lo que ella no podía ver, que se comportaba de forma tan extraña, fue superior a sus fuerzas. No la culpo por ello.

Nos despedimos de Robert, y al hacerlo tuve un impulso irrefrenable: lo besé en la mejilla, y noté que este gesto mío le reconfortó. Para mi sorpresa, William no se burló de mí ni me hizo ningún reproche, caminaba cabizbajo a mi lado.

- ¡Pobre, Robert! ¿Te imaginas ser un bebé, abrir los ojos y ver esa presencia delante tuya gritándote o haciendo muecas horribles para

asustarte? -comentó mi hermano

-Sí, debió de ser horrible, aunque ahora tampoco es precisamente agradable. Cuando llegué a la biblioteca el maldito fantasma no hacía nada más que molestarle, imagínate así todo el día, yo me volvería loca.

-Está claro que Robert es un chico muy fuerte mentalmente, porque pasarse la vida intentando quitarse a ese fantasma de encima por mucho que disimulara cuando le veíamos darse un manotazo en cualquier parte de su cuerpo y oírle gritar, "cállate" es muy fuerte, y encima aguantar que todos creyéramos que estaba loco de atar. A Robert le ha salvado el ser el alumno más brillante del instituto, si no seguro que hubieran buscado una disculpa para echarlo.

-El otro día me contó Peter que el director y el padre de Robert eran íntimos amigos, incluso que cuando le dio el infarto estaba con él, quizás ese hombre también crea en los fantasmas y lo comprenda. William. ¿Te has dado cuenta de que nosotros hasta hace nada no podíamos ver al fantasma que vive con Robert? Recuerda cómo lo mirábamos cuando veíamos que se daba un manotazo. No nos burlábamos como los demás, pero tampoco nos acercábamos. Este don se nos ha despertado desde que la abuela se convirtió en fantasma -repetí nuevamente muy convencida.

-Bueno, don, no sé qué decirte, porque a mí no me hace ninguna gracia ir encontrándome fantasmas por cualquier rincón -contestó mi hermano.

-Sí, es un don, porque podemos seguir viviendo con la abuela, y porque vamos a poder ayudar a Robert. ¡Es un don! -exclamé aireadamente.

Aceleramos el paso, estaba oscureciendo muy rápidamente, y seguro que la abuela estaría sumamente preocupada y a lo mejor había mandado a Peter a que saliera a buscarnos.

- ¡Se puede saber por qué llegáis tan tarde! ¡Me habéis dado un susto de muerte! -exclamó una voz conocida a nuestro lado.

Tanto mi hermano como yo dimos un respingo, porque la verdad que daba un poco de miedo estar rodeada de una oscuridad absoluta y tener a nuestro lado la figura etérea y flotante de nuestra abuela.

-¡Qué susto, abuela! Casi me da algo -protesté.

-El susto me lo habéis dado a mí. ¿De dónde venís, y por qué tan tarde? -preguntó.

La abuela no se daba cuenta del efecto que producía ver su figura como si estuviera dibujada en la niebla flotando a nuestro alrededor, pero ese efecto desapareció cuando al extender mi mano rocé la suya sintiendo que por ella me recorría un efluvio transparente impregnado de ternura, y entonces volví a recordar lo que era una certeza para mí: mi abuela era un bendito fantasma que nos protegía, que siempre nos protegería.

-Vamos rápido, abuela, que empieza a hacer mucho frío, en casa te contaremos todo. Cuando lo sepas, te alegrarás al saber por qué nos hemos retrasado.

-Sí, niños, aligerad el paso que el relente es muy fuerte -contestó mi abuela.

Una potente luz nos deslumbró de repente, alguien venía de frente pero la oscuridad nos impedía distinguirlo, y me asusté. ¿Y si veía a mi abuela, y si la persona que transportaba esa linterna tenía también la capacidad de ver fantasmas?

- ¡Abuela, abuela, escóndete por favor! -exclamé con miedo.

-Tranquila, estaba impaciente por contaros que he aprendido a desaparecer a voluntad, lo he conseguido, niños, así podremos estar más tranquilos. Os lo voy a demostrar.

Dicho y hecho, mi abuela desapareció a voluntad y su voz a mi oído susurró que estaba a nuestro lado. Cuando la luz de la linterna se acercó, vimos que era el chico más peleón y bruto del instituto, que se paró ante nosotros y nos iluminó la cara deslumbrándonos.

-¡Hombre, si son los amiguitos del bicho raro! -exclamó.

-Aparta la linterna, Tom, nos molesta. -dijo mi hermano.

-No, antes me tenéis que contar qué le pasa a ese tarado. ¿Os ha explicado por qué el muy tonto se golpea a sí mismo?

-A ti no te importa lo que Robert hace o deja de hacer. Metete en

tus asuntos -repliqué con genio.

-La señorita Alice se enfada, la señorita Alice, que se sienta a su lado para hacerle compañía. Ya me ha contado Gertrude que estás loquita por ese tarado. ¿Vas a ser su pareja para la fiesta de fin de curso, porque te lo pregunté ya hace un mes y no me has respondido? ¡Contesta!

-Imagino que vas a la charca a coger ranas. Vete y disfruta arrancándoles las patas, y baja la linterna -dijo mi hermano aireado.

-Pues va a ser que no, que no la voy a bajar hasta que Alice no me conteste con un sí o con un no. Gertrude está deseando que la invite.

-Perfecto, Tom, vete con Gertrude, sois tal para cual -dije yo entonces.

- ¡Estúpida señoritinga! -contestó.

William hizo ademán de abalanzarse sobre él, pero antes de que pudiera hacerlo oímos que la linterna caía al suelo, y al recogerla yo e iluminar el rostro de este chico vi que de su boca abierta sobresalían hierbajos que “alguien había introducido en ella” y que le obligaron a escupirlos. Supe quién había sido.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Tom todavía escupiendo los hierbajos.

-Que gritas tanto para decir tonterías que hasta las malas hierbas quieren callar tu bocaza -contestó mi hermano, dándole la linterna a Tom, que se dio media vuelta y desapareció corriendo de nuestro lado.

-Me ha sublevado que llamara a Alice estúpida señoritinga, y además me he adelantado al ver que os ibais a pegar, ya sabéis que no soporto la violencia -afirmó mi abuela

Capitulo 3

Mi abuela empieza a concebir un plan

Al llegar a casa, contamos a la abuela lo que habíamos hablado con Robert, y ella escandalizada nos escuchó lamentando a viva voz el sufrimiento que para él tenía que ser soportar semejante compañía.

-Y encima su madre no está con él, viene de vez en cuando a visitarle, pero lo ha abandonado -expliqué yo aireadamente.

-Sí, es un comportamiento poco loable, pero es mejor no juzgar duramente a las personas, quizás no pudo soportar el atípico comportamiento de su hijo, y si creyó realmente el veredicto del psiquiatra que lo atendió pensó que nada podía hacer. No sé, sabemos tan poco de lo que pasa en el interior de las personas que cuesta entender ciertos comportamientos. No todo el mundo es valiente para encararse a los problemas de la vida, muchas veces el miedo hace aflorar el egoísmo o la cobardía.

-No justifico lo que hizo la madre de Robert -dijo en ese instante Peter que acababa de entrar en la cocina-, pero sé que sufrió mucho con el padre de este chico, que no entendía ni los arrebatos que sufría ni los gritos que, sin venir a cuento, salían de su boca. Ella no veía a ese fantasma y siempre creyó que su marido estaba loco, quizás al ver que su hijo se comportaba de forma parecida no lo pudo soportar.

-Pero lo dejó solo -repliqué yo, al cuidado de una persona que parece ser un poco desastre.

-Bueno, la chica que lo cuida no es precisamente un dechado de eficiencia, pero lo atiende, fue la única persona a la que la madre de Robert pudo contratar para cuidar a su hijo. ¡Pobre chico! -exclamó Peter.

En ese instante pensé que mi abuela jamás hubiera tenido ese comportamiento, si había sido capaz de resistirse a atravesar ese túnel blanco que ella vio al morir sólo por nosotros, estoy segura de que jamás nos hubiera abandonado fuera cual fuera el comportamiento

extraño que mi hermano y yo hubiéramos tenido, pero no dije nada.

-Lo que no hay derecho es que ese maldito fantasma no lo deje en paz ni un segundo, continuamente se le enrosca en el cuerpo como si fuera una serpiente, le grita, le atosiga. Yo me hubiera vuelto loco -comentó mi hermano.

-Lo que demuestra que ese chico tiene una fuerza mental extraordinaria capaz de soportar semejante tortura. Me alegro de que lo hayáis acompañado. Estoy orgullosa de vosotros -dijo entonces mi abuela.

Cuando dijo eso, pensé que tenía razón, pero que para fuerza mental la de ella, capaz de resistirse a la llamada del más allá, que seguro que era una voz un poco déspota y mandona que quería ser obedecida sin más, pero mi abuela había aguantado como una heroína de película.

- ¡Qué grande eres, abuela! -exclamé abalanzándome hacia ella, olvidándome que con mi acción sólo traspasé su reflejo y me volví a dar un porrazo considerable.

-Alice, ten cuidado, vaya golpe que te has dado, cariño -dijo mi abuela, pidiendo a mi hermano que fuera al botiquín.

Esa noche no pude dormir, no porque el golpe, que sólo se apreciaba en el chinchón de mi frente, me doliera sino porque pensé en Robert, en que igual él estaría sufriendo sin poder dormir en condiciones porque ese estrafalario fantasma no se lo permitía. A la mañana siguiente, al bajar a la cocina sorprendí la conversación que mantenían mi abuela y Peter, en la que ella le pedía que recopilara toda la información que pudiera sobre lo sucedido en aquella época remota en lo que antes era un castillo y ahora una casona con pegotes horrendos, el hogar de Robert.

-Quiero saber todo sobre el clan al que pertenecía ese fantasma, Peter, recopila toda la información que puedas, porque tenemos que ayudar a ese pobre muchacho.

Estaba claro que mi abuela iba a intervenir en este tema, y me sentí aliviada porque estaba segura de que al final lo solucionaría; cómo no iba a solucionarlo si había logrado resistirse a la voz imperiosa del más allá para que su maravilloso espíritu siguiera a nuestro lado. Ese día nos encontramos nuevamente con los demás

compañeros y con Robert en la parada del autobús, que al vernos nos sonrío. Me di cuenta de que sus ojos tenían una expresión diferente y que las ojeras oscuras que siempre los rodeaban parecían menos intensas, como si hubiera podido dormir más apaciblemente de lo que debía de estar acostumbrado.

-¡Hola, Robert! ¿qué tal has pasado la noche? -preguntó William.

-Mejor que otras noches. Gracias

Nos volvimos a sentar los tres juntos, sin hacer caso de las miradas del resto de compañeros, que no debían de entender la súbita amistad que habíamos entablado con el chico del que todos huían.

De repente, vi algo que me sobresaltó: el maldito fantasma inesperadamente se coló a través del cristal de nuestra ventanilla y se enroscó, como si fuera una bufanda, en el cuello de Robert; antes de que él pudiera darse uno de esos manotazos que servían de burla a los compañeros, yo le propiné un fuerte tortazo cerca de la oreja en donde el engendro que tenía enroscado empezaba a aullarle, dándole en lo que hubiera sido su cabeza si la hubiera tenido. La sorpresa del fantasma fue mayúscula, me miró y yo le devolví la mirada retadoramente, como diciéndole "fantasmas a mí" y se replegó desapareciendo de nuevo a través de la ventanilla del autobús.

-Perdona, Robert, tenías una avispa muy grande que te iba a picar cerca de la oreja. ¿Te he hecho daño? -pregunté, sintiendo la mirada del resto del autobús que no habían dejado de observarnos.

Repentinamente, Tom se acercó a nuestro lado y empezó a burlarse, provocando las estúpidas carcajadas del resto de compañeros que compartían el autobús. Su ademán fue para mi muy elocuente. Quería armar bronca.

- ¿Acaso necesita este bicho raro que alguien le dé un tortazo? Con lo bien que él mismo se vapulea.

Robert lo miró con mucha ira, y me di cuenta de que podía liarse. Era la primera vez que lo veía con ganas de defenderse, y confieso, aunque pienso como mi abuela, que nada se debe de arreglar con violencia física, que me alegré porque hasta ahora siempre lo había visto aguantar las estúpidas bromas cuando lo veíamos darse un tortazo a sí mismo con un estoicismo sorprendente, opción que ya entendía. Sólo le hubiera faltado tener que espantar al dichoso espectro con manotazos y encima liarse a tortazos con los que se reían

de él, pero he de reconocer que ese impulso que mi hermano muy sensatamente paró me agradó, porque sentí que parecía más fuerte y con orgullo pensé que yo formaba parte de esa fortaleza, que intuía que se había acrecentado al saber que mi hermano y yo conocíamos su terrible secreto y lo entendíamos.

-Tom, vete a tu asiento de nuevo, y por cierto límpiate los dientes, todavía tienes pegados algunos hierbajos de los que se te metieron en la boca -dijo William.

Las chicas que estaban en la fila de al lado gritaron: ¡Es verdad, es verdad! Y ante ese alboroto, Tom optó por volver a su asiento de la última fila probablemente temiendo que todo el autobús participara de esas burlas.

-Gracias, Alice -me dijo de improviso Robert, parece que tus manotazos le sorprenden más que los míos. Puede que le extrañe que alguien que no sea yo lo vea.

Según me contó mi hermano en el recreo, ya que yo no iba a la misma aula que ellos dos, ese engendro de fantasma no le dio la tabarra a Robert durante las dos primeras horas de clases por la mañana. Luego, no sabía lo que había podido pasar, porque no habían coincidido en las prácticas de química en el laboratorio. Al salir para volver a coger el autobús que nos llevaría de vuelta a nuestras casas, aunque intenté esperar a Robert, él no aparecía. Nuestro conductor, malhumorado, gritó a pleno pulmón que en pocos minutos se ponía en marcha, que el alumno que no estuviera que avisara a sus padres porque su jornada estaba a punto de finalizar.

William y yo cogimos la fila en la que había tres asientos con la esperanza de que Robert pudiera sentarse con nosotros. Yo estaba preocupada, observando que este hombre, consciente de que le faltaba un alumno, no hacía más que mirar el reloj.

-Algo ha pasado, lo presiento, pobre Robert si no llega a tiempo no va a tener a quien avisar de que ha perdido el autobús. Estoy pensando, bueno llevo haciéndolo desde que le acompañamos que deberíamos contarle que nosotros tenemos en casa el fantasma de nuestra abuela ¿qué te parece? -comenté con mi hermano.

-Me parece muy mal, para ello deberías pedir permiso a la abuela, que no creo que te lo dé, precisamente ella quiere ocultarlo para impedir lo que tú sabes que ocurriría si alguien diera la voz de alarma.

Me estremecí pensando en el destino que nos tocaría vivir si efectivamente alguien se enterara de que éramos huérfanos de solemnidad, sin ningún pariente que pudiera hacerse cargo de nosotros, y por mi mente desfilaron imágenes de que nos recluían en un orfanato de esos que salen en las películas de terror, y encima que nos separaban a los dos, pero también pensé, totalmente convencida, que Robert sería una tumba, que jamás nos fallaría, aunque comprendí que efectivamente sólo mi abuela podía decidir al respecto. Cuando el coche estaba a punto de ponerse en marcha, vi a Robert correr moviendo el brazo para que el conductor lo viera. Subió agitado, pero no olvidó dar las gracias que fueron contestadas con un gruñido. Mi hermano le indicó que se sentara con nosotros, y vi que se le iluminó la cara.

-¿Qué ha pasado, Robert? -preguntó William.

-Ese maldito fantasma me dio la lata todo lo que pudo mientras hacía las prácticas en el tubo de ensayo, y no veas la que me lio.

-¿Qué hizo en el laboratorio? -pensé yo temiendo lo peor.

-Esta vez no se me enroscó en cualquier parte de mi cuerpo para fastidiarme, algo que ya ves que le encanta, obligándome a dar los manotazos que tanto asombran y son motivos de burla, esta vez ha aparecido en el laboratorio, esperado muy tieso detrás de mí para verter la solución que ya tenía preparada en mi tubo de ensayo en el instante en que Mary, nuestra profesora, se acercaba para comprobar. ¡Pobre mujer! Menos mal que lo vertió sobre sus zapatos, si le hubiera salpicado la piel le hubiera producido una buena quemadura.

-¿Se ha enfadado contigo? -pregunté sintiendo no sólo pena por Robert sino verdadero odio por la antigualla de fantasma, que bien podía haberse quedado junto a los de su antiguo clan en el inframundo que debía de ser el lugar que le correspondía.

-Pues no le hizo ni pizca de gracia, pero tiene de mí una buena opinión, y además tuve la ayuda del director que apareció por allí y quitó hierro al asunto, pero claro me he tenido que entretener recogiendo todo, limpiando concienzudamente lo vertido para que no deteriora la madera del suelo. Lo que parece que resulta efectivo es que cuando estoy con vosotros, que debéis de ser los únicos que lo podéis ver, no sólo se extraña sino que también parece asustarse.

-Te vendría bien vivir con nosotros -dije entonces, dándome cuenta de la mirada de reproche de William, lo que hizo que no añadiera nada más.

-Jamás permitiría que también vosotros sufrierais este suplicio, bastante me estáis ayudando ya. No sabéis cuánto.

-No hacemos nada, Robert, y lamento no haberme acercado a ti antes. Fui un cobarde, no me atrevía a desafiar al resto de la clase que te hacía el vacío precisamente por cobardía -contestó entonces William.

Me sentí orgullosa de él, y pude entenderlo porque yo, de distinta manera, ya que no era de su clase, también me había cohibido y había ocultado las ganas que muchas veces me entraban de acercarme a Robert, aunque me había justificado diciéndome que entonces yo no veía ningún fantasma, y que pensaba que era cierto lo que decían mis amigas en cuanto a que estaba mal de la cabeza Al oír a William me di cuenta que me había mentido a mí misma, porque aunque hubiera creído que estaba mal de la cabeza, nunca había demostrado agresividad con nadie que no fuera con él mismo cuando se atizaba. La única verdad es que hasta hace nada tuvo más peso lo que los demás hubieran pensado de mí si me acercaba a él.

-Pero es lógico que no quisieras acercarte, quién en su sano juicio se acerca al que ve como un bicho raro que continuamente se da tortazos para espantar algo para ellos imaginario. ¿Por cierto, no os he preguntado cuándo empezasteis a ver al engendro?

-Antes no lo veíamos, Robert -contesté yo. La primera vez que lo vi fue cuando me senté contigo en la biblioteca para que me ayudaras, algo que también le pasó a mi hermano cuando fue a recogerme.

-Pues más mérito por tu parte, porque tuviste el valor de sentarte antes de poder verlo, sin importante mi fama de loco.

-No fue así, cuando pueda te lo explicaré y lo entenderás -contesté avergonzada.

-Sí, te lo contaremos cuando sea pertinente, ahora mejor nos callamos, esas de atrás están intentando enterarse de lo que hablamos.-dijo mi hermano.

-No creo que nos oigan -contesté, hablamos demasiado bajo, pero si nos oyen que se fastidien y piensen lo que quieran.

-Robert, tengo que hacerte una pregunta -habló de nuevo William. ¿Nuestro director sabe la verdad? Nos hemos enterado de que era

íntimo amigo de tu padre.

-Creo que sí, porque seguro que mi padre se lo contó, por eso intenta protegerme, porque si no fuera así hubieran ganado las voces que se han alzado reclamando que no es normal que un chico como yo permanezca en este centro.

-Bueno también será porque gracias a ti el instituto ha conseguido una serie de premios sobre los demás, nadie te iguala en inteligencia - comenté yo con orgullo.

-Es cierto, ¿pero cuando participas en pruebas matemáticas cómo consigues concentrarte para poder resolverlo y llevarte el primer premio? -preguntó William.

-Me cuesta una barbaridad, os aseguro que mentalmente me agoto, pero me digo a mí mismo que además de la protección del director es una baza que me ayuda. Me conciencio pensando que por mucho que este engendro se enrosque en mi cuello, en mi espalda o en cualquier lugar de mi cuerpo, en realidad no puede hacerme nada porque sólo es humo.

De nuevo acompañamos a Robert un buen trecho sin que esta vez llegáramos hasta su casa, y en el camino fue mi hermano quien tuvo la suerte de atizarle un buen puñetazo a lo que podría ser el costado del engendro, que se había posado de repente encima de la espalda de Robert; su golpe fue tan certero que ese ser de humo fue a parar a la cuneta de la vereda.

-Perdona, Robert, le he dado muy fuerte ¿Te he hecho daño? -se disculpó William.

-En absoluto -respondió Robert con una sonrisa.

De repente, como si hubiera salido de la nada, claro que la niebla que se estaba levantando ayudaba al efecto, apareció ante nosotros la mayor, bueno la única enemiga de mi abuela, la tal Rachel.

-Guillermo, deja de pegar a este chico. Pegar a un loco es un pecado capital. Se lo diré a vuestra abuela a ver si os civiliza de una vez. Aquí no vivís en la selva, recordad que estáis en Escocia.

Me di cuenta de que había llamado Guillermo a mi hermano no por otra cosa que por dar a entender que no pertenecía por completo a un “país civilizado”, pero lo que más me fastidió es que se hubiera atrevido a llamar loco a Robert. Los tres hicimos como si esa mujer no existiera y nos paramos a hablar para fastidiarla, sin permitir que ella, que intentaba seguir con su estúpida y entrometida charla, fuera

escuchada.

-Guillermo, me encanta ese nombre. Tengo muchas ganas de visitar España, me dicen que es un país maravilloso.-dijo de pronto Robert

-La abuela se siente muy contenta de que nuestra sangre sea mitad escocesa y mitad española, por ello le gusta llamar de vez en cuando a mi hermano Guillermo y a mí Alicia.

- ¡Alicia en el país de las maravillas! Sí, te va muy bien tu nombre -volvió a decir Robert.

-William, Alice, alejaros de este loco, por favor.

-Pero, Rachel, si es inofensivo -dijo entonces mi hermano haciendo ver que ahora tenía en cuenta su presencia. Mira, le doy otro golpe y ni si inmuta procediendo a dar un manotazo sobre el brazo en donde se había vuelto a enroscar el engendro de fantasma, al que creíamos que habíamos alejado dejándole en la cuneta.

Lo que ocurrió entonces fue motivo de que los tres nos partiéramos de risa ante la sorpresa de Rachel, ya que el espectro se fue a estrellar en su cara que, confundida, debió de notar algo, porque apresuradamente dijo que se iba pero que eso no quedaría así, que hablaría con nuestra abuela de nuestro horrible comportamiento.

-Sí, señora, soy un loco de atar. Me encanta pegarme, pero sobre todo que me peguen. ¡Deme un tortazo por favor, deme un tortazo! -imploró de repente Robert, colocándose frente a Rachel que lo miró despavorida.

El espectro no estaba en ese momento enroscado a Robert, y supe que él actuaba así por empatía hacia nosotros, porque como todos en el pueblo y alrededores conocían lo fanática que era esta mujer, que consideraba que la pureza de sangre se contaminaba con los que no eran en verdad escoceses desde generaciones ancestrales. Nos quedamos un rato más, viendo como Rachel se iba a toda prisa. Cerca ya de casa, cuando ya la niebla cubría el camino, después de habernos despedido de Robert y liberarnos de la presencia de Rachel, apareció mi abuela a nuestro lado.

-¿Abuela desde cuándo estás aquí? -pregunté.

-Acabo de llegar, esta vez no me he preocupado, sabía que

acompañaríais a Robert. Vamos a casa, tengo que contaros el plan que he ideado para liberar a vuestro amigo de semejante compañía.

-Nos encontramos con Rachel, abuela, creo que va a ir a visitarte para quejarse de nosotros.

-Las quejas de esa mujer me resbalan, niños, pero volvamos rápidamente a casa, tengo que contar una historia que puede ser crucial para ayudar a Robert.

Capitulo 4

La Historia del clan Mcdonald

En la cocina nos encontramos a Peter con aspecto cansado, algo que entendimos cuando supimos que había madrugado muchísimo para llegar a las ruinas del castillo, situado en lo alto de un acantilado bastante lejos de nuestra granja, un castillo en ruinas que había sido el hogar del Clan Mcdonald, clan al que pertenecía el espectro que atormentaba a Robert.

-Me fui cuando todavía era de noche, antes de que llegara la avalancha de turistas que tanto les gusta escuchar las viejas historias de nuestros castillos en ruinas, ayer por la mañana fui a visitar a Jane, la persona más vieja del pueblo, conocedora de todas las historias que han circulado por estas tierras desde tiempos inmemoriales. Jane aprecia mucho a vuestra abuela porque Grace es la que más se ha preocupado de ella, ya que siempre se ha encargado de llevarle alimentos, puesto que está muy sola y no nada precisamente en la abundancia.

-Ve al grano, Peter -respondió mi abuela a la que no le gustaba envanecerse con las obras de caridad que hacía, algo que desde siempre ya sabíamos.

-Jane me contó la historia que ya os expliqué, cuando el clan Macdonald se enfrentó por el desaire que la antepasada de Robert infligió a Archie, ese es el nombre del fantasma que atormenta a vuestro amigo.

-Pero eso ya lo sabemos. ¿No te contó nada nuevo que nos pudiera ayudar?

-Alice, ten paciencia, si te he dicho que tenía un plan para ayudar a Robert, lo que va a seguir contando Peter es la clave para que ese plan dé resultado.

-Bueno, pues Jane me contó que realmente Archie no deseaba prometerse a Nora, que él estaba perdidamente enamorado de una

antigua pariente que el clan Mcdonald había recogido en su castillo por compasión, una chica llamada Bethia, relación que jamás hubiera sido consentida por Andrew, el padre de Archie, porque claro los nobles de los clanes siempre tuvieron a gala socorrer a los que hubieran llevado su sangre, pero jamás consentir que su linaje se menoscabara uniéndose a alguien de categoría inferior como era Bethia.

Tanto mi hermano como yo estábamos fascinados por la historia, pero de momento no podíamos adivinar que semejantes sucesos en tiempos remotos pudiera ayudar al plan que mi abuela debía de tener en mente, pero no interrumpimos a Peter que parecía realmente complacido de ser portador de estas interesantes noticias.

-Según Jane, que sabe de los padecimientos de los descendientes de Nora, aunque me confesó que jamás había visto al fantasma de Archie y que estaba segura de que la fama de loco que tiene vuestro amigo debe de ser provocada por ese vengativo espectro, sí había podido ver al fantasma de Bethia, la mujer que quedó destrozada desde que supo de la muerte de Archie. Parece ser que la chica, incapaz de soportarlo, se suicidó tirándose por una de las ventanas del castillo nada más conocer la noticia.

-¿Cómo pudo Jane ver el fantasma de Bethia, si no sale de su casa, si está casi invalida? -pregunté impaciente.

Mientras la abuela me hacia un gesto en el que indicaba que controlara mi impaciencia, Peter, disfrutando de su relato y creo que también para hacerse más interesante, sorbió con parsimonia de la jarra de cerveza que tenía en la mesa.

-La vio hace años cuando era joven y se acercó por las ruinas del castillo para recoger unas bayas. Me dijo que se llevó un susto de muerte porque vio a una mujer, mejor dicho a la figura de una mujer, cuya silueta parecía estar dibujada en humo, llorar desconsoladamente gritando el nombre de Archie. Jane me confesó que su susto fue enorme porque jamás antes había visto un fantasma, y como conocía lo que hacía varios siglos había ocurrido en el castillo del clan de Nora, al enterarse en la actualidad de lo que le había pasado al padre de Robert, que ya sabéis que sufrió un infarto, y llegarle después los rumores de la rareza de su hijo Robert, sospechó que quizás Archie también permanecía allí pero como ángel vengador. Jane con voz entrecortada me dijo que lamentaba no haber podido hacer nada.

-Es muy buena información, Peter -dijo mi abuela- Probablemente Bethia jamás se haya movido del lugar en que vivió, puede que permanezca allí por una razón, quizás espera a su amado Archie sin saber que él ha quedado atrapado en lo que fue el castillo del clan de los Cameron, el hogar de Robert.

Pensé que atrapado lo que se dice atrapado no lo estaba, ojalá no pudiera salir de las paredes de la casa de Robert, porque bien que ese maldito engendro lo acompañaba al instituto causándole allí todavía más problemas, ya que una cosa era atizarse en su casa para ahuyentarlo y otra a la vista de los compañeros que se veían obligados a presenciar sus gestos sorprendentes. Cuando William le preguntó a mi abuela si un fantasma, además de desplazarse y desaparecer a su antojo, podría poseer la cualidad de adivinar y ella le respondió que no, que no era posible, entendí por qué lo preguntaba.

William me explicó más tarde por qué había hecho esa pregunta a la abuela, de la que yo ya había adivinado la razón. Mi hermano quería saber si esa Bethia era capaz de saber dónde permanecía ese espectro llamando Archie, porque si así fuera bien podría ir a por él y llevárselo consigo a las dichosas ruinas.

-Esta historia nos da una ventaja para arreglar el grave problema de Robert. Tengo que ir yo a las ruinas del castillo de los Mcdonald y hablar con Bethia. Ella podrá aclararme muchas cosas que necesito saber ya que, si Jane no se equivoca y Bethia es la persona bondadosa que ella creyó percibir y se une a mi plan, seremos dos para luchar con el mal que personifica Archie, además puede que me sepa aclarar de dónde procede esa maldad del fantasma, quizás tuvo una influencia nociva en su vida terrenal -siguió aclarándonos nuestra abuela.

¿Cuándo te irás, abuela? -pregunté con temor.

-Tranquilos, chicos, antes quiero hacer otra cosa más, que creo que es necesaria. Dentro de un par de días es fiesta y quiero que invitéis a Robert a casa, pero antes de venir debéis contarle nuestro secreto.

-No, abuela, nuestro secreto no debe de salir de aquí -dijo entonces William.

-Yo lo había pensado -contesté, pero William no está de acuerdo y sé que Robert no nos delatará, estoy convencida.

-Yo también lo creo, Alice -comentó mi abuela.

La afirmación de mi abuela tuvo más poder sobre mi hermano que el deseo que yo ya le había manifestado. No sé si realmente se convenció del todo, pero lo aceptó y yo me alegré mucho de ello. Cuando al día siguiente nos vimos con Robert y lo acompañamos nuevamente a su casa, aprovechando que en esos momentos el espectro no estaba cerca de él, le contamos que nosotros también teníamos un fantasma en casa, el de mi abuela, un fantasma que se había quedado con nosotros para cuidarnos y evitar que nos llevaran a alguna institución.

Robert nos miró con cara apesadumbrada. Sólo conocía de vista a mi abuela aunque según nos dijo recordaba su cara risueña y bondadosa. Entendí que a él le costara aceptar que era algo bueno tener un fantasma en tu propia casa. Cuando conoció a mi abuela lo entendió y nos envidió.

-Desde que ella se transformó tuvimos la capacidad de ver a los fantasmas, aunque hasta ahora sólo hayamos podido ver al tuyo, por eso nos acercamos a ti, Robert, -dijo mi hermano.

-Gracias, gracias por vuestra confianza, os juro por lo más sagrado que jamás saldrá de mis labios vuestro secreto, nadie os llevará a ninguna institución. Es lo único que tengo que agradecer a mi madre, que al menos al estar viva y hacerse cargo de mi sustento, me he evitado ser declarado huérfano y metido en algún centro.

-Robert, mi abuela nos ha explicado que quizás tu madre sufrió tanto que no pudo soportar pensar que tú estabas loco como creía que lo estaba tu padre. Ella siempre dice que muchas veces nos cuesta entender ciertas actuaciones, que nos parecen mezquinas o cobardes, porque desconocemos qué pasa en el interior de la gente; no todo el mundo tiene el valor que tienes tú o mi propia abuela. Yo sé que no lo tengo -dije con un nudo en la garganta.

-Alice, William, os aseguro que ambos habéis heredado el valor de vuestra abuela.

Me hizo mucha ilusión escucharle decir esto, pero yo dudaba de que al menos en mi caso fuera así, quizás sí en el de mi hermano, aunque yo se lo negara para quedar como la más fuerte e intuitiva, pero eso era una pose para rebelarme cuando William tomaba el papel dominante de hermano mayor. La realidad era que yo me veía más frágil por eso buscaba aún más que William la figura de humo de mi

abuela, porque sabía que sin ella no podría aguantar la soledad que la vida me depararía. Cuando en alguna rara ocasión me daba por sincerarme al respecto con William, y me repetía que siempre lo tendría a él, era cuando me daba cuenta de lo que lo quería, de lo que ambos nos queríamos, a pesar de los momentos de peleas en que ambos nos enzarzábamos, que obligaban a mi abuela a repetir: por qué os enfadáis si os queréis con locura.

No hablamos con Robert de que la abuela tenía un plan, eso lo tendría que decir ella, y por tanto no le contamos lo que en nuestra casa se había investigado sobre el clan de los Mcdonald, enemigo del clan al que pertenecieron los antepasados de Robert.

-Estoy pensando que no debo de ir a vuestra casa, que si lo hago mi maldito espectro podría seguirme y fastidiaros a todos.

-Robert, la abuela no conoce a tu espectro pero sabe de su existencia, y si te ha dicho que vengas a casa seguro que sabrá cómo controlarlo.

Caminamos los tres hacia nuestra casa por un sendero solitario, mientras mirábamos sin parar para ver dónde se encontraba el espectro; de momento no parecía molestar a Robert ya que no se le había enroscado en ninguna parte de su cuerpo, pero de repente el mezquino fantasma apareció montado sobre la espalda de nuestro amigo, momento que tanto William como yo empezamos a dar puñetazos a sus respectivos costados, consiguiendo que ese ser de humo se torciera hacia un lado y otro según recibía nuestros golpes. Menos mal que esta vez no había nadie por los alrededores que pudiera escandalizarse por lo que a ojos normales sería un comportamiento deleznable por nuestra parte.

Le preguntamos a nuestro amigo si le hacíamos daño y él nos contestó que no, pero que debíamos parar, que se tenía que volver a casa porque no estaba dispuesto a consentir que el ser llegara a la nuestra y empezara a fastidiarnos a nosotros.

-¿Quiere hacer vuecencia el favor de bajar de la espalda del chico? -la voz de mi abuela sonó fuerte, era una voz que realmente habíamos escuchado pocas veces pero que reconocíamos. Mi abuela empleaba ese tono duro cuando realmente algo le enfadaba.

Nos volvimos los tres y ante nosotros apareció mi abuela. Vi la cara de Robert palidecer, creo que aunque le hubiéramos contado que

nuestra abuela es un fantasma, verla allí le sobresaltó.

-Es mi abuela, Robert -dije con cierta timidez.

-Luego te saludaré, Robert, ahora me tengo que ocupar de este cobarde que prefiere no andar por sí solo.

El espectro miró a mi abuela muy sorprendido y se soltó con rapidez de la espalda de Robert. Yo creo que jamás había visto a otro fantasma, de ahí su sorpresa, y balbuceó unas palabras ininteligibles.

-Sí, vuecencia, soy también un fantasma. ¿Acaso se creía que era el único que habitaba en estas tierras?

Noté, a pesar de su figura de humo, que su cara no sólo expresaba sorpresa sino también miedo, mucho miedo.

-¿Vuecencia se ha vuelto mudo? ¿O quizás de tanto aullar a este chico se le ha olvidado hablar?

-Puede que se le haya olvidado, desde que nací sólo me ha gritado, aullado y enroscado como una serpiente, jamás escuché una palabra de sus labios -contestó Robert-, al tiempo que mirando a mi abuela le decía: Me alegro mucho de verla, señora Grace, ha sido un placer para mi recibir la invitación.

-Más lo será cuando pruebes el rico guiso que os he preparado, pero sobre todo cuando consiga que este cobarde fantasma te deje en paz, -contestó mi abuela.

Noté que la cara de Robert se había relajado por completo, y que miraba con agrado al fantasma de mi abuela, un espíritu en el que se podía vislumbrar el aspecto que había tenido cuando poseía su envoltura corporal, y que no había borrado su bondadosa mirada.

-Escucha, vuecencia, como ves soy un fantasma como tú y a la vez soy muy amiga de otros fantasmas, que ten por seguro que si nos juntamos podríamos hacerte más daño del que te imaginas, porque todos podríamos enroscarnos sobre ti y hacerte sentir que no puedes respirar el aire que en realidad no respiras, pero que te provocaría una desazón increíble. Estos chicos y yo vamos a mi casa y tú no entrarás allí, ¿te enteras, vuecencia? En mi casa tengo como a diez compañeros fantasmas que no permitirán que nos molestes.

-De, de, de acuerdo -contestó el espectro- y entonces comprendí que su tartamudeo y su dificultad en el hablar se debía a que desde que dejó el mundo de los vivos este ser sólo había utilizado su poder de desplazarse, de asustar a Robert, de vivir como si en su vida terrena hubiera sido una especie de reptil dada su afición a enroscarse, pero que no había pronunciado ni una palabra que le recordara su anterior esencia humana.

El espectro desapareció, imagino que volvería a casa de Robert, pero desde luego ese día él iba a estar libre, algo que nunca le había ocurrido antes.

-¿Abuela por qué le dices vuecencia a ese ser? -pregunté.

-Bueno, porque he pensado que al haber nacido hace varios siglos era lo correcto. Tal como he imaginado tiene la lengua atrofiada, pero ya lo arreglaremos. Ahora, vayamos a casa, ya tengo la mesa puesta. Por cierto, Robert, yo también me alegro mucho de que aceptaras nuestra invitación. Por favor no tengas miedo de mí, jamás haría daño a nadie. Ah, y no creas lo que he dicho, en mi casa el único fantasma que existe soy yo, y por supuesto de momento sólo he conocido al tuyo, aunque dentro de nada tendré que conocer a otro, que creo que dista mucho de ser como el que te atormenta.

-No me importaría tratar con fantasmas como usted, sería un placer, se lo aseguro -dijo Robert extendiendo la mano para saludar a mi abuela.

-No se puede, Robert, pero no importa mi abuela lo agradece de igual forma. ¿A qué es una sensación agradable y acariciadora? -pregunté.

-Sí, lo es, me ha dado la sensación de que me soplaba la brisa. -contestó.

-Chicos, chicos, dejad de adularme y vayamos rápido -dijo mi abuela verdaderamente complacida.

-Abuela ¿Qué nos has preparado? Dime que es un buen estofado de los tuyos. Me muero de hambre -comentó mi hermano, que hasta ese momento se había limitado a observar muy complacido todo lo sucedido.

-Sí, William, es estofado, y también el pudin que te gusta, ya sé

que últimamente te estás hartando de comer tanto pescado, pero claro como tengo a Peter con su tarea de investigación no le he podido mandar a la carnicería hasta esta mañana. De todas formas, cariño, tienes que aficionarte más al pescado, es más sano que la carne.

-¡Cómo me gustaría tener una abuela como la tuya, Alice, aunque fuera un fantasma! ¡Qué suerte tenéis tu hermano y tú! -exclamó Robert.

Creo que Robert no había disfrutado de esa comida en su vida. Noté que ver a mi abuela como flotando a nuestro alrededor, con esa sonrisa suya que todavía se apreciaba le reconfortaba. Cuando la abuela se colocaba a su lado y revolvía con ternura su cabello sé que soñaba con la caricia que no debió de tener. Por la tarde la abuela propuso que jugáramos a las cartas y fue divertidísimo para nosotros ver como ella, con la fuerza de su mente, colocaba las suyas en el tablero.

Cuánto nos reímos esa tarde, y pensé que sería un recuerdo que siempre guardaría en mi corazón porque convivimos con el espíritu maravilloso de la que fue mi abuela, de la que siempre lo sería.

Unos golpes sonaron en nuestra puerta, al principio pensamos que sería Peter, que se había ausentado después de comer con nosotros, porque tenía que realizar unas tareas en la granja. William se había levantado creyendo que tendría que ir a ayudarle, pero Peter atendiendo a una señal de mi abuela le había aclarado que no era necesario, pero que al día siguiente nos necesitaría a los dos y tendríamos que trabajar el doble.

-Ya ves, Robert, también tenemos problemas, la abuela es muy exigente con nuestros deberes, y Peter es un tirano que nos mata a trabajar, pero se ha debido de cansar muy pronto porque seguro que también quiere jugar. Lo siento, Alice, pero te tocará cederle el puesto, porque sólo podemos ser cuatro -dijo mi hermano.

-Ojalá gozara yo de esa tiranía, me cambiaría por vosotros sin pensarlo dos veces, pero le cederé yo mi puesto, está anocheciendo y prefiero irme ya -contestó Robert.

Me di cuenta de que su rostro ante la idea de volver a su casa había adquirido un tinte sombrío, y miré a mi abuela pidiéndole lo que no me atrevía a decir a viva voz.

-Haced el favor de abrir la puerta, probablemente Peter habrá recogido muchas verduras y no puede utilizar su llave -dijo mi abuela sin percatarse de mi muda petición.

William atravesó el amplio hall y lo que oímos nos dejó asustados. La persona que había llamado a la puerta era Rachel, la mujer que nunca debería ver ni saber nada de lo que ocurría en nuestra casa.

- ¿Qué hacemos, abuela, qué hacemos? -pregunté.

-Tranquila, cariño, ya domino el desaparecer a mi antojo. Le decís que estoy enferma y ya está -contestó mi abuela haciéndose invisible.

William intentó que no pasara, y dije al oído de Robert que si esa mujer se enteraba, estábamos perdidos, que además lo que ella quería era hacerse con la granja de mi abuela porque la odiaba por el hecho de que nuestro abuelo la eligió a ella.

Robert me hizo un signo en el que me decía que me tranquilizara, pero yo no lo estaba, a la vez que maravillada veía como mi abuela desaparecía de su sillón favorito, un sillón que, aunque no hubiera podido ocuparlo en realidad, había dado la sensación de que realmente su figura de humo o niebla lo había ocupado. A pesar de lo que dijera mi hermano, esa mujer entró sin permiso al salón, mientras William, un tanto alterado, le decía que mi abuela estaba aquejada de una fuerte gripe y que nadie podía molestarla.

- ¿Qué hace aquí este chico? -preguntó esa mujer insolentemente.

-Jugar con nosotros a las cartas ¿además qué le importa a Vd.? ¿Y con qué permiso entra en nuestra casa? Si ya le he dicho que mi abuela no puede atenderla -contestó William verdaderamente enfadado.

-Tranquilo, chico, en principio pensaba quejarme a vuestra abuela por lo que creí era un pésimo comportamiento por vuestra parte, pero cuando este muchacho, con el que no deberíais juntaros, me pidió que le pegara y me asustó, me entrevisté con el director de vuestros instituto, le hablé de ese hecho deleznable, no sólo por vuestra parte sino también por la de él, y me aclaró que este muchacho no está loco, que padece una especie de tic nervioso que le hace pegarse, y que si os pidió a vosotros que lo hicierais seguramente era porque así solventaba este acto convulsivo suyo, ya que, lógicamente y como parece ser que no es un tonto, así no se hace tanto daño.

-Bien, aclarado el tema, y ahora si no le importa le acompaño a la puerta -volvió a decir mi hermano.

-No, me voy a quedar aquí hasta que le digas a tu abuela que baje. Es necesario que sepa dos cosas, la primera que no es bueno que os juntéis con este chico, y la segunda que tiene que vigilar esos instintos vuestros, porque por mucho que el director me haya explicado el tema, yo sentí que realmente disfrutabais pegándole.

-Señora, tal como le ha dicho el director, y como parece ya entender que no soy un loco sino que mi enfermedad es nerviosa, entenderá que prefiera que mi irrefrenable impulso me obligue a pedirle a cualquiera que sea mi amigo a que me pegue, sabiendo que ese acto me hará menos daño que cuando me atizo yo mismo -dijo entonces Robert con cara circunspecta.

-Pues más valía que ese maldito tic que tienes te lo tratara un profesional, porque no sólo asustas a quien te vea pegarte sino que fomentas la violencia de los que lo hacen por ti, y estos dos disfrutaban, lo vi claramente.

Yo alucinaba con esta mujer, con unas terribles ganas de abalanzarme sobre ella y pegarle un guantazo en su estúpido rostro. Si había alguien que pudiera fomentar la violencia estaba claro que era esta entrometida, chismosa y mala persona. Para mi sorpresa, Rachel no hizo ningún caso a William, lo que hizo fue sentarse en el sillón que ocupaba mi abuela, aunque lo de ocupar sin envoltura corporal era una broma, pero que seguro que seguía allí, probablemente si su espíritu de humo hubiera aparecido daría la sensación de estar sosteniendo a esa mujer sobre sus rodillas.

Entonces pensé que ojalá mi abuela concentrara su fuerza mental en sus dedos y le diera un fuerte pellizco en su gordo trasero.

-Rachel, ya no me pego, mis tics son esporádicos, unos se van y otros vienen, pero mis amigos me comprenden.

-Claro que te comprenden, muchacho, y además los hace disfrutar porque estos dos llevan el germen de la violencia en su interior, lo detecto, y si pudieran me sacarían de aquí a patadas, pero Grace tiene que saberlo para que emplee con ellos mano dura, y que demuestren que son capaces de comportarse como lo haría un escoces de verdad. ¿Y qué tic tienes ahora, muchacho?

Vi que William iba a estallar, algo que yo también sentía, pero lo que se le ocurrió contestar a Robert en ese momento nos liberó de hacer algo indebido.

-Bueno, ahora sólo me da por cazar ratas. ¡Cómo disfruto! Por cierto, William, os tengo que decir que antes de entrar en vuestra casa cacé una, y bueno quiero que sepáis que aunque medio muerta la he escondido debajo del cojín de ese sillón -dijo Robert señalando el sillón en el que se había sentado Rachel.

- ¡Qué! ¿Has escondido en este maldito sillón una rata moribunda? Estás loco, muchacho, completamente loco.

Antes de levantarse precipitadamente, mi abuela reaccionó, aunque creo que fue por las palabras de Robert no porque hubiera leído mi pensamiento anterior, e hizo lo que yo le había suplicado mentalmente: atizó un fuerte pellizco en el gran trasero de esa mujer.

-¡Ay, ese bicho me ha mordido, qué dolor¡

Lo que ocurrió a continuación hizo que pareciera que sufríamos una especie de convulsión provocada por el arduo esfuerzo de contener nuestras carcajadas ante la ridícula visión: Rachel, en un gesto instintivo, se había levantado su falda mostrándonos una horrible faja que le llegaba hasta sus rodillas y se arrascaba frenéticamente.

Si no llega a aparecer Peter la hubiéramos liado, porque estábamos a punto de permitir que el ataque de risa saliera de nosotros con fluidez, lo que provocaría que se hubiera encargado de pregonar que éramos de lo peor, al habernos burlado de lo que ella calificaría de horrible ataque de un animal salvaje.

-¿Rachel, pero qué es esto? ¿Te parece bien mostrar tus interioridades a estos chicos? ¿Te has vuelto loca? ¡Haz el favor de bajarte la falda! y vete a tu casa -ordenó Peter muy escandalizado.

-Peter, sólo me he subido la falda porque este loco ha introducido una rata herida debajo de este sillón. Mira, compruébalo tú. -contestó Rachel muy compungida, bajándose avergonzada la falda que tapaba su ridícula y aparatosa faja.

-¡Ya me ocuparé de lo que hay en ese sillón! -exclamó Peter. Imagino que has venido aquí para hablar con Grace, pero seguro que

los chicos te han explicado que no debías de molestarla, que está enferma, pero claro, como eres la persona más entrometida y chismosa que conozco, has entrado sin permiso.

-No, no Peter, sólo quería avisar a Grace, sus nietos peligran si siguen juntándose con este chico. Está loco, totalmente loco.

-No eres nadie para avisar a Grace de nada, ella es la persona encargada de aceptar o no con quien se juntan sus nietos, y te aseguro que cualquiera es preferible a ti. ¿Qué diría la gente del pueblo si supiera que tú, tan moralista, te has subido la falda delante de unos jovencitos?

- ¡Por favor, Peter, no lo cuentes! Compruébalo, ese loco había introducido una rata moribunda en el sillón favorita de Grace.

-No digas más tonterías, y vete de una vez, Rachel, toda esta algarabía despertará a Grace -dijo Peter cogiéndola del brazo mientras la llevaba a la puerta de entrada que luego cerró de un portazo.

Todos reímos a carcajadas sin parar hasta que mi abuela volvió a aparecer dando la sensación de que realmente estaba sentada. ¡Qué inmenso placer volverla a ver, qué maravillosa sensación escuchar sus carcajadas que te hacían olvidar que pareciera estar dibujada en humo o niebla!

-El disgusto que se ha llevado la va a tener sin salir de casa por unos días, porque seguro que pensará que Peter lo va a contar. No os podéis imaginar lo mojigata que es Rachel, tiene una moral estúpida y reaccionaria, que le lleva a cometer la memez de obligar a su hija, bastante mayor por cierto, a ponerse un bañador como los que usaban nuestras abuelas si quiere ir a la playa. Para ella todo es impuro y pecaminoso, todo menos el daño que ella hace con su lengua viperina. La verdad es que tiene que haber sido horrible para ella haberse subido la falda y mostraros su faja -dijo mi abuela.

-Pero no va a desistir, abuela, esa mujer volverá a venir, y tengo miedo de que termine sospechando algo.

-Yo no tengo miedo, William, desde que sé desaparecer a mi antojo no lo tengo.

-Grace, últimamente me preguntan en la tienda por ti, no sé cuanto tiempo más podremos decir que estás enferma. Me preocupa -habló

entonces Peter.

-Mi querido Peter, ya somos cinco -contestó mi abuela, dirigiendo su mirada a Robert-. Cinco personas que juntas cuatriplican la inteligencia de esa mujer, que os aseguro que es más limitada de lo que ella cree.

-Sí, ya somos cinco, contad con toda mi ayuda cuando lo necesitéis -dijo entonces Robert.

-Por cierto, Robert, me encantaría que te quedaras a cenar, y como se va a hacer tarde, si quieres podrías quedarte a dormir. En la habitación de William hay dos cómodas camas. ¿Te supone un problema?

-No, ninguno. Me encantaría -contestó Robert.

Pensé que cómo no iba a encantarle pasar una noche sin que el engendro que se le colgaba le fastidiara, y dormir a pierna suelta sin que nadie le molestara. A mí me alegró mucho la idea.

-Mañana tengo que salir, pero os dejaré el desayuno preparado, quiero que Robert pruebe mis galletas y también que me espere, necesito explicarle una historia que igual no conoce y podrá ayudarle.

Supe dónde iría mi abuela y pensé que me encantaría acompañarla, aunque lo mismo me daba algo de miedo.

En mi cuarto di vueltas en la cama, feliz por un lado al pensar que Robert por primera vez estaba seguro, porque el engendro no se le mostraría en mi casa, y nerviosa por otro lado al saber que mi abuela iría sola a visitar al fantasma de esa mujer que parecía haber amado al ser cruel que atormentaba a Robert. Pensé que lo ideal sería que fuéramos todos con ella, ya que teníamos la capacidad de ver fantasmas, y que sería conveniente que escuchara de labios del propio Robert el sufrimiento que había padecido durante toda su vida por el hombre que ella amaba.

- ¿Qué pasa, mi niña, no puedes dormir?

Encendí la luz de mi mesilla, frente a mí apareció la figura de humo o niebla amada, y sentí que me tranquilizaba.

- ¿Abuela, desde cuándo estás aquí?

-Desde hace un buen rato pero invisible, no quería asustarte como te asusté hace tiempo al despertar.

-Eso fue al principio, abuela, y no necesitas esforzarte para que no te vea -dije abalanzándome sobre ella-, pero esta vez no me caí de la cama, fue como si la fuerza mental de mi abuela supliera el muro corporal que ya no tenía y me sujetara. Por primera vez la sensación fue extraña y maravillosa, porque no tuve la impresión de atravesar una especie de cortina de niebla sino la de haber sido abrazada de verdad.

Conté a mi abuela lo que pensaba, le dije que tal vez sería bueno que fuéramos con ella, y que aunque intentara ser escuchada por esa Bethia, quizás podría convencerse mejor si también oía al propio Robert.

-Abuela, yo estoy convencida de que los fantasmas son buenos o malos según hayan sido en su vida terrena, y si esa mujer fue buena en vida seguro que se compadecerá de Robert.

-Sí, tienes razón. De acuerdo, iremos todos, pero antes le explicaré a Robert la historia de su propio clan y el de su rival.

-Abuela, quédate aquí, a mi lado. Me parece preciosa tu figura dibujada en la niebla, cada vez me gusta más.

-¡Aduladora! -exclamó mi abuela, duérmete ya. Yo voy a aprovechar ahora para hacer vuestras galletas favoritas.

Vi como salía, y sonreí feliz sintiendo que mis parpados se cerraban, soñé mucho esa noche, pero no recuerdo nada, aunque debieron de ser sueños felices porque mi abuela, que había entrado a lo largo de la noche en mi habitación, me contó que yo reía como si realmente estuviera viviendo algo realmente divertido.

-Daba gusto ver como dormía Robert, pobre muchacho, qué placidez de sueño el suyo. Me alegro de que se haya quedado aquí -comentó mi abuela.

La abuela, después de que los chicos se sintieran sorprendidos al ver que seguía en la casa, le contó a Robert todo lo que había podido averiguar no sólo del Clan Cameron al que sus antepasados habían pertenecido, sino que también le explicó lo que sabía del clan de los

Mcdonald.

-Me han confirmado que en las ruinas del clan Mcdonald existe el fantasma de una mujer llamada Bethia, alguien que amaba a Archie, que es el nombre del que hizo la vida imposible a los descendientes de Nora, y entre ellos a tu padre y ahora a ti.

-¿Y cómo podemos estar seguros de que igual esa mujer, si pertenecía al clan que odiaba al de mis antepasados, no se une al engendro y le da por venirse a mi casa?

-Peter no pudo ver al fantasma de Bethia cuando fue a las ruinas, quizás haya aprendido a desaparecer como yo, pero me fío de Jane cuando le afirmó que en ese encuentro de hace años el fantasma de Bethia la miró con ojos bondadosos. Jane siempre tuvo la capacidad de vislumbrar cómo son las personas. De cualquier forma Robert, creo que debemos arriesgarnos, quizás el fantasma de esa mujer sea la solución.

-Sí, yo también lo creo, Grace -afirmó entonces Robert, si quieres nos ponemos ya en marcha, no es que me apetezca encontrarme con un fantasma más, pero cuanto antes pase el trago mejor será.

Me di cuenta de que Robert no estaba tan seguro de lo que acababa de afirmar, pero que entendió que era un riesgo necesario; también percibí que se había sentido avergonzado al darse cuenta de que había verbalizado que no le apetecía encontrarse con un fantasma más, y sonreí porque sabía que mi abuela, al igual que todos los que estábamos allí, lo habíamos entendido perfectamente.

-Perdona, Grace, no me refería a ti, ojalá tú permanecieras a mi lado, envidio a tus nietos.

-Robert, tranquilo, te he entendido perfectamente, pero no podemos partir ahora, si vamos a ir todos tenemos que esperar a que anochezca para que los turistas se hayan ido. Los días de fiesta como hoy son los que más visitas tienen las ruinas de nuestros castillos.

El resto del día fue muy agradable, todos esperamos impacientes a que anocheciera y a la vez un tanto nerviosos. Nuestra abuela intentó enterarse de cómo transcurría la vida de Robert, repitiéndole que tenía la corazonada de que todo se iba a arreglar. Nos pudimos enterar de que su padre no tuvo tiempo de avisarle para que se preparara, ya que había muerto cuando él tenía tres o cuatro años, y aunque él ya

estaba sufriendo el acoso del espectro, que debía turnarse para atormentar a los dos, el estado de su padre era ya el de un ser totalmente desquiciado.

Propuse que nos entretuviéramos jugando a las cartas, pensando que igual nuestras preguntas podían resultarle dolorosas, y después de comer su apetitoso guiso, mi abuela dijo que cogiéramos las cosas necesarias para ir hacia esas ruinas, empezando a enumerar la ropa de abrigo que deberíamos llevar, el calzado conveniente, las linternas necesarias dado que tendríamos que recorrer unos cinco kilómetros a pie, no sin recordarnos que todos debíamos caminar detrás de Peter, nuestro guía. Estaba claro que mi abuela nos trataba como si fuéramos todavía muy pequeños, y bendije esa sobreprotección suya porque si seguía pensando que no crecíamos, se quedaría siempre a nuestro lado, ya que me aterraba la sola idea de que algún día podría irse para siempre.

Todos, hasta Peter, tuvimos que acceder a pasar el examen de mi abuela, que estuvo de acuerdo en cómo habíamos recopilado todo. Estábamos inquietos porque en realidad no sabíamos de qué forma reaccionaría Bethia.

En fila india seguimos a Peter, todo estaba muy oscuro y el resplandor de la luna un tanto menguante no ayudaba mucho, pero con nuestras linternas pudimos subsanar el no ver por donde pisábamos. Mi abuela flotaba a mi lado, pendiente de todos nosotros. Fue una buena caminata, pero al fin pudimos avistar los altos acantilados por los que se debió de tirar Bethia en ese mar embravecido de nuestras costas. Peter dejando a un lado esas grandiosas moles de piedra, torció por un sendero muy empinado que nos llevó a lo que hubiera sido la entrada principal de ese castillo en ruinas.

Allí permanecimos quietos, tal como dijo mi abuela, mientras ella se introducía por esos restos ruinosos. La vi subir, mejor dicho flotar, por unas empinadas escaleras que todavía se mantenían en pie y llegaban hasta un torreón. Al mirarlo creí ver la silueta de una mujer, una mujer dibujada en humo o niebla como mi abuela, y contuve mi grito para no espantarla, simplemente señalé el sitio a los demás.

-Estoy segura de que es Bethia, la he visto en el instante en que el nubarrón se disipaba y permitía que la luna nos diera un poco de luz. No dirijáis la luz de la linterna hacia ella.

-¿Por qué? Yo no he tenido tiempo de verla, ¿vosotros habéis

podido verla? -preguntó William.

Todos negaron, pero yo insistí en que no dirigieran la luz hacia esa mujer, no sea que se escondiera y obligara a nuestra abuela a seguirla como si estuvieran jugando al escondite. Por unos instantes dejé de verla ya que la luna se ocultó, pero nuevamente el viento helador desplazó a la nube que había impedido esa visión, y nos permitió a todos ver con claridad al fantasma de Bethia.

-¡Subamos por las escaleras! -exclamó William- aquí no oiremos nada.

-Podemos subir porque las escaleras son firmes, pero ese torreón tiene una parte en muy mal estado. Al llegar arriba os colocaréis dónde yo diga -dijo Peter con firmeza.

Dicho y hecho subimos los cuatro por las escaleras. Peter me daba la mano, e insistía a los chicos para que no se apoyaran en una barandilla cuyo deterioro dejaba a la vista ese mar embravecido.

-Bethia, querida, he venido a hablar contigo. No te asustes, soy un fantasma como tú, pero vengo en son de paz -fueron las palabras de saludo que oímos pronunciar a mi abuela cuando ya nos habíamos situados en el rincón del torreón que Peter señaló.

Bethia daba la sensación de estar sentada sobre el alfeizar de una ventana sin cristalera, y pude ver que se había vuelto con rapidez al escuchar a mi abuela. Su rostro de humo o niebla, ahora totalmente iluminado por la luna, era hermoso, su vestimenta la propia del siglo en que vivió.

-¿Quién eres? -preguntó con voz asustada. No te conozco.

-Como ya te he dicho, un fantasma como tú, querida, con la diferencia de que pasé a este estado tres siglos después.

-Sé que no estoy viva, pero no entiendo lo que soy. Recuerdo que me tiré por esta misma ventana y que tardé en morir. Vi mi cuerpo ensangrentado en medio de las altas piedras que impidieron que me hundiera en el mar. Todavía soy capaz de sentir los gritos de algunos sirvientes que trasladaron mi cuerpo al interior del castillo. Cuando volví en mí supe que era yo sin serlo y me asusté. Desde entonces vivo aquí, contemplando con horror cómo el mundo al que yo pertenecía ha desaparecido.

-Te entiendo, Bethia, te entiendo perfectamente, yo he sido más afortunada, el mundo en el que viví sigue existiendo, por eso me quedé.

-He visto a gente extraña merodear por aquí, jamás hablé con ellos, procuraba desaparecer cuando me di cuenta de que podía hacerlo. Sólo una vez mis ojos se encontraron por casualidad con una mujer que pareció verme.

-Sí, quien te vio fue una vieja amiga mía, Jane, ella nos ha hablado de ti.

-No era vieja, era una chica bastante joven -contestó Bethia.

Fue hace muchos años, querida, pero ella sigue recordándote.

-Nunca me he encontrado con ningún fantasma, tú eres la primera que veo.

-¿Por qué te quedaste, Bethia? ¿Dime por qué luchaste para no ir hacia el túnel blanco que seguro que viste al igual que yo al morir?

-Por mi amado Archie, cuando me notificaron su muerte fui capaz de sentir su lucha para no partir, y esa lucha suya me dio la fuerza necesaria para resistir. Pedí perdón a Dios antes de morir, y aunque no sepa lo que soy ni en que me he convertido lo espero, porque sé que nos volveremos a ver. ¿Por qué fuiste tú capaz de conjurar la imperante llamada que reclamó tu partida? - preguntó entonces Bethia.

-Porque hubiera dejado a mis nietos desamparados, por el hecho de saber que por su edad los meterían en alguna institución, por ese motivo me rebelé, y resistí la llamada.

-Nuestras mutuas acciones pueden ser reprochables a ojos de Dios, pero ambas lo hicimos por amor. ¿Es por ese motivo por lo que nos convertimos en fantasmas?

-No, querida, también se puede convertir uno en fantasma por venganza, por maldad. -contestó mi abuela.

-No entiendo, jamás me encontré a ninguno.

-¿Jamás viste al jefe de tu clan merodear por estas ruinas? Creo que se llamaba Andrew.

-No, jamás, el murió de viejo. El espíritu de Sir Andrew partió con él. ¿Me habrá engañado también mi corazón con respecto a Archie? ¿Habré aguantado sin razón mi terrible soledad, relegando el eterno descanso que me hubiera liberado?

-¡El maldito espíritu de tu adorado Archie se ha quedado aquí para martirizar mi vida! -exclamó entonces Robert con furia.

Todos le dijimos en voz muy baja que callara, que no era el momento, menos mal que Bethia no pareció oírle porque en ese mismo instante seguía preguntando a la abuela si acaso había visto a Archie, pero de momento mi abuela no contestó a esta pregunta.

-Bethia, quiero que me hables del padre de Archie, de Sir Andrew. ¿Cómo era? Sé que Archie te amaba pero que optó por comprometerse con otra mujer.

-Sir Andrew era cruel, maquiavélico, con un corazón vengativo, y Archie estaba totalmente dominado por su padre, en su presencia cambiaba, sentía pavor cuando estaba ante él, bueno todos en el castillo lo sentíamos, por eso no luchó por nuestro amor, aunque puedo disculparle porque yo también fui una cobarde en presencia de Sir Andrew. Sólo en una ocasión Archie se armó de valor y le dijo que sólo sería feliz si me desposaba a mí, lo sé porque lo escuché escondida, aunque me alejé lo más rápida que pude cuando escuché los gritos, los insultos horribles que salieron de la boca de Sir Andrew.

-Es perfectamente comprensible que si la escena fue tan violenta te alejaras, eso no es ser cobarde, Bethia, sino prudente -dijo mi abuela.

-No, fui cobarde porque cuando él me llamó ante su presencia y me preguntó si yo amaba a su hijo, le contesté que no, que jamás me había fijado en él. ¿Y sabes por qué mentí? Simplemente porque sabía que si le hubiera contestado afirmativamente me hubiera echado de su castillo, él me tenía recogida por tener un lejano parentesco con mi padre. Me alimentaba, me daba cobijo, no pretendía que trabajara como una de las tantas criadas que por aquel entonces nos servían, ya que seguía la consigna de lo que todo clan que se precie debe seguir: cuidar a los de su sangre, aunque no fueran parientes de primera línea, pero en esa consigna no estaba implícito que yo, pariente de tercera, tuviera la osadía de querer convertirme en la esposa de su

sucesor y futuro jefe de nuestro clan.

-Te entiendo, cualquier mujer de la época en que te tocó vivir hubiera actuado así.

-Gracias por tu comprensión, me he atormentado por mi cobardía, por no ser una ayuda para Archie que se atemorizaba ante su padre, pero cómo iba a tener valor para seguir enfrentándose a él si supo de mi respuesta, si se enteró que yo había jurado que no estaba enamorada de él. Yo fui la causante de hacer trizas el incipiente valor que por una vez Archie demostró ante Sir Andrew, pudo más en mí el pensar en la vida que me iba a esperar que en confiar en mi amado.

-¿Dime, Bethia, cómo te contaron lo que pasó a la muerte de Archie? -preguntó mi abuela.

-Sé que Archie encontró a esa mujer con la que se iba a desposar con el joven que ella amaba, y que Sir Andrew fue quien al oír el griterío en el jardín salió, él le entregó su propia espada para que matara a ese muchacho. Archie murió, pero su muerte no fue repentina, antes de expirar Sir Andrew se quedó a solas con su hijo, sin permitir que nadie osara entrar en el aposento al que le trasladaron. Murió en una habitación del castillo del clan de los Cameron. A partir de ese momento Sir Andrew inició una serie de correrías que casi destruyeron ese castillo.

Capitulo 5

Bethia conoce la verdad.

Empiezo a entender muchas cosas, Bethia -dijo entonces mi abuela.

-¿Qué cosas? ¿Sabes entonces si el espíritu de mi Archie permanece aquí?

-Todo me hace confirmar la idea de que Sir Andrew obligó a Archie, en el momento de morir, a resistirse a la llamada; estoy convencida de que igual el poderoso jefe de tu clan lanzó lo que era costumbre en la época: obligar a un juramento de eterna venganza, un juramento que no se impuso a sí mismo. Sir Andrew fue un cobarde, él se vengó mientras pudo batallando con escaramuzas contra el clan Cameron cuando todavía tenía fuerzas. Estoy segura de que no quería para él la dura tarea de convertirse en fantasma para seguir con la agotadora lucha de continuar con la venganza, eso lo dejó para su hijo, a él le impuso la ruin tarea no permitiéndole el descanso que aceptó para sí cuando falleció de viejo.

-¿Me estás diciendo que no se equivocó mi corazón al presentir que Archie no permitiría que su espíritu partiera con su envoltura corporal?

-Sí, él está aquí, se convirtió en un fantasma como tú y como yo, pero con una diferencia.

-¡Dios! Entonces no me arrepiento de mi acción, podré verlo, hablar con él, decirle que por amor me quedé aquí.

-Bethia, escucha con atención, lo que te voy a contar no creo que te haga feliz, pero necesitas saberlo porque no es justo que un inocente de este tiempo tenga sufrir por las acciones de otras personas.

-No te entiendo. ¡Qué inocente puede sufrir porque ambos decidiéramos luchar por amor para no partir hacia el más allá?

-Al explicarme lo que yo no sabía con detalles, ya que han pasado tres siglos, y aunque pueda haber gente que todavía recuerde las desgracias de esos clanes, jamás podrán tener el conocimiento exacto de lo que por entonces ocurrió. Yo te he razonado algo que puede ser plausible y que intuyó que lo es. ¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo como fantasmas con respecto a Archie? Yo me quedé por amor hacia mis nietos, y tú por amor hacia Archie, porque mientras te estabas muriendo presentiste de forma rotunda que él seguía aquí, pero esa diferencia de la que te hablo es que Archie ha permanecido aquí para aterrar, para seguir con la horrible venganza que su padre le impuso. ¿Dime, Bethia, podrías negarme que la ruindad de Sir Andrew no le llevara a imponer semejante aberración a su hijo?

-No, no podría, pero no puedo entender a qué inocente de ahora podría atormentar mi Archie, incluso aunque la maldad de Sir Andrew le hubiera obligado a vengarse de la mujer que le humilló, del padre de esta chica, me es difícil comprender que extienda su culpa a alguien que no participara en lo que sucedió.

-Archie permanece en lo que fue el castillo del clan Cameron, y desde entonces ha maltratado haciendo la vida imposible a los descendientes de Nora, que tuvo un hijo fruto de la relación con el muchacho con el que se batió y causó su muerte. El amante de Nora huyó, pero Archie, como te he dicho, se quedó para atormentar a esos descendientes hasta llegar al chico actual, un joven que nada tuvo que ver con lo que había pasado tres siglos antes entre los dos clanes.

-¿Cómo lo atormenta, apareciendo y desapareciendo de su vista? No entiendo por qué la gente se puede asustar por vernos, si no hacemos daño, aunque yo procuro desaparecer ante la llegada de los que visitan estas ruinas, pero lo hago porque lo que menos me gustaría sería convertirme en un mono de feria, y me quitaran la poca paz que experimento cuando sueño con Archie y con nuestro encuentro.

-No, Bethia, el maltrato de Archie es espantoso, ya lo hizo con el padre de este chico provocando su muerte, su maltrato consiste en enroscarse en él como si de una serpiente se tratara, consiguiendo que Robert, que así se llama el muchacho, sea considerado por muchos como un enfermo, y no lo es, te lo aseguro, porque es bueno y muy inteligente. Tu amado Archie lo ha maltratado desde que estaba en la cuna.

-¡Qué horror! ¡Cuánto lo siento! Pero el culpable ha sido Sir

Andrew, seguro que le hizo prometer que actuaría así, amenazándole con la mayor maldición que un padre puede verter sobre su hijo.

-No, Bethia, nada le da derecho a perjudicar de esta forma a un inocente, y por ello quiero tu ayuda.

Escuchábamos con atención a mi abuela, yo tenía un nudo en la garganta, William y Peter estaban pálidos, mientras Robert, con la rabia acumulada durante toda su vida, cerraba sus puños en una actitud de impotencia y desesperación.

-Ven, Robert, acércate con todos los demás -dijo repentinamente mi abuela.

Estaba claro que mi abuela sí nos había visto, y nos acercamos con temor a las figuras de humo o niebla de mi abuela y Bethia. Noté la sorpresa de esta mujer, una mujer muy joven y bella que si no hubiera sido por el extraño tocado de su cabeza y sus vestimentas, según mi hermano comentó después, hubiera podido pasar por una modelo de cualquier prestigiosa revista de moda.

-¿Eres tú el chico que es maltratado? -preguntó Bethia.

-Sí, señora, maltratado desde casi que nací, un maltrato que ha logrado que no sólo mi madre piense que soy un esquizofrénico sino que todos huyan de mí, a excepción de los que aquí estamos que intentan ayudarme y protegerme de su Archie.

Me emocioné, y vi que Bethia esbozaba una triste sonrisa mientras mi abuela con su mirada parecía indicar a Robert que se tranquilizara, que fuera cauto en sus palabras.

-Archie no es malo, muchacho, simplemente no ha podido resistirse a las blasfemas palabras que su malvado padre le pronunció mientras expiraba. Lo lamento mucho, te lo aseguro. Intentaré ayudarte, iré al antiguo castillo del clan Cameron para verle y convencerle de que tú no eres culpable de nada.

-¡No, no quiero que vaya a mi casa! ¡Quién me dice que no se quedará con él y unirá sus fuerzas a las de ese engendro para destruirme más de lo que ya me ha destruido! -exclamó Robert avanzando hacia Bethia con un tono amenazador.

Vi que mi abuela estaba alerta, atenta a cualquier reacción inesperada de Bethia, convertida en fantasma por amor hacia un

hombre que para mí era un ser mezquino y muy cobarde.

-¡Cuánto has debido sufrir y cómo lo lamento! -exclamó entonces Bethia- y vi que mi abuela se relajó, había comprendido con claridad, al igual que yo, que esta mujer fue buena cuando vivió y que esa bondad todavía permanecía en su espíritu, aunque he de confesar que lo que no me convencía del todo es que pudiera haberse enamorado de ese vil espectro.

-¿Cómo te llamas, chico? -preguntó entonces Bethia.

-Robert, señora.

-Tuve un hermano que se llamó como tú, murió muy joven, antes de que la maltrecha situación de mi familia me trajera a este castillo. Robert, permite que vaya a tu casa, que hable con Archie, sé que podré convencerle, porque aunque creas lo contrario él nunca fue malo.

-¿Y si no le convences? ¿Y si al final es él quien te convence a ti? -preguntó Robert tuteándola por primera vez, lo que me dio a entender que también había percibido que esta mujer no se había convertido en un fantasma malvado.

-Si no le convenzo uniré mis fuerzas a la de esta amiga fantasma y lucharemos contra él -contestó Bethia mirando a mi abuela-. Te juro que no me quedaré en tu casa.

-Hemos oído todo lo que habéis hablado Grace y tú. Dijiste que lo amabas, que has permitido que tu espíritu permanezca en esta sombría soledad de las ruinas esperándole. ¿Cómo voy a creer que seas capaz de unir tus fuerzas a las de Grace para liberarme a mí, que no te importo, que no pertenezco a tu clan ni a tu época?

-Porque puedo admitir la cobardía, el miedo, pero jamás admitiré la crueldad, por eso nada más. Amar a alguien no significa aceptar lo que nuestra alma ha aborrecido siempre, lo que sigue aborreciendo aun sin vivir. Confía en mí, Robert.

-Si, Robert, confía en Bethia, yo la creo -dijo entonces mi abuela.

-Gracias, Grace, tu nombre es muy bonito, en mi época también se utilizaba este nombre.

-Es que en Escocia somos muy tradicionales, en el buen sentido de la palabra claro está -habló entonces Peter, cerrando la boca a continuación como si pensara: “menuda tontería he dicho en este momento tan dramático”

-¿Decidme vuestros nombres, quiero saberlo? Nos preguntó Bethia.

-Yo me llamo Alice o Alicia, como quieras, este es mi hermano William o Guillermo, los dos respondemos a estos nombres, y este es nuestro querido amigo Peter -dije yo.

- ¿Tenéis dos nombres? ¿Pertenecéis a dos clanes a la vez? -preguntó Bethia.

-No, es que mis nietos son mitad escoceses y mitad españoles.

-Recuerdo la mala relación de España con Inglaterra, pero en Escocia no olvidamos que fue un rey vuestro el que intentó salvar a una antigua y querida reina nuestra, María Estuardo.

Todos asentimos, y luego explicamos a Bethia que al menos mi hermano y yo empezamos a tener la capacidad de ver fantasmas desde que mi abuela se convirtió en uno de ellos.

-Tu abuela será comprendida en el más allá por dejar aquí su espíritu, porque fue una prueba de amor.

-Tú también serás comprendida, Bethia, pero salgamos todos de aquí -dijo mi abuela con voz firme.

A mí, eso de que se refirieran al más allá no me hacía mucha gracia, porque me sonaba a una despedida definitiva a la que me negaba, a la que siempre me negaría.

-Sí, partamos para el castillo del clan Cameron -dijo entonces Bethia.

-No, vayamos todos a mi casa, mañana iremos. Los chicos están agotados -contestó entonces mi abuela.

Me di cuenta de que lo hacía por Robert, por permitirle otra noche de reposo y también de esperanza, porque nadie podía saber qué pasaría. Yo confiaba en Bethia, pero en cambio el engendro, al que de momento me negaba a llamarle por su nombre, no me inspiraba tal

confianza.

A petición de mi abuela, Bethia vino con nosotros a nuestra casa, yo creo que a ninguno nos hizo mucha gracia, sobre todo a Robert a pesar de que parecía que también está mujer le caía bien, pero claro una cosa era estar con el fantasma de mi abuela y otra muy distinta compartir unas horas con el de esta desconocida mujer.

El viaje fue espectacular para quien hubiera podido contemplarlo: la oscuridad era absoluta, Peter iluminando el sendero iba el primero, yo tras él, y detrás de mí los chicos, mientras las figuras de niebla y humo de mi abuela y Bethia flotaban a nuestro alrededor.

-Me da cierto miedo salir de las ruinas que han cobijado mi espíritu durante tanto tiempo. ¿Cuántos años dijiste que han sido, Grace? -preguntó Bethia.

-Tres siglos, querida, pero no te preocupes, no debes de tener miedo, es normal que con tu soledad y angustia hayas olvidado y dejado de percibir el tiempo, a mí me pasaría si no estuviera ocupada haciendo lo que hacía en mi vida normal -contestó mi abuela.

-¿Qué hacías?

-Bueno lo habitual en un ama de casa: cocinar para mis nietos, intentar que hagan los deberes, hablar con ellos para encauzar sus buenas tendencias, para que corrijan las que puedan perjudicarles, en fin seguir con su educación. No me puedo quejar porque no me aburro. Además todavía tengo la suerte de poder leer mis viejos libros.

-¿No tenéis criados? ¿Sois pobres como lo fueron mis padres? ¡Cuánto lo siento!

-No, Bethia, no somos pobres, mi granja es próspera y no nos falta de nada, es que los tiempos han cambiado, en tu época sólo existían dos clases sociales diferenciadas: las ricas como las del clan al que perteneces, y los pobres, pero en ésta de ahora existe un estatus social intermedio que llaman clase media, clase a la que pertenecemos nosotros, aunque desgraciadamente todavía no se ha erradicado la pobreza, sobre todo la de esos pobres emigrantes que se ven obligados a salir de sus lejanos territorios para dar mejor vida a sus hijos.

Qué placer suponía oír hablar a mi abuela, para mí y para todos los que la escuchábamos, ella, en todo momento, tenía la habilidad de

impartirnos una lección de vida, de saber estar. Cuando cruzamos el portal de mi casa, Bethia se quedó maravillada al percibir el calor que este hogar nuestro desprendía, porque como muchas veces le había oído decir a mi abuela no importa que las casas sean más o menos lujosas, con mejores o peores muebles sino que lo que importaba en una casa era percibir el calor, la sensación de que era el refugio que te protegía, y en eso la mía lo cumplía con creces.

Bethia se quedó extasiada al contemplar en nuestra cocina los objetos cotidianos de nuestra época, y mi abuela le explicó para qué servía la nevera, la lavadora, la cocina de gas que ella encendió con la fuerza de su mente.

-Peter y los chicos van a tomar su cacao caliente, Bethia, pero antes de que todos se vayan a dormir te enseñaré el resto de la casa, porque tú y yo nos quedaremos en el salón hablando, tienes muchas cosas que explicarme de tu época y yo de la mía. Encenderé la chimenea, y aunque no necesitemos del fuego ya verás lo agradable que te resultará, eso y hacer como si realmente pudieras asentar tus posaderas en un mullido sillón.

Bethia disfrutó al contemplar como mi abuela era capaz de hacer volar las tazas, la leche para calentarse en el cazo. Alabó sus logros y le confesó que ella solo había conseguido aparecer y desaparecer, evitando así que la gente rara que visitaba el castillo pudieran verla.

-Tú, al igual que yo, no necesitamos alimentarnos. Yo conseguí cocinar por los que me quedé en este mundo -contestó mi abuela señalándonos.

Robert parecía ya más tranquilo, lo noté porque tuvo la confianza de decirle a mi abuela que si podíamos tomar sus deliciosas galletas. Imagino que para él era un alivio saber que nuevamente pasaría la noche en nuestra casa, aunque eso no le evitara cuestionarse lo que ocurriría al día siguiente, cuando nos presentáramos ante su malvado espectro. Era lógico, aunque le cayera bien Bethia, que dudara del resultado de este encuentro y que pudiera tener la sospecha de que si todo salía mal, al final el fantasma de esta mujer no uniera sus fuerzas a las de mi abuela para ir contra Archie. Todos sentíamos ese temor, creo que hasta mi abuela, pero debíamos de tener confianza, no nos quedaba otro remedio.

-¡Qué aspecto tan apetitoso, Grace! Si pudiera comer te las probaría te lo aseguro.

-Ojalá, Bethia, ojalá pudiéramos comer, pero tenemos que conformarnos con la vista. Te voy a confesar una cosa, el otro día cuando Peter se fue a la huerta y mis nietos al instituto intenté meterme una galleta en la boca y fue un desastre, porque todas las migas caían, menos mal que los chicos no estaban si no lo que se hubieran reído de mí.

En esos instantes, imaginando la escena todos reímos, hasta Robert. Esa pequeña anécdota que contó mi abuela fue un elemento más que contribuyó a que la tensión se fuera debilitando. ¡Qué grande era mi abuela!

-¡Basta de risas! -exclamó mi abuela-. Os voy a tener una semana sin hacer galletas.

-Abuela, reconoce que debía de ser un espectáculo muy gracioso -dijo entonces William sin parar de reír.

-¿Es así en vuestro tiempo? ¿Un nieto se atreve a reírse de una abuela? Cuando yo vivía eso hubiera sido motivo de un gran castigo -dijo entonces Bethia con un matiz de asombro en su cara de humo o niebla.

-Verás Bethia, ahora es normal y es bueno que haya cambiado, los hijos tutean a sus padres, a sus abuelos, se pueden reír de ellos cuando se cuenta algo como yo he contado, pero todos estos cambios no significan que lo esencial haya variado. Mis nietos me respetan, me quieren, es lo que importa. También existen jóvenes que no son como deberían ser, que gracias a Dios no es mi caso, pero al final todo en lo esencial es igual en todas las épocas, lo único que nos diferencia son las formas pero no el fondo. ¿No has conocido en tu época hijos que han traicionado a sus padres? ¿Padres como Sir Andrew, que actuaron con su hijo con crueldad?

-Sí, es cierto -contestó Bethia.

-Es más importante el fondo que la forma, al igual que es más importante ser que parecer -dijo mi abuela en plan filosófico.

La abuela nos mandó a nuestro cuarto, no sin antes advertirnos que no olvidáramos lavarnos los dientes y una serie de recomendaciones muy típicas de ella, mientras Bethia seguía observando todo con curiosidad. Me di cuenta de que le estábamos mostrando un mundo, unas costumbres que desconocía, y también

percibí que probablemente se sentía reconfortada al mitigar su soledad de tantos siglos.

En la puerta de la habitación de William les dije a los chicos que me permitieran entrar un momento, algo que agradó sobre todo a Robert, porque mi hermano lo único que dijo es que fuera una visita rápida porque él estaba exhausto por la caminata.

-Sólo quiero decir que confío en Bethia, que estoy segura de que logrará que Archie abandone la casa de Robert.

-¡Ojalá! -exclamó Robert sentándose a mi lado.

-Pues yo tengo mis dudas, para que te voy a engañar, Robert, igualito es vivir en una casa como la tuya, que aunque no parezca ya un castillo tiene comodidades, que llevarse a ese espectro a vivir en unas cochambrosas ruinas en las que el viento sopla como si mil demonios aullaran.

-¡Qué tonto eres, William! Los fantasmas no sienten ni el frío ni el calor -dije con genio, pensando que mi hermano era un auténtico bocazas, que a veces no parecía tener sensibilidad, un pensamiento que siendo sincera era equivocado, porque una cosa era que dijera algo inconveniente en un momento determinado, y otra negarle lo que yo sabía que tenía y que tantas veces me había mostrado.

-Sí, tienes razón, me olvido de eso, veo a nuestra abuela, sé que no toco su piel cuando intento besarla, pero la siento tan real, tan como ella era, que me olvido. De todas formas, Robert, si Bethia se quedara allí no debes de preocuparte, porque te podrías venir a vivir con nosotros. Conozco a mi abuela y sé que te aceptaría y cuidaría como a un nieto más -comentó mi hermano intentando arreglarlo.

-Esperemos a ver lo que pasa -dijo Robert-.

Vi el gesto de emoción de Robert, y sin decirlo a viva voz pensé ahora que William era un ser estupendo, y que llevaba razón, mi abuela lo aceptaría aquí si Bethia no conseguía llevarse al espectro, y que desde luego en ese caso ninguno de los dos pisaría nuestra casa. ¡Menuda era mi abuela! ¡Fantasmas a ella!

Esa noche, aunque me desperté solo una vez porque yo también me sentía cansada, no vi a mi abuela en mi cuarto, luego me enteré de que realmente se había pasado toda la noche hablando con Bethia.

-Bethia y yo nos hemos pasado toda la noche en el salón con la chimenea encendida, y aunque ninguna podamos sentir el calor, para las dos ha sido fantástico soñar con esa sensación, al igual que creer sentir que nuestras posaderas descansaban en mis mullidos sillones de orejeras ¡Hay que ver lo poderoso que son los recuerdos!

-Grace, cómo he disfrutado con tu charla, qué placer para mi hablar con alguien como tú. Lo que me has contado me parece fascinante, jamás me hubiera imaginado que el mundo hubiera cambiado tanto desde los tiempos en que viví. Es cierto que me extrañaba mucho cuando veía a gente, que yo encontraba estrafalaria, visitar las ruinas del castillo, pero como desaparecía para que nadie pudiera verme, la verdad es que jamás imaginé que todo sería ahora tan distinto.

-A mí también me ha encantado lo que me has contado de tu época, Bethia; por cierto niños ya os explicaré cosas de ese siglo, porque algunas son un poco diferentes a lo que dicen los libros que sobre esa época se han escrito, pero ahora a desayunar que luego debemos partir a casa de Robert.

-¿Tengo que ir con vosotras? -preguntó Robert con un matiz de temor.

-Si, cariño, pero también irán mis nietos, y por supuesto Peter, pero antes tenemos que conseguir que Louise se vaya de tu casa. Sé que ella no puede ver a ningún fantasma, pero le podrían extrañar ciertas cosas y prefiero que no esté.

-Me puedo adelantar yo y encargarle que haga alguna compra -contestó Robert.

-¿Y permitir que el engendro se enrolle en tu cuerpo como una serpiente? De eso nada -dijo mi hermano. Te acompañaremos Alice y yo.

Noté el gesto de dolor en el hermoso rostro de Bethia, pero también percibí que miró a Robert con compasión, y eso intensificó mi la fe al creer que habría un final para la tortura que él había padecido desde pequeño.

-Tanto Bethia como yo iremos con vosotros, las dos nos haremos invisibles por si nos encontramos a gente en el camino capaz de la

percepción que todos vosotros poseéis para vernos. Como dice Peter, en estas tierras nuestra muchos tienen esa capacidad.

Emprendimos el camino, noté que al llegar al sendero que conducía a su casa, Robert miraba con ansiedad girando la cabeza, pero fue mi abuela quien le tranquilizó diciéndole que Archie no estaba por allí, que seguramente después de la charla que mantuvo con él estaba refugiado en su casa.

Mi abuela había omitido el apelativo de engendro o espectro con que nosotros lo llamábamos por respeto a Bethia. Cuando ésta le preguntó de qué había hablado con Archie, yo supliqué mentalmente para que mintiera, para que dijera que realmente en mi casa venían a visitarnos más fantasmas de la zona, fantasmas amigos que estarían dispuestos a ayudarnos si se lo pedíamos. Sé que esa suplica mía era debida a que, aun gustándome Bethia, no por ello dejaba de pensar que era posible que Robert tuviera razón, y que en vez de llevarse al dichoso Archie se quedara allí también, aunque he de confesar que el hecho de creer que mi abuela le invitaría a vivir con nosotros me agradaba sobremanera, pero eso no me impedía pensar en la dificultad que tal decisión podría tener, porque había que contar con la aprobación de la madre ausente de Robert que, al fin y al cabo, era la que tendría que dar su consentimiento.

-Verás Bethia, cuando conocí a Archie y lo vi enroscado sobre la espalda de Robert me enojé mucho, y lo amenacé diciéndole que uniría mis fuerzas a las de mis amigos fantasmas contra él. Mi intención era que Robert descansara por unas horas y explicarle por qué sufría esa tortura, tortura que provocó que su padre muriera de un infarto. Ya me había enterado de tu existencia y deseaba contarle al chico el plan que había ideado porque mi intuición me decía lo que ya sé, que ayudarías.

-¿Tienes más amigos fantasmas? -preguntó Bethia.

-Muchísimos, casi todos los fantasmas de Escocia son amigos de mi abuela -contestó mi hermano.

-No te pases William, aunque sí tengo amigos fantasmas que sé que me ayudarían a liberar a Robert -dijo entonces mi abuela.

Me sentí aliviada por esa mentira suya, ya que ella era una persona que odiaba mentir, un aspecto de su carácter bastante intransigente para mi gusto, porque yo muchas veces le había dicho que las

mentiras piadosas a veces eran buenas, pero ella nunca dio su brazo a torcer y siempre me había respondido que era mejor callar que engañar ni siquiera por bondad, algo que no me convencía mucho. Si ahora lo hacía tenía que ser por una razón muy poderosa: no se fiaba de que al final Bethia actuara como ella deseaba.

Hasta ese momento los fantasmas de mi abuela y de Bethia caminaban a nuestro lado charlando con nosotros o entre ellas, pero sin hacerse invisibles ya que no habíamos visto a nadie, pero de repente vimos que la persona menos indicada venía por el sendero, Rachel.

-¡Rápido, Bethia, hay que volverse invisibles! -exclamó mi abuela.

-¿Esa mujer también posee la facultad de vernos? -preguntó Bethia.

-No lo sé, pero es peligrosa, si la tuviera nos traería problemas, muchos problemas, te lo aseguro, sobre todo a mí.

Vimos como las dos se hicieron invisibles y seguimos caminando intentando mantener una charla entre los tres para disimular el nerviosismo que nos invadía, un nerviosismo que no tenía su origen en la presencia inoportuna de esta mujer, pero que desde luego lo agudizaba.

-Chicos, tengo que hablar con vosotros, haced el favor de esperadme -gritó Rachel.

-¡Corramos, esa cotilla no nos podrá alcanzar! -exclamó William.

-No, es mejor esperarla, seguro que se dirige a mi casa. Grace sabrá espantarla -contestó Robert.

-Sí, seguro que querrá ir a tu casa para sonsacar cosas a Louise -confirmé yo.

Sin gana alguna esperamos pacientemente hasta que esta mujer se acercó a nuestro lado, pensando en cómo podríamos deshacernos de ella para que nos dejara llegar por fin a casa de Robert.

-Iba a ir a tu casa, muchacho, tenía que saber si estabas allí, y también decirle a Louise que hable con tu madre, porque aunque vive en Edimburgo sé que llama continuamente para saber de ti. Qué injusta he sido con ella, muchacho, criticándola por dejarte al cuidado

de una sirvienta, pero ya lo entiendo, nadie podría vivir contigo, la volverías loca con tus horribles tics, y quiero que se entere con quién te relacionas, porque estoy convencida de que la amistad que tienes con estos dos no te favorece. Estoy segura de que te incitan y jalean con cada nuevo tic que tu enfermo cerebro te obliga a realizar.

Mi indignación crecía por momentos, y miré a mi hermano que tenía los puños cerrados e intuí lo que hubiera deseado hacer, lo que yo también hubiera hecho: tapar esa boca que solo escupía infamias por el hecho de no aceptar que mi abuela nunca estuvo dispuesta a venderle su granja, por ser una horrible fanática que odiaba por odiar, sin razón alguna.

Estaba a punto de contestarle, pero vi que a espaldas de Rachel, la figura de niebla o humo de mi abuela volvía a aparecer, y que ella me hacía un signo indicándome que no le replicara. Lo que pasó a continuación fue una escena que a todos nos encantó, que hubiéramos deseado que se prolongara mucho más. Después de aparecer el fantasma de mi abuela apareció el de Bethia, ambas tras la espalda de Rachel cogieron una punta de su vaporosa falda y tiraron de ella haciendo que retrocediera. Creo que el recuerdo de la fuerza física que poseyeron cuando vivían tuvo el poder de conseguir que la voluminosa figura de Rachel retrocediera hacia atrás, y ese retroceso, imperceptible en un primer momento para ella, se fue intensificando hasta el punto que parecía que una racha de viento le obligara a caminar hacia atrás, mientras nosotros permanecíamos en el mismo lugar.

-¿Qué ocurre, qué me pasa? -preguntó Rachel con los ojos muy abiertos viendo que sus pies caminaban solos hacia atrás.

-Nada, Miss Rachel, es el viento que está muy caprichoso -contesté yo intentando no carcajearme.

-¡Pero qué viento, ni qué narices, si vosotros no os movéis! -gritó esta exasperante mujer, notando que cada vez sus pies iban más y más hacia atrás.

Vi el gran charco de agua en el sendero, un charco que todos nosotros habíamos evitado, supe lo que iba a pasar y pensé que mi abuela actuaba maravillosamente bien, que lo que iba a hacer era parecido a lo que yo pensaba con respecto a que una mentira cuando es piadosa no puede ser considerada como algo malo, y que lo mismo pasaba con los castigos que cuando son justos no tienen por qué ser

censurables.

Efectivamente, los dos fantasmas, después de tirar de ella, soltaron su presa que cayó sobre ese gran charco cubierto de barro.

-Aguantad las carcajadas -dije a mi hermano y Robert, que no nos oiga Rachel.

-No sé si podré -contestó William, tapándose la boca con ambas manos.

-Pues haz un poder -repliqué yo.

-Divinas, vuestra abuela y Bethia han estado divinas -dijo entonces Robert.

-¡Me habéis empujado, me habéis empujado! ¡malditos muchachos! -gritaba Rachel como una posesa, mientras intentaba levantarse del gran charco de agua.

-¿Necesita ayuda? -pregunté yo notando que, a pesar de mi recomendación, no iba a poder aguantar la carcajada.

-¡Dejadme en paz, fieras, dejadme en paz! -volvió a gritar Rachel-.
Al final, y no con poco esfuerzo, consiguió levantarse, ofreciéndonos otro espectáculo más. Rachel subió su falda por diferentes puntos para retorcerlos y quitar el barro acumulado y nuevamente volvimos a ver su horrorosa faja.

-Ahora, me vais a decir qué me habéis hecho. ¡Decidlo y no me digáis que ha sido el viento!

-No, no ha sido el viento, ha sido un tic nervioso mío, señora. Es que mis tics tienen poderes -dijo entonces Robert caminando hacia ella.

-¡Loco, maldito loco! Ni se te ocurra acercarte a mí -gritó Rachel, al tiempo que nos dio la espalda y comenzó a correr como una posesa.

Desde lejos vimos nuevamente cómo al correr seguía levantándose la vaporosa falda llena de barro dejando a la vista la irrisoria faja que le llegaba a la rodilla. Entonces dimos rienda suelta a nuestras contenidas carcajadas mientras veíamos como Peter, que había caminado tras nosotros a una prudente distancia, se acercaba a ella.

Aunque no pudimos escuchar lo que le dijo al llegar a su lado, nos enteramos luego provocando en nosotros aún más risas.

-Rachel, esta afición tuya por enseñar tus interioridades me preocupa, deberías ir al médico, igual es que padeces un tic nervioso o quizás es que esa faja tuya te produce urticaria -fue lo que nos contó Peter que le había dicho.

Nuestra abuela y Bethia, que mientras habían tirado hacia atrás de la falda de Rachel habían vuelto a ser visibles, pero que habían desaparecido como por arte de magia en el instante que esa mujer cayó en la charca, volvieron a aparecer frente a nosotros.

-Niños, niños, no está bien que os burléis así -dijo mi abuela muy seriamente-.

Noté que mi abuela no era sincera, que en esos ojos traslucidos que todavía mostraban la bondad de su interior se distinguía que ella también había disfrutado, y que sabía perfectamente que nosotros jamás nos habríamos burlado de alguien que accidentalmente se hubiera caído en un apestoso charco, pero que en este caso era lógico, incluso justo, que nos hubiera alegrado provocando esas carcajadas que aliviaron nuestra preocupación ante lo que iba a ocurrir en casa de Robert.

-Pero abuela, si tú has sido la causante. ¡Madre mía, qué bien lo habéis hecho Bethia y tú! -exclamó mi hermano.

-No tuvimos más remedio, pero no estuvo bien por nuestra parte -contestó mi abuela disimulando el placer que yo sabía que sentía.

-Grace, eres muy estricta. ¿No viste lo que les dijo a los chicos? ¡Qué mujer más desagradable! Creo que nos hemos quedado cortas, que debimos arrastrarle más tiempo. Como bien dice mi clan y cualquier clan que se precie "diente por diente". Hemos sido demasiados benévolas, esa mujer rezuma maldad.

-Bethia, en tus tiempos era diente por diente, pero ahora no es así, nuestra moral actual ha cambiado para bien.

-Yo creo que no tanto, aunque no practiquéis el diente por diente. ¿Y si no cómo me explicas lo que me has contado de tu época? Me hablaste de dos grandes guerras que se saldaron con millones de muertos. No habéis cambiado tanto con respecto a los que vivimos

hace tres siglos.

-Llevas razón, Bethia, han cambiado las costumbres, nuestra posición como mujeres con respecto a las de tu época han mejorado mucho, pero es cierto que en lo esencial no hemos cambiado tanto.

-Por lo tanto, admite que hemos hecho bien en castigar a esa mujer de esta forma, aunque a mi parecer nos hayamos quedado cortas -respondió Bethia.

-Pues sí, llevas razón, hemos hecho bien pero no era necesario prolongarlo más -contestó entonces mi abuela, sorprendiéndonos a todos con una sonora carcajada a la que se unió Bethia, y a la que con sumo placer nos sumamos los demás.

-Rachel terminará trayéndonos problemas -dijo entonces Peter.

-Sabremos combatirla, Peter, no te preocupes antes de tiempo y sí, es insufrible porque representa el mayor de los males de nuestra época, vamos de todas las épocas, ella ve diferente a todos los que no son de aquí, incluso a mis propios nietos, pero no consentiré que les perjudique, soy más fuerte que ella, siempre lo he sido -contestó mi abuela.

-¿Cuál es el mayor de los males de vuestra época, Grace? -preguntó Bethia.

-El orgullo estúpido y cerril de considerar que tienes unos privilegios diferentes a los que no han nacido en lo que consideran de su propiedad, pero este sentimiento tan dañino no sólo pertenece a nuestra época, también lo tuvieron en la tuya entre los clanes, y te aseguro que es peligroso, sumamente peligroso, porque ha sido el detonante de todas las guerras que han asolado a nuestro planeta.

Capitulo 6

El encuentro

Un poco antes de traspasar la verja de la propiedad, mi abuela le dijo a Robert que entrara acompañado por nosotros, y que se deshiciera de Louise encargándole cualquier compra en el pueblo.

-Bethia, tú y yo acompañaremos a los chicos no necesitamos hacernos invisibles, Louise carece de la percepción necesaria. Peter, tú te quedarás escondido cerca de la casa, sé que impedirás que cualquiera entre en ella.

Entramos con Robert, noté que en su frente se habían formado perlas de sudor e imaginé su miedo. Había comprobado lo que era vivir sin la agonía del espectro atormentándole día y noche, y debía de ser sumamente duro volver a lo que para él jamás había sido un hogar, sobre todo después de estar en el nuestro, tan cálido, tan acogedor. De momento no vimos rastro del dichoso Archie y nos dirigimos a la cocina donde Louise canturreaba una tonta canción. Me di cuenta del desastre de cocina que tenía: cacharros sucios apilados en la pila, un suelo que gritaba por un concienzudo fregado, etc., etc.

-Al menos aceptó quedarse en esta casa, aunque sea un poco desastre -me dijo al oído Robert al darse cuenta de que yo miraba a mi alrededor con gesto de enfado.

-¡Louise, ya estoy en casa!-gritó-. Quiero que vayas al pueblo, en concreto a la carnicería y pidas tres buenos bistec. Mis amigos se quedarán a comer -volvió a decir Robert, sin que Louise pareciera escucharle, ya que parecía absorta dando vueltas con una gran cuchara de madera a algo que parecía flotar sobre una cacerola.

-¡Louise! -volvió a gritar Robert, que ya he llegado.

-¡Hola, Sir Robert! Estoy haciendo unas gachas para usted y sus amigos. Imagino que después de haber sido invitado por ellos querrá agasajarlos.

¡Madre mía! -exclamé para mí- Si tuviéramos que comernos eso nos daría algo. No me extrañaba que Robert hubiera disfrutado tanto en mi casa, y no sólo por descansar del espectro, que fue lo más importante, y por gozar de nuestra compañía sino también porque saboreó la comida exquisita de una gran cocinera, mi abuela. Ahora entendía que cuando algún alumno criticaba la comida que nos servían en el instituto, entre los que me incluía, él, si se le preguntaba, siempre respondiera que estaba muy buena.

-Vale, iré al pueblo, pero no vea lo ricas que me han salido estas gachas -contestó Louise.

-¡Por la sangre de mi clan! -exclamó Bethia en el instante en que Louise salió- Si en el castillo hubiéramos tenido una sirvienta tan inútil y desaseada yo misma hubiera utilizado el látigo para corregir tan abominable comportamiento.

-Louise no es muy limpia, es un desastre total, pero es la única persona que aceptó quedarse para cuidarme cuando mi madre no pudo aguantar más, y por ello le estoy agradecido. Ella no se asustó ni me reprochó jamás lo que para todos eran tics nerviosos que me hacían pegarme a mí mismo para quitarme de encima a tu amado Archie -dijo entonces Robert con seriedad.

-Sí, Bethia, Louise es un desastre, pero es buena chica y al menos acompañó a Robert mientras él sufría el tormento que le provocaba Archie. Aplaudo que seas tan justo, Robert, me complace mucho -habló entonces mi abuela mirándole con admiración.

Noté el gesto compungido que en esos momentos vi en Bethia, y me alegré de que hubiera contemplado la escena, porque todo nos servía para que ella realmente entendiera el suplicio que le infligía “su querido Archie”, el fantasma que para mí sólo merecía el apelativo de espectro, aunque todavía le quedaba por contemplar el nauseabundo espectáculo que viviríamos a continuación. Subimos a la habitación de Robert, esperando encontrar al espectro, y yo cogí su mano, intentado con ese gesto decirle que todo pasaría pronto, que Bethia no nos iba a fallar, que no podía fallarnos, mientras William posaba la suya en su hombro intentándole dar ánimos. Grace y Bethia nos seguían como dos figuras etéreas que flotaran a nuestro lado. Al accionar el pomo del cuarto de Robert, oí que mi abuela le decía a Bethia que debían volverse invisibles.

-¡No está, igual se ha ido para siempre! -exclamó mi hermano.

Pero no se había ido, el espectro apareció ante nosotros riendo con unas carcajadas que ponían los pelos de punta, y vi como Robert, con verdadero pánico retrocedía, mientras el maldito fantasma, como una serpiente venenosa, se enroscaba en una de sus piernas y reptaba por todo su cuerpo provocando en él los movimientos convulsivos causantes de que fuera considerado un loco. Pensé, sin darme tiempo a reaccionar, que probablemente pararía al ver a los fantasmas de mi abuela y de Bethia, que al aparecer este ente infame se habían vuelto visibles, pero no daba la impresión de que este engendro viera nada porque su obsesión era Robert, seguir martirizándolo.

Sólo reaccioné cuando vi a mi hermano unirse a los golpes que Robert se daba para apartar al engendro de sí, y me uní a esos golpes. ¡Pobre Robert! Entre los dos debimos de provocarle más de un hematoma, pero sin conseguir que el maldito fantasma se alejara. Cuando mi hermano o el propio Robert golpeaban la pierna en donde se había enroscado, a una velocidad mayor de la que antes había visto en él, saltaba a la otra, y si entonces yo golpeaba en ese miembro se enroscaba en su cintura, así hasta llegar a su cuello, consiguiendo que nuestro amigo tuviera la sensación de asfixia.

-¡Tranquilo, Robert, no te puede asfixiar! Respira, respira, es sólo una sensación, pero no te puede ahogar, te lo aseguro – grité yo, sufriendo por el gesto de dolor de Robert.

Mi hermano y yo intentamos golpear en ese cuello, pero Robert, con un gesto, nos indicó que paráramos, y yo grité entonces llamando a mi abuela, extrañada de que todavía no hubieran intervenido. Luego supe por qué mi abuela se había retrasado: quería que Bethia viera el horrible espectáculo en toda su crudeza.

-¡Archie, deja al chico en paz, apártate de él! -gritó por fin mi abuela.

Entonces pensé que por qué Bethia no decía nada, que igual nos quería traicionar. El espectro, desenroscándose, se puso de pie frente a mi abuela.

-Vienes sola, no te han acompañado tus amigos fantasmas. ¿Crees que vas a poder conmigo? ¿Has desarrollado como yo la faceta de parecer una serpiente? -preguntó el espectro, al tiempo que empezó a enroscarse en la etérea figura de niebla o humo de mi abuela.

-No viene sola, yo la acompaño, Archie, y maldigo haberme quitado la vida convirtiéndome en lo que ahora soy por esperarte. ¡Deja a Grace en paz! -había gritado entonces Bethia.

-¡Bethia, Bethia, eres tú -gritó entonces el espectro con la voz normal que debió de tener en vida, dejando en paz a mi abuela.

-Sí, soy yo convertida en un fantasma como tú porque escuché a mi corazón decir que seguías aquí, pero jamás imaginé que te mantuvieras en el mundo de los vivos en el estado en que estás -contestó Bethia.

-¡Me has esperado, mi querida Bethia, me has esperado! -exclamó con voz emocionada el espectro. Mírame, soy un fantasma como tú, un fantasma que siente el mismo amor hacia ti que antes de morir.

-No, no eres un fantasma, Archie, te has convertido en un reptil que trepa por el cuerpo de este muchacho que nada te hizo. Ahora eres un animal dañino, sin alma, sin recuerdos -contestó Bethia.

-No, no, querida mía, soy yo, Archie. Mis recuerdos siguen aquí -volvió a decir el espectro.

-No eres mi Archie, tu transformación es más profunda y no te reconozco.

-No me digas eso, por favor, no me lo digas. Sé que siempre fui un cobarde, pero me enfrenté a mi padre, en una ocasión me armé de valor y le hablé relegando el pavor en el que me sumía ante su presencia. Le conté que te amaba, que no me importaba renunciar a los honores que por mi posición me otorgaba el destino, que si quería renunciaba a su sucesión como jefe de nuestro clan, porque yo estaba dispuesto hasta irme del castillo contigo. ¡Me enfrenté a la persona que más miedo me ha dado en mi vida terrena! -exclamó el espectro-.

Todos nosotros intercambiamos una mirada mientras presenciábamos la terrible escena, y supe que hasta Robert, por un momento no lo consideró un reptil, que en ese instante lo veía como un pobre desgraciado que se comportaba así por el atroz miedo que había sufrido en su vida terrena, y permanecimos en silencio, esperando la respuesta de Bethia.

-Sé que te enfrentaste con tu padre, y que yo fui una cobarde cuando me llamó y le negué mi amor hacia ti. Sé que te enteraste y

dejaste de luchar contra él. ¿Sabes por qué lo hice? Lo hice porque temía que al final claudicaras, porque me daba pavor que me echara del castillo y encontrarme sola y abandonada.

-¡Mi pobre Bethia, perdóname! Fue mi cobardía la que hizo que me convenciera de que lo que habías contado era verdad, y por eso no intenté hablar contigo ni mirar a tus ojos para confirmarlo. Acepté lo que él quiso que aceptara cuando me prometió a la única hija del clan rival.

Bethia se quedó callada, y yo temí que flaqueara, que al final aceptara lo que este ser le pidiera. Me di cuenta de que parecía aliviada con el hecho de que este engendro disculpara lo que ella definía como su propia cobardía personal, algo que para mí no sólo fue lógico sino también lo razonable ya que “su amado” fue un cobarde total, pero estaba claro que se ablandaba al oír sus palabras culpándose a sí mismo por no haber confirmado lo que ella en realidad sintió por él.

-¿Dime Archie, qué te obligó a jurar tu padre antes de morir? -preguntó repentinamente mi abuela.

-Mi padre me hizo jurar que castigaría a todos los descendientes directos de la que me había elegido como esposa -contestó el fantasma sin dejar de mirar a Bethia.

-¿Qué juramento fue ese? -volvió a preguntar mi abuela-, y entonces noté que Bethia reaccionó.

-El juramento de sangre. Mi padre me dijo que debía de luchar para que mi espíritu se quedara en estas tierras y me hizo jurar que hasta que no castigara al último descendiente de la que me eligió como futura esposa yo no descansaría. Si no cumplía el juramento la sangre de todos los que pertenecieron a mi clan me repudiaría toda la eternidad.

-El juramento de sangre es el más cruel juramento al que se puede obligar a un ser humano -dijo entonces Bethia.

-Ya estamos, como este engendro hizo ese juramento, Robert tiene que padecerle hasta el final de sus días. ¡Me río yo de los juramentos de vuestros clanes! -estalló mi hermano y yo me sentí orgullosa de él. A mi abuela no debió de parecerle mal porque no dijo nada. Esperaba a que Bethia hablara.

-William, te comprendo, pero intenta ponerte en el lugar de los que vivimos en nuestra época, no juzgues con tu mentalidad de ahora, tan diferente en algunas cosas y tan parecida en otras. Para nosotros ese juramento era el peor castigo, creíamos firmemente que, si no lo cumplíamos, toda la sangre de nuestros ancestros lucharía para hacernos vagar eternamente por un submundo sombrío y espantoso.

-Bethia, entiendo que justifiques ante mi nieto lo que para vosotros era tabú, pero eres una persona razonable y sensata. Si ese juramento al que llamáis de sangre cumpliera su objetivo de haceros vagar por un mundo sombrío y espantoso. ¿Crees que realmente es diferente al que ahora habita Archie? Porque él no sigue en el mundo de los vivos como tú y yo aunque seamos fantasmas, él vaga por éste sin el consuelo de sentir que a su alrededor existe el amor. Archie se ha convertido en un animal.

-No, Grace, yo no habito como fantasma en el mundo de los vivos viendo que existe el amor, para mí estos trescientos años han sido sentir la soledad, nada más -contestó Bethia.

Pensé con temor que mi abuela no convencería a Bethia, que ella comprendía tanto al dichoso espectro y a su maldito juramento de sangre, que todo ello le haría justificar el macabro papel de su amado Archie.

-Es cierto, no has sido un fantasma con tanta suerte como la mía, pero conservaste tus recuerdos, te aferrabas a ellos para mitigar esa soledad. En el fondo tenías esperanza, por eso permanecías aquí todavía. ¿Dime Archie, recordaste a Bethia durante estos tres siglos como fantasma? Sé sincero, por favor.

-No, no la recordé, el juramento que hice a mi padre me obligaba a seguir y seguir castigando a este chico, confiando en que muriera como su padre y así poder descansar en paz, pero al verla esos recuerdos han venido a mí con tal fuerza, sintiendo tanto amor hacia ella que he sentido que el reptil con que me veis se diluye, que vuelvo a ser Archie, el cobarde y pusilánime hijo de mi padre.

Eso de que esperaba a que muriera Robert para él descansar en paz y cumplir con su juramento me sublevó, y miré a Robert esperando que él dijera algo, pero no lo hizo, y me di cuenta de que su cerebro estaba asimilando todo, y que analizaba, tal como hacía con los problemas matemáticos toda la situación.

-Eres más que un cobarde, maldito espectro, quieres matar a Robert para así descansar tú con la bendición de la sangre de tus ancestros -dije yo en un arrebato.

Esta vez no fue mi abuela quien reprimió mi ex abrupto, fue el propio Robert, que acercándose levantó mi barbilla y me dijo con ternura que dejara hablar a Bethia. Esa ligera caricia suya y el notar que mi hermano me miraba con orgullo me reconfortaron.

-Es cierto, Archie, es cierto lo que Alice te dice. Escúchame por favor -habló entonces Bethia.

-¿Desde cuándo te relacionas con estos chicos y con ese fantasma? -le interrumpió el espectro.

-Vinieron a las ruinas del castillo de tu padre y me explicaron todo, lo que me confirmó que mi corazón no me había mentido al decirme que tú, de alguna forma, seguías en el mundo de los vivos, sólo me engañé pensando que si era así en algún momento volverías al que fue nuestro hogar y nos reencontraríamos. Grace es una persona muy generosa, y estos chicos son sus nietos que quieren ayudar a Robert, un gran muchacho al que tú has martirizado desde que nació.

-Bethia, ojalá no tuviera que hacerlo, ojalá, pero ese maldito juramento de sangre me obliga a continuar si no quiero permanecer eternamente en el horror y el vacío que los que llevaron mi sangre me infligirían para toda la eternidad.

-Los muertos no pueden hacer ningún daño, te lo aseguro Archie, eso eran papanatas y supersticiones de tu época, lo más que puede hacer un muerto, visto lo visto, es aferrarse a este mundo que ya no nos pertenece. Algunos, como Bethia y yo, nos negamos a irnos por amor, otros, como tú, por cumplir un juramento sin fundamento alguno -dijo entonces mi abuela.

-Archie, ya no creo en ese juramento porque es obligado a hacerse desde la cobardía, desde la maldad. ¿Por qué tu padre no lo juró él? ¿Te lo has preguntado? -habló nuevamente Bethia.

-No, no me lo he preguntado, lo hice yo y lo estoy cumpliendo -contestó Archie.

-Te lo voy a explicar, él no juró porque fue mucho más cobarde

que tú, infinitamente más cobarde, quería irse libre al más allá y descansar eternamente. Si ese juramento fuera tenido en cuenta por nuestros antepasados, sabiendo como sabemos que entre ellos han existido personas buenas, leales, crees que aceptarían lo que te obligó tu padre jurar. No, no lo aceptarían, jamás permitirían que alguien como él o cualquier otro con su misma crueldad te impidieran el reposo eterno. Me lo dice mi corazón, el mismo que me dijo que luchara para no irme porque tú te habías quedado aquí.

-Sí, es cierto, mi padre fue más cobarde que yo. Si alguien debió de hacer el juramento de sangre fue él, no yo. Recuerdo ahora con nitidez el fatídico momento: yo veía una luz que me llamaba, y a la vez oía su cruel voz mientras sus manos me zarandeaban impidiéndome ir. Él me decía, aguanta, aguanta y jura antes de morir, si no lo haces jamás descansarás, vivirás rodeado de las más terribles bestias en un mundo desolado que te atormentará toda la eternidad. Sólo cuando acoses hasta la extenuación a los descendientes de tu prometida, nuestros antepasados te dejarán vivir en paz.

-Crees que antepasados nuestros como Edwin, Anderson, Bruce y muchos más que ensalzaron al clan Mcdonald con actos de valentía, salvando pueblos enteros, repartiendo comida cuando la cosecha era mala, seguirían los planes de alguien como Andrew, un jefe odiado por su propio clan, yo no lo creo, Archie -dijo Bethia con un matiz verdaderamente triste

-Tienes razón, Bethia, ellos fueron héroes, gente que ensalzó a nuestro clan. Te creo.

-Bien, ahora Archie deberás pedir perdón a este muchacho. No ha sido justo lo que le has hecho sufrir -dijo Bethia.

Me entraron ganas de gritar a viva voz que no sólo no era justo sino que fue una maldad absoluta, porque martirizó a Robert desde niño, iba a hacerlo cuando observé el gesto de mi abuela y el del propio Robert, un gesto en el que me pedían silencio.

-Bien, es el momento de despedirnos, de que esta buena gente se quede en paz. Archie podremos ir juntos hacia la luz blanca que no sé si tú has percibido, pero que yo sí. Nos iremos los dos hacia el más allá.

Por fin se irían hacia el más allá, aunque tengo que confesar que al mirar a Bethia sentí pena. Me gustaba esta mujer, pero en cambio deseaba con toda mi alma que el dichoso Archie se fuera y no

volviéramos a verlo jamás. De repente sentí angustia, y fue al percibir el gesto de tristeza de mi abuela, y me pregunté si ella estaría todavía recibiendo la llamada de ese túnel blanco que vio al morir, y me dije a mí misma como si fuera una oración que ella pudiera oír: “resiste, abuela, todavía te necesitamos, resiste” la luz blanca puede esperar.

-No, Bethia, pediré perdón al último descendiente de Nora, pero no me pidas que nos vayamos aún, quiero vivir a tu lado por un tiempo, volver a nuestro castillo, porque no sé si al atravesar ese túnel blanco nos separaremos para siempre -dijo en ese instante Archie, alejando los negros pensamientos que me habían asaltado.

-Archie, querido, los dos somos fantasmas, no tenemos una envoltura corporal que nos facilite ni una caricia. Debemos irnos.

-No, Bethia, hazlo por mí, sólo pido un tiempo para verte como ahora te veo. Distingo tu rostro, veo todavía el vestido que te compré en esa feria a la que acudí, puedo charlar contigo, qué más puedo pedir si ya no soy una serpiente, si ya me reconozco como te reconozco a ti.

Lo que faltaba, pensé, se van a quedar y no dudaba de Bethia, ¿pero qué pasaría con Archie, volvería a ser el engendro en que se convirtió durante tres siglos? Miré a Robert lo vi ahora con un gesto de preocupación, y supe que sentía temor de que su pesadilla no terminara nunca.

-De acuerdo -contestó Bethia-. Nos quedaremos por un tiempo en tu castillo que ya no es tal, ya verás cómo ha quedado. Nos ocultaremos entre sus ruinas para no asustar a los visitantes que tanto disfrutan al contemplar esas piedras, aunque jamás puedan saber qué pasó en su interior ni tengan un recuerdo para los que lo habitamos, pero antes no sólo pedirás un perdón sincero a este muchacho sino que también harás un juramento de lealtad.

-Sí, le pediré perdón -contestó Archie, mirando a Robert-. ¿Pero no conozco ese juramento de lealtad que me hablas, en qué consiste?

Yo creo que era la primera vez que miraba a Robert de frente, hasta ahora había estado muy ocupado en proferir horribles gritos a su oído y en reptar para que tuviera la sensación de asfixia, y entonces tuve una intuición que me pareció una verdad muy cierta. Al mirar a Bethia pensé que ella se estaba sacando de la manga ese juramento de lealtad, adiviné cuál era su propósito y bendije su presencia, sintiendo

un gran cariño hacia ella.

-Ese juramento fue practicado por los héroes de nuestro clan, las personas que te he mencionado, aunque imagino que tu padre jamás te lo explicó porque desgraciadamente no lo practicó en toda su infame vida. Es el juramento que te obliga a cumplir tu palabra, y esa palabra no es otra que comprometerte, después de pedirle perdón por el daño causado, que jamás volverás a atosigarle, que nunca te acercarás ni a él ni a ninguna otra persona para dañarla. Si lo haces aceptaré que nos quedemos por un tiempo prudencial en tu castillo.

-Lo haré, mi querida Bethia, cumpliré el juramento. Jamás volveré a acercarme al último vástago del clan Cameron, jamás haré daño a ningún ser vivo -contestó Archie.

Tal como intuí, y luego la abuela me confirmó, probablemente Bethia se sacó ese juramento de la manga, aunque bien pudiera haber existido en su clan en tiempos muy remotos, desde luego no cuando vivía Edward como jefe del mismo. De cualquier forma, eso me hizo pensar que Bethia podía haberse enamorado de otra persona que no fuera el pusilánime y cobarde Archie, pero como decía mi abuela no todo el mundo fue tan afortunado como ella al elegir al abuelo, o como su propio hijo al haber escogido a una española tan guapa, graciosa y buena persona como fue mi madre. ¡Cómo no querer a mi abuela, era imposible!

-Sir Robert, último jefe del clan Cameron, pido perdón por el daño causado, y hago solemnemente el juramento de lealtad que pasados héroes de mi propio clan hicieron, este juramento de lealtad me ata a la promesa de no volver a causarle daño alguno -dijo Archie, arrodillado, o mejor dicho dando la sensación de que sus inexistentes rodillas estaban asentadas en el suelo.

Se produjo un silencio. Archie esperaba la aceptación de ese perdón por parte de Robert, pero mi amigo lo miraba con verdadero odio, un odio que disculpé. Cómo olvidar de repente que este fantasma le había robado su niñez, cómo alejar de sus recuerdos la fama de loco que por su culpa tuvo, apartándole de una madre que no tuvo fuerzas para ayudarlo. El silencio fue tenso, Archie seguía esperando, y vi que Bethia miraba con preocupación a Robert. Percibí el mudo mensaje que mi abuela le enviaba, en el que le decía: "perdónale de una vez y que desaparezca de tu vida para siempre" y pensé que le diría a mi abuela que las mentiras piadosas no eran tan malas, que muchas veces sólo provocaban el bien.

-Sir Archie del clan Mcdonald, te concedo el perdón y te recuerdo lo que sé qué pasará si no cumples tu juramento de lealtad y obligas a mis antepasados a levantarse de sus tumbas para acosarte, no sólo mientras permanezcas en el mundo de los vivos sino también cuando con esta bella dama decidáis cruzar hasta el más allá.

-Gracias, Sir Robert del clan Cameron, hice el juramento de lealtad y lo cumpliré. ¡Perdón, perdón Sir Robert!

-Es la hora de nuestra despedida, chicos, sois unos muchachos fantásticos, ojalá vengáis alguna vez por las ruinas de nuestro castillo y os pueda volver a ver antes de que partamos definitivamente de este mundo vuestro, que no es el nuestro -pronunció Bethia dando la sensación de que parecía suspirar de alivio, mirándonos a todos con cariño.

Esta vez fue William el que no se contuvo y se abalanzó sobre la inexistente envoltura corporal de Bethia con intención de abrazarla, y claro estampó sus morros en el suelo, pero no me reí, nadie lo hizo, todos sabíamos la fascinación que ese fantasma de mujer provocaba en mi hermano, de la que decía que podía pasar por una modelo de la época actual.

-Grace, mi querida Grace, qué placer haberte conocido, cuánto bien me ha hecho tu charla. Te llevaré en mi recuerdo incluso cuando esté en el más allá. -volvió a decir Bethia.

-Yo también, mi querida Bethia, yo también -contestó mi abuela-, y sentí como si de sus inexistentes ojos cayeran lágrimas que me parecieron reales.

Por fin se fueron los dos, nos pusimos a gritar de alegría y nos abrazamos. La abuela se sumó a esta algarabía mirándonos con orgullo e infinita ternura.

-Eres libre, Robert, eres libre, hijo mío -dijo entonces mi abuela.

-Grace, todo te lo debo a ti, cómo me gustaría abrazarte -contestó Robert.

-Pues hazlo, hijo, hazlo, pero antes me situaré delante de tu cama para que al atravesarme no te des el golpe que se ha dado William.

Fue muy gracioso, todos nos reímos mucho: Mi abuela se situó delante de la cama de Robert, y cuando éste la abrazó, atravesó su inexistente cuerpo, y se estampó contra su cama.

Qué placer supuso la vuelta a nuestra casa, qué sensación de paz.

Capitulo 7

La nueva vida de Robert.

Para Robert la vida cambió por completo, hasta tal punto que pasaba con más indiferencia que antes cuando algún gamberro del instituto le gritaba diciéndole “anda, loco, pégate, pégate, pero esta vez un buen derechazo en la mandíbula,” que no parecía afectarle, aunque no así a William, que se enfrentaba a esos gamberros hasta llegar a pelearse con alguno, lo que provocaba que Robert nos dijera que no valía la pena que ya se cansarían, porque en estos casos la indiferencia era lo mejor, algo que fue rematado por mi abuela cuando un día William regresó a nuestra casa con varios hematomas en la cara.

En esa ocasión ella había puesto el grito en el cielo y yo, para ayudar a mi hermano, le dije que él no había iniciado la pelea y que a veces, a pesar de la recomendación de Robert, era mejor enfrentarse a dejarse avasallar por unos estúpidos sin cerebro. Recuerdo sus palabras, unas palabras que se cincelaron en mi mente y que me hizo comprender que no sólo Rober tenía razón en su actitud sino también mi abuela.

“Con algunas personas, faltos de sensibilidad e inteligencia, es mejor no enfrentarse, os aseguro que la indiferencia es el peor castigo para ellos. Si ven que no os afecta su mal comportamiento terminan por cansarse”

-Abuela, no soy un peleón, pero me subleva que machaquen a Robert después de lo que ha pasado. No es justo -fue lo que respondió mi hermano.

-William, querido, ya sé que no es justo y admiro también ese sentido tuyo de la justicia, pero te aseguro que no merece la pena, porque es lo que esos gamberros quieren. Si haces lo que Robert, si no les prestas atención, terminarán cansándose, porque cuando la gente es mezquina lo que más les puede fastidiar es la indiferencia, con ella les estás gritando que digan lo que digan no te afecta porque su mediocridad no merece la pena de ser tenida en cuenta.

Y efectivamente así pasó, y llegó un momento en que esos gamberros se cansaron porque ninguno de nosotros les hicimos caso, y en el instituto llegaron a acostumbrarse a ver a Robert comportarse como una persona normal, y parecieron olvidar esos "tics nerviosos" del pasado, máxime cuando en una importante prueba matemática se coronó como vencedor absoluto logrando que nuestro centro, con el premio ganado, nos llevara a una estupenda excursión.

Robert venía a mi casa muy frecuentemente, tanto mi abuela como nosotros le habíamos repetido en infinidad de ocasiones que no necesitaba ser invitado, que podía venir sin avisar siempre que quisiera, lo que le hacía contestar que nuestra casa le encantaba, pero que desde que Archie había desaparecido, aunque no fuera lo mismo que estar en nuestra compañía, se encontraba por primera vez tranquilo en su propio hogar.

Yo no me atrevía a preguntarle por qué no avisaba a su madre para comunicarle que ya se encontraba bien, temía herirle porque imaginaba que Robert siempre habría notado la ausencia de su madre, aunque jamás hubiera escuchado de sus labios ni una queja, algo que sí escuché un día y me entristeció.

-Mi madre va a venir a casa -dijo con pesar.

-¡Pero eso es fantástico, Robert! -exclamé. Ahora se dará cuenta de que estás bien y no tendrá problemas en quedarse a vivir contigo.

Estábamos paseando solos, William se había quedado ayudando a Peter arreglando algo de la valla del gallinero que estaba estropeada, ocasión que me pareció estupenda y que el propio Robert habría estropeado si Peter hubiera aceptado la propuesta de éste cuando se ofreció también para ayudar en la tarea.

-No, tú ayudas mucho, Robert, vete de paseo, le toca a William que últimamente, aprovechando que a ti te gustan las labores del campo se escaquea bastante -había dicho Peter.

Nuestro querido Peter estimaba mucho a Robert, no sólo por lo que había tenido que sufrir sino porque siempre estaba dispuesto a ayudarle en cualquier cosa de la finca, y que tanto mi hermano como yo intentábamos eludir en muchas ocasiones, cosa que no siempre daba resultados porque la abuela controlaba todo.

Qué bonito me resultó el paseo, cómo disfruté de la contemplación

de una naturaleza tan verde. Miraba los altos árboles y escuchaba embobada las explicaciones de Robert, gran amante de ellos, que me contaba que con sólo observar sus cortezas se podía saber los años que tenían, aclarándome a la vez las características peculiares que poseían según la variedad a la que pertenecieran, pero ese halo mágico desapareció en cuanto contestó a mi pregunta anterior.

-No deseo que venga, Alice, dejé de echarla de menos hace mucho tiempo, ya no me hace falta. Además ya no estoy solo, os tengo a vosotros, a Grace, a Peter.

-¿Le guardas rencor? -pregunté con pesar
-No, puedo entenderla, si realmente pensaba que era un loco esquizofrénico, si creyó al médico que me diagnosticó, y que no podía hacer nada puedo aceptar que me dejara, aunque sé que por ejemplo Grace no lo hubiera hecho jamás. ¡Qué suerte habéis tenido con vuestra abuela! -exclamó de repente.

Asentí con la cabeza, pensando en la mala suerte de Robert, y de la forma en que me habló sentí que realmente no guardaba rencor a su madre, que era algo peor, indiferencia.

-Vuelve con su marido, se ha vuelto a casar.

-¿Lo sabías? -pregunté.

-No, no me había dicho nada, me enteré la noche pasada. Creo que quiere venir en un par de días a presentármelo, además parece ser que tiene la intención de quedarse con él a vivir conmigo.

-¿Pero no le da miedo venir si sigue creyendo que eres un esquizofrénico, que continuamente te estás atizando?

-Persuadí al director del instituto, que ya sabes que fue un gran amigo de mi padre, para que escribiera a mi madre, le dicté lo que tenía que escribirle: que yo me encontraba perfectamente bien, que quizás mis males provenían de la ausencia de la figura paterna, que mis nervios en una etapa de crecimiento habían influido, pero que ahora, que ya estaba a punto de dejar atrás mi adolescencia, mi cerebro repentinamente se había aquietado ordenando en su interior todas sus neuronas.

Me di cuenta de que esa carta dictada al director de nuestro instituto, que era médico aunque no ejerciera su carrera, había sido

motivada porque en el fondo Robert había echado mucho de menos a su madre, que seguía echándola.

-No la echo de menos, Alice, de verdad que me he acostumbrado, pero creí necesario que lo supiera porque mi madre no me abandonó del todo; llamaba mucho a Louise, movió sus hilos para que no me internaran, en fin que de alguna forma se ocupó de mí, lo que no pudo hacer era permanecer a mi lado, y de verdad que es entendible, vivir conmigo sólo era posible con una persona como Louise que no se entera de nada.

Volvimos a casa a comer, mi abuela nos tenía preparado un riquísimo asado de cordero, algo que reservaba para los días festivos en los cuales, como era lógico, no íbamos al instituto. Al llegar mi hermano nos estaba esperando, nada más vernos nos enseñó sus manos.

-Fijaos, fijaos, machacadas de tanto clavar clavos. Peter, eres un tirano. ¡Tirano! -gritó con todas sus fuerzas.

-¡Ya verás la próxima vez lo tirano que voy a ser contigo! -contestó Peter-, se lo contaré a Grace y notarás la poca gracia que le hace tener a un nieto tan gandul.

-¡No, no, por favor! Dos tiranos son mucho para mí -dijo William con mucha guasa.

-O sea que soy tirana, nieto, pues como soy una tirana mañana te quiero ver levantado pronto para que recojas heno con Peter ¿te enteras? -dijo mi abuela apareciendo de repente, tirando de la oreja de mi hermano mientras éste se preguntaba qué era esa caricia tan deliciosa.

Me di cuenta de que mi abuela percibió que algo le pasaba a Robert, pero de momento no dijo nada. En la cocina disfrutamos del espectáculo al que ya nos tenía acostumbrados y que no nos cansábamos de contemplar: con el poder desarrollado de su mente dirigió certeramente los platos, los cubiertos, los vasos. Qué gozada era ver volar la deliciosa carne desde la bandeja del horno hasta nuestros platos. Al único que no parecía encantarle este espectáculo prodigioso era a Peter.

-Grace, cualquier día alguien se acerca por la ventana y aunque desaparezcas podrá ver los platos volar ¿y entonces, qué?

-Entonces nada, porque como no duermo, no como porque no existo, tengo tiempo suficiente para darme un paseo y ver que no hay nadie por los campos de alrededor, tranquilo, mi querido Peter, tengo más interés que tú en que nadie descubra nuestro secreto.

Después de ese asado con las deliciosas patatas de nuestra granja, la abuela se dispuso a sonsacar lo que le ocurría a Robert, pero antes hizo que una bandeja se depositara volando sobre la gran mesa de madera con sus deliciosas galletas. Peter, que adivinaba todos los gestos de mi abuela, se levantó y colocó la silla que siempre había ocupado mientras mantuvo su envoltura corporal.

-Gracias, mi querido Peter, siempre tan amable. ¡Oh, qué placer recordar el descanso que experimentaba cuando mis posaderas tomaban asiento en esta maravillosa silla que me fabricó mi marido! -Exclamó, aclarando luego que es que realmente hasta llegaba a sentir que realmente estaba sentada en su silla de enea, para preguntar a continuación ¿Bien, Robert, sé que algo te preocupa? Cuéntanoslo, igual entre todos podamos encontrar una solución.

Siempre admiré la percepción que ella tuvo en vida, una percepción que su actual estado no había eliminado y que podría ayudar a nuestro amigo.

-Grace, me temo que no vais a poder ayudarme, pero bueno igual podéis animarme y conseguir que no vea todo tan negro. ¡Vuelve mi madre! Se ha vuelto a casar y quiere venir con ese hombre a vivir a nuestra casa, y la verdad no me hace gracia, porque no sé quién es ni siquiera si me gustará compartir mi espacio con ellos.

-Ya, te entiendo, pero creo que estás adelantando acontecimientos, que puede que ese hombre te caiga bien. Imagina por un momento que hace contigo la figura del padre que te faltó, que sientes que realmente tienes ya una familia -contestó mi abuela.

-Mi familia sois vosotros: William, Alice, Peter y tú, Grace.

-Ya cielo, pero tu familia de verdad es tu madre. Seguro que todo saldrá bien. ¡Venga, todos contentos! Y aprended que no podemos pensar en cosas desagradables antes de que hayan ocurrido, tened en cuenta que esa actitud nos priva de momentos de felicidad, y que muchas veces tememos algo que realmente no sabemos si transcurrirá tan mal como nuestros negros presentimientos nos inducen a pensar.

De esa forma nos animamos todos, asintiendo con la cabeza que tenía razón, pero yo intuía en mi interior que no todo iba a suceder como mi abuela quería, pero al final pensé que si no era así, seguro que la abuela encontraría una solución que beneficiara a Robert. Mi amigo también pareció animarse, o puede que fingiera hacerlo para alegrar a mi abuela, porque aceptó con mucho gusto la partida de bridge que ella propuso. William y yo acompañamos ya tarde a Robert a su casa, y mi hermano, que es un bocazas, le dio por recordar y hablar sobre el tema que, como había dicho mi abuela, era mejor aparcar porque realmente no sabíamos cómo sería luego la realidad.

-Jo, Robert, con lo bien que estás tú solo, pudiendo venir y quedarte en nuestra casa cuando te dé la gana, y ahora esto, porque seguro que ahora querrán tenerte muy cerca. ¡Qué mala pata!

-¿Y por qué tiene que suceder así? -pregunté mirando a William con genio, por qué no dejamos de hacer conjeturas que no sabemos si se cumplirán. Haced caso a lo que nos ha dicho la abuela.

-Sí, tienes razón Alice -contestó mi hermano-, aunque yo sabía que no creía en esas palabras alentadoras de mi abuela, y que sólo me dio la razón porque se había dado cuenta de mi mirada.

-Nadie me va a impedir ir a vuestra casa cuando quiera, sólo faltaría eso -contestó Robert.

-Podrías haberte quedado esta noche en nuestra casa a dormir, la abuela no necesita repetírtelo para que lo hagas -dije yo entonces.

-Tengo que resolver un problema matemático un tanto inquietante, que me está dando quebraderos de cabeza, y es mejor que me quede solo, porque si estoy con vosotros prefiero charlar con los dos que trabajar. Además no os podéis imaginar lo que es vivir sin la compañía del engendro, perdón de Archie, es el mayor placer del mundo.

Nos despedimos de Robert con la tranquilidad de que estaría perfectamente bien en su casa, encima sin tener que haber comido lo cocinado por Louise, y emprendimos el regreso a casa.

Conocimos a la madre de Robert, Stella, un día a la salida del colegio, cuando nos la encontramos hablando muy amigablemente junto a nuestro director. Al lado de ellos dos había un ostentoso y a mi parecer pretencioso descapotable, en cuyo interior estaba sentado un

hombre, cuya cara no fui capaz de ver con claridad. Robert se quedó parado, mientras yo junto a mi hermano observábamos la escena. La mujer, de rostro agraciado, tendió con alegría los brazos a su hijo, que tardó en reaccionar, sólo lo hizo cuando yo disimuladamente le di un empujoncito en la espalda. Me di cuenta de que esa mujer tenía los ojos llorosos, como si realmente estuviera muy emocionada.

-Robert, hijo mío, hemos llegado. Tenía tantas ganas de abrazarte que no he podido esperarte en casa. ¡Cariño, qué alegría verte, qué alegría! Ya sé que estás muy bien, que esos dichosos tics nerviosos te han desaparecido. El director me lo escribió y ahora ha tenido la deferencia de darme más detalles. También sé que ganaste un premio muy prestigioso. ¡Estoy tan orgullosa de ti, tan orgullosa! -Volvió a exclamar Stella sin dejar de abrazar a Robert.

Noté que Robert únicamente se dejaba abrazar, que él no apretaba a su madre con la fuerza de ella, y mandé callar a mi hermano cuando me dijo por lo bajinis que sí, claro, que menos orgullo y más haberlo atendido cuando estaba tan solo. Fue Robert el primero que se deshizo de ese abrazo tan largo, entonces miró hacia nosotros y yo creí percibir que sus ojos estaban llorosos, y pensé en cómo debería haber echado en falta a su madre aunque la disculpara. Puede que Robert, después de la penosa experiencia vivida durante tantos años, realmente tuviera la capacidad de comprender que a veces las personas no pueden ni tienen la fortaleza suficiente para soportar ciertas cosas, pero desde luego estaba segura de que yo no podría perdonar, y tampoco mi hermano, quizás porque ambos éramos peores como seres humanos que Robert.

-Alice, William, venid por favor, tengo que presentaros a mi madre -dijo entonces Robert.

Íbamos a acercarnos, pero nos paramos de nuevo cuando notamos que Stella miraba hacia el hombre del coche, diciéndole a su hijo que antes tenía que presentarle ella a otra persona, después de lo cual nos sonrió.

-Ven, Jack, ven y saluda a mi hijo, a nuestro hijo.

-¡Hola, Robert! Qué gusto conocerte, tu madre me ha hablado tanto de ti que ansiaba este momento -dijo Jack con la intención de abrazar a Robert, pero éste dio un paso hacia atrás y muy educadamente le contestó que él también se alegraba de conocer al marido de su madre, al tiempo que nos volvía a repetir que fuéramos, que quería presentarnos a su madre.

Fuimos saludados muy agradablemente por Stella, que nos dio las gracias cuando escuchó decir a su hijo que los dos éramos sus mejores amigos y que teníamos mucho que ver con su recuperación. Cuando Robert dijo que luego los vería en casa, que ahora tenía que coger el autobús con nosotros, su madre le contestó que de autobús nada, que volverían juntos en el nuevo coche que Jack acababa de comprar, y noté la cara de contrariedad de nuestro amigo.

-Podemos llevaros a vosotros también, chicos. Subid, subid todos, el coche es sumamente amplio -dijo inesperadamente Jack.

El viaje lo hicimos con poca conversación, se notaba la tensión, tensión que no parecía ser advertida por Stella, que en el asiento de adelante se volvía continuamente para coger la mano de su hijo o acariciar una de sus piernas. Cuando llegamos a casa le explicamos todo a la abuela, y ella sólo expresó su deseo de que ojalá Robert tuviera suerte y no sufriera una decepción.

-Abuela, creí ver que Robert lloraba cuando se abrazó a su madre, mejor dicho se dejó abrazar. Creo a Robert cuando me dice que es capaz de entender a su madre, aunque le duela, pero yo pienso que es imposible no sentir mucho rencor cuando te han dejado completamente solo.

-Mira que considero a Robert un chico de lo mejorcito que hay por aquí, pero creo que nos miente cuando nos dice que comprende a su madre -añadió mi hermano.

-A ver cómo os lo explico, niños, cuando alguien vive una experiencia tan traumática como la que ha vivido Robert se experimentan dos salidas: el odio o el empezar a vivir sabiéndote liberado de una pesadilla. Robert jamás querrá a su madre con la intensidad que hubiera sentido si realmente ella hubiera permanecido a su lado, pero su mala experiencia, y el hecho de haber salido de ese infierno, le otorga la amplitud de mente para entender que realmente vivir con él hubiera sido insoportable, que sólo alguien como Louise lo podría aguantar.

-Pues yo no se lo hubiera perdonado jamás -aclaró William con firmeza.

-Abuela, no tengo indicios que me digan cómo es ese hombre pero no sé, es como si mi intuición me advirtiera que no es de fiar, aunque

igual sólo son tonterías mías. No desearía que nadie volviera a dañar jamás a Robert.

-¿Te gusta Robert, verdad pequeña mía? -preguntó mi abuela.

-¡Abuela! -exclamé indignada-, que Robert es sólo mi amigo, nada más, yo no soy como alguna tonta compañera mía que presume de novio. No tengo edad.

-Y me parece perfecto, como también me lo parece que te guste ese chico. Es guapo, bueno, inteligente -comentó mi abuela, mientras yo sentía que mi rostro empezaba a enrojecer. La boca de mi abuela dibujada en humo o niebla sonrió y yo pensé entonces que menos mal que William se había subido a su cuarto, porque si llega a ver el rubor de mi rostro no quiero ni pensar las burlas continuas que sufriría, y además al ser tan bocazas lo mismo le daba por contárselo a Robert. ¡Qué vergüenza!

Después de cenar, cuando subimos a dormir pedí a mi abuela que se quedara conmigo, que no sabía por qué, pero me sentía inquieta. Su respuesta me extrañó.

-Verás, cariño, subiré a verte, pero esta noche no me quedaré allí, tengo que preparar un montón de cosas en la cocina.

Estaba seguro de que mi abuela tramaba algo, de modo que me puse a leer, a pensar, hice mil ejercicios mentales para no dormirme, y cuando no pude más bajé a la cocina para ver qué cosas tenía que preparar mi abuela si al día siguiente, un día de clase normal, nosotros comíamos en el comedor del instituto, y sólo tendría que hacérsela a Peter. En cuanto adelantarse para prepararnos el desayuno era una tontería, primero porque ella siempre repetía que la comida mejor recién hecha, y segundo porque con su destreza mental para mover las cosas y cocinarlas lo hacía mucho más rápido que cuando poseía brazos reales. No estaba en la cocina, iba a llamarla cuando miré distraídamente por la ventana y vi la figura flotante de mi abuela salir por la puerta, corrí a la habitación de mi hermano y me alegré mucho de no encontrarle dormido.

-William, la abuela ha salido de casa, ¿por qué lo hará? -pregunté excitada.

Mi hermano se abalanzó hacia su ventana y me dijo que sí, que la abuela acababa de saltar flotando la valla de nuestra granja, y que

después su cuerpo se había vuelto invisible.

-¿Dónde pretende ir? -volví a preguntar.

-Estoy seguro de que se va a acercar a casa de Robert, querrá vigilar cómo está él y observar a su madre y a su nuevo marido. No, si al final la abuela me da la razón. ¡Pobre Robert!

-Igual nos equivocamos y al final Robert congenia con su nuevo padre -dije.

-Qué no, que ese hombre no me da buena espina -contestó William.

A mí tampoco me daba buena espina, pero me vencía el sueño y me despedí de mi hermano volviendo a mi cuarto. Curiosamente no sentí miedo porque mi abuela se hubiera ido, en cualquier otro momento si la hubiera visto salir en una noche tan oscura lo hubiera sentido, pero ahora no; estaba segura de que la abuela, tal como decía William, había ido furtivamente a casa de Robert y eso me daba tranquilidad, nadie mejor que ella para enterarse de todo.

Cuando nos levantamos mi abuela ya estaba en la cocina, y nuevamente volvimos a contemplar el espectáculo que nos fascinaba: ella hacia volar los huevos depositándolos suavemente en la sartén, a la vez que las tostadas recién hechas caían en nuestros platos. ¡Era fantástico! Pero yo lo que quería era empezar a preguntar, pero no hizo falta, ella simulando que se sentaba en su cómoda silla de enea comenzó a relatarnos su aventura.

-¡Chicos! -exclamó muy solemnemente, ayer por la noche visité la casa de Robert, me sentía un tanto inquieta y necesitaba comprobar que todo estaba en orden y vi algo que me alertó, que me puso en guardia. Creo que vuestra intuición es certera y que el nuevo marido de Stella no es de fiar.

-Claro que mi intuición es certera -contestó William.

-No me digas que sales por las noches, algún día alguien te verá, Grace, y tendremos un problema -dijo Peter entrando a desayunar.

-Anda, toma asiento y empieza a comer, que huele que alimenta, bueno me imagino que huele bien porque lo he cocinado yo.

-Peter, salí de noche cerrada, incluso me volví invisible mientras mi espíritu flotaba por el sendero hasta llegar a casa de Robert, fíjate

si soy previsora que hasta me diluí sabiendo como sé que con la niebla de los caminos mi aspecto actual no necesita volatilizarse porque se confundiría con esa niebla, eso sin contar que ya me dirás quién podría estar con ese frío espantoso y tan de noche por esos campos.

¿Cuenta qué descubriste, abuela? -pregunté con ansiedad.

-Bueno, vi a Stella, que me pareció una buena mujer pero quizás débil de carácter, que intentaba por todos los medios estar cerca de su hijo, a Robert que parecía incómodo y que se subió pronto a su habitación alegando que tenía muchos deberes, y a ese hombre que nada más salir nuestro amigo del salón, pidió a Stella de una forma que no me agradó que le enseñara los documentos que acreditan que Robert es el dueño absoluto de la propiedad. También le pidió que intentara buscar los planos en los que se delimitaban el tamaño de lo que antes fue un castillo propiedad del clan al que pertenecieron los antepasados de Robert. Stella fue rápidamente al despacho del padre de Robert y abrió una caja fuerte repleta de documentos y se los entregó a su nuevo marido.

-Mira que os lo dije, esos dos quieren perjudicar a Robert. ¡Lo sabía! -exclamó mi hermano con una especie de euforia que me molestó, porque parecía importarle más haber acertado que el hecho de que quisieran fastidiar a nuestro amigo, y así se lo dije con bastante genio.

Mi hermano me contestó que yo era injusta con él, que una cosa era que todos comprobáramos que él era un lince para intuir la verdad, cualidad que sólo yo me atribuía, y otra muy diferente que diera más importancia a su acierto que a la preocupación que sentía por el que consideraba un amigo, y entonces me lanzó una pulla que nuevamente, me hizo sonrojar.

-Robert es mi amigo, siempre lo será, aunque lógicamente no sienta por él la adoración que tú demuestras.

-¿Abuela, viste a Robert? -pregunté intentando que la rojez de mi cara pasara desapercibida.

-Antes quiero aclararos que los dos sois muy intuitivos además de inteligentes, ambos heredasteis la inteligencia de vuestros padres, y sí, Alice, vi a Robert, me introduje en su habitación y me hice visible para él.

-¿De qué hablasteis? -pregunté.

-Empecé diciéndole que no os habíais quedado tranquilos y que por eso había decidido ir a echar un vistazo. Noté que se emocionaba, se ve que os quiere mucho -contestó mi abuela sonriéndome. Al final le dije lo que había visto aclarándole que todo lo había pedido ese Jack. No tuve más remedio que aconsejarle que debía de averiguar por qué tenía ese interés.

-¿Reprochó la actitud de su madre al proporcionar esos documentos privados a Jack? -preguntó mi hermano.

-Bueno, yo empecé diciéndole que me parecía que su madre lo quería de verdad, y que quizás el hecho de dejar que esos documentos fueran vistos por Jack era motivado por una buena causa que podría favorecerle.

-¿Lo creyó? -volvió a preguntar mi hermano.

-William, Robert no piensa que su madre quiera hacer algo para perjudicarle, él mismo me aclaró que sabía que era buena persona, pero que tenía un carácter realmente débil, y me dijo que se enteraría y nos lo comunicaría por si necesitaba nuestra ayuda. También me confesó que no le gustaba nada el nuevo marido de su madre.

-Menos mal que piensa igual que yo. Seguro que será cauto -aclaró William.

-Piensa lo mismo que todos -contestó mi abuela-

A mí me extrañó esa respuesta tan rápida por su parte, porque ella era una persona que siempre nos había repetido que por muy humano que fuera sentir instintivamente aprecio o rechazo hacia alguien, lo sensato y justo era esperar a conocer en verdad a esa persona.

-¿Qué más viste u oíste, abuela? -pregunté yo.

-Bueno, he de reconocer que fui un poco entrometida y chismosa. Me disculpo a mí misma, porque me doy cuenta de que lo que ha padecido Robert realmente me ha impactado más de lo que he demostrado, quizás porque no he podido evitar pensar que os hubiera podido pasar a cualquiera de vosotros, y por ello después de salir de la habitación de Robert, al que creo que le vino bien mi visita, ya que me di cuenta de que volvió a sentir que no está solo, que nuestra familia

siempre estará a su lado pues me introduje…..

-Dónde? -pregunté impaciente, viendo que ella se callaba.

-En el propio dormitorio del matrimonio, por supuesto haciéndome invisible, y lo que oí, simplemente por el tono que empleó ese hombre, me hizo ver con claridad que es justo que no nos guste y que entre todos tenemos la obligación de investigar -aclaró mi abuela.

-¡Bien hecho! -exclamó mi hermano, a lo que mi abuela contestó que bien hecho en el sentido literal de la palabra no estaba, porque una cosa era ir al cuarto de sus nietos para ver cómo se encontraban, y otra muy distinta meter las narices en el santuario privado de una persona ajena a ella.

-¿Qué oíste? ¿Hablaron los dos del tema? ¿Desean quedarse con lo que le pertenece a Robert? -preguntó mi hermano.

-No, no fue eso. Vi y oí llorar a Stella, esa mujer se quejaba de que su hijo ya no la quería, y repetía entre sollozos que no le extrañaba después de volver a pisar esa horrible y lúgubre mansión y ver lo mal que hacía Louise las cosas de la casa. Se lamentaba de haber abandonado a su hijo, con verdaderos hipos decía lo solo y triste que se habría criado Robert. Mientras daba riendas sueltas a sus sentimientos, me acerqué para ver la expresión de su marido, y me aterró, era la de alguien que está pensando en el rollo que tenía que soportar y que, en un momento dado, imagino que porque ya no aguantaba los quejidos de Stella, se levantó y sin contemplaciones recriminó a su mujer, diciéndole que dejara de lloriquear, que cualquier chico que se precie se cría en un internado, no con los padres que siempre son demasiado benévolos y no saben educar en condiciones; aclaró que precisamente la presencia de ellos allí iba a solucionar el problema de esa horrible casa. La falta de sensibilidad de Jack, su poco interés hacia el sufrimiento de su mujer fue la clave para que entendiera que no era de fiar, que si se comportaba así con la mujer que acababa de desposar, qué no haría con Robert, aunque él ya no fuera un niño al que pudiera manejar a su antojo.

-Lo que yo he pensado -replicó William, interrumpiendo a la abuela. Ese hombre pretende quedarse allí a vivir, hacerse con el control de esa casa y puede que con el dinero que el padre de Robert dejó para él, un dinero que según me contó estará depositado hasta su mayoría de edad, y que él piensa emplear para acometer ciertas reformas en su casa, porque con los parches que sus antepasados

habían añadido por las continuas escaramuzas que sufrieron del clan de los Mcdonald, la casa resultaba un auténtico horror. ¿Será Stella cómplice de las intenciones de su marido?

La abuela nos dijo que debíamos esperar, y que si fuera necesario intervendríamos para ayudar a Robert.

Capitulo 8

La ayuda de Bethia y Archie.

Era ya de noche, la oscuridad fuera de nuestra casa era absoluta, cuando sentimos que llamaban a la puerta.

Fue mi hermano el encargado de abrirla, después de recomendar a mi abuela que se hiciera invisible. Peter le dijo que no abriera, que nadie de bien podía llamar a esas horas, pero mi abuela, que había obedecido de inmediato la petición de William de hacerse invisible, volvió a aparecer cuando miró por la ventana.

-Tranquilos, son Bethia y Archie. Abrid con tranquilidad.

-¿Para qué vendrán? -preguntó mi hermano con malhumor, algo que se le pasó cuando frente a él se encontró al fantasma de Bethia, entonces sonrió bobaliconamente, mientras que yo pensé que me alegraba de que Robert no estuviera porque no creo que fuera de su agrado volver a ver a Archie.

-¡Bethia, querida amiga! Qué placer volver a verte.

-El placer es mío, Grace -contestó Bethia entrando en nuestra casa, algo que no hizo Archie que se alejó de la puerta.

-Pasa, pasa Archie, estás cumpliendo tu juramento de lealtad y puedes entrar -invitó mi abuela.

-Abuela, él no debe de pasar -dijo en ese momento mi hermano, mirando al fantasma de Archie con sumo desprecio.

-Si vienen en algún momento en que esté Robert, Archie no pasará, pero ahora puede hacerlo.

-Claro, claro, que entre, estamos solos nosotros -contestó William-, y yo me di cuenta de que ese repentino cambio fue motivado por la mirada cautivadora que recibió por parte de Bethia.

-Bien, pasemos al salón, haremos con que realmente nos sentamos en sus cómodos sillones. ¡Ay, lo que me gustaría beber de verdad una buena taza de té mientras hablamos! -Abuela, yo os preparo el té, podéis soñar con que realmente lo bebéis, y disfrutar de esa sensación – me ofrecí yo muy educadamente.

-No, no, el líquido mancharía todo el suelo. Mejor, cariño, trae unas tazas vacías que nos servirán igualmente para soñar con ese placer que ya no podemos tener.

-Pero Bethia y Archie no podrán hacer flotar las tazas como tú, y las romperán -volví a decir yo, pensando que la abuela se disgustaría, que siempre que se había roto cualquier objeto de esta casa parecía enfadarse mucho, porque para ella todas las cosas que contenía se convertían en objetos vivos que se les tuviera que tener un aprecio especial, algo que me aclaró un día cuando le contesté malhumorada, después de romper un hermoso jarrón, diciéndole que por qué se tomaba a pecho que algo se rompiera. Ella, en aquella ocasión, me contestó que todo lo que había en nuestra casa eran recuerdos comprados por ella, el abuelo o mis padres, y que los objetos se llegan a impregnar un poco del espíritu de quien los ha comprado y guardan en su interior ese recuerdo agradable.

-No romperemos las tazas, Alice, tanto Archie como yo hemos practicado la fuerza mental necesaria, tal como tu abuela nos explicó la noche que vino a vernos para saber de nosotros. Después de mucho practicar, lo hemos logrado.

Estaba claro que mi abuela ya los había visitado con anterioridad, y no nos había dicho ni mu, e imaginé el por qué.

-Sí, no me miréis así, y tú Peter, no te enfades tanto, nadie me vio, sólo me hice visible cuando estuve en las ruinas del castillo, pero necesitaba hablar con Bethia, saber si continuaban allí, y sobre todo cerciorarme de que Archie ya no era lo que fue.

-No, miss Grace, ya no soy el engendro que fui cuando acosé de esa forma a Robert, último descendiente del Clan Cameron -contestó Archie muy pomposamente.

Me fijé entonces en él, y mi sorpresa fue mayúscula al notar el cambio producido en su rostro de humo y niebla, un rostro que no estaba nada mal, alejado ya de esas expresiones y esos gritos terroríficos con los que había torturado a Robert, aunque eso no

cambiara mi opinión de que seguía siendo un poco mequetrefe, y que Bethia se había equivocado al elegir.

-¡Ve a por las tazas, William! -ordené aprovechando que mi hermano seguía obnubilado mirando el bello rostro de Bethia. William como parecía estar en trance me obedeció, y yo no hice caso a la mirada de reproche de mi abuela, porque no quería perderme ni una sílaba de lo que allí se dijera.

-Al final Archie tenía razón. No nos viene mal quedarnos por un tiempo así. Archie ha vuelto a su ser, la persona buena que una vez fue, y yo me he liberado de mi soledad aunque siga sintiendo la llamada del más allá; ambos la escuchamos, pero unimos nuestras fuerzas para resistir, porque creo que nos merecemos este encuentro sin miedo a que su padre nos descubra, sin miedo a nada ni nadie. No podemos acariciarnos, nuestros inexistentes dedos no pueden enlazarse entre sí porque no existen, pero lo suplimos con la imaginación de creer que es posible.

William llegó con las tazas. El muy tonto trajo seis tazas vacías, al menos podía haber llenado de cacao las tres para los que teníamos una garganta real para beber su contenido, pero por supuesto no dije nada, no después de ver la mirada asesina de mi hermano que se había dado cuenta de que me había aprovechado de él. Para mi asombro, Peter, que también se había sentado, cogió su taza y al igual que los demás confesó que el té estaba riquísimo. Mi abuela, Bethia y Archie también dijeron lo mismo. La verdad es que era estupendo ver a mi abuela soñar con que en realidad estaba sentada en su sillón favorito y que bebía un té exquisito.

-Toma, tu cacao, Alice, te lo he preparado como a ti te gusta -dijo mi hermano para vengarse, y entonces lamenté haber sido tan considerada con él, ya que había dejado libre el sillón colocado enfrente de Bethia para así darle el placer de contemplar a la mujer que tanto parecía gustarle, me lo tenía que haber cogido yo.

-Uhmm, riquísimo el cacao, William, por eso te mandé a ti, porque lo preparas mejor que nadie -contesté.

-¿Qué tal está Robert? -preguntó Bethia, después de permitir que su taza volara por el aire y se depositara suavemente en el plato que estaba en la mesita del centro.

Mi abuela también lo depositó con la misma agilidad, pero cuando

Archie iba a realizar ese acto de fuerza mental, vimos consternados que la taza caía al suelo, aunque antes de rozarlo, Bethia fijo sus ojos en esa taza consiguiendo alzarla hasta depositarla en su plato correspondiente.

¡Vaya fantasma, qué inútil debió de ser en vida! -exclamé para mí, sin atreverme a decir nada, algo que no pasó con William.

-Vaya Archie, con lo habilidoso que eras cuando te convertías en serpiente. Debes de seguir practicando con Bethia -dijo mi hermano con mucha ironía.

La mirada que le dirigió mi abuela hizo que William pareciera sentir lo que había pronunciado, porque por primera vez miró a Archie de frente, antes había evitado mirarlo, y le dijo que le perdonara, que él no era el adecuado para reprochar porque había sido el mayor causante de lo que por años se había roto en esta casa.

-No me pidas perdón, William, siempre he sido un poco torpe, pero Bethia me enseña y aprenderé -contestó Archie.

-Claro, claro que aprenderás, Archie, seguro que antes de irte al más allá dominarás esta fuerza que no nos ha sido arrebatada a pesar de carecer de envoltura corporal. ¡Animo! -exclamó mi abuela.

La conversación fue derivando de un tema a otro. Archie se lamentó de las condiciones en que había encontrado su castillo, y mi abuela le recordó que habían pasado muchos siglos desde su construcción, ya que el castillo del clan Mcdonald no había sido levantado en el siglo XVIII en que vivieron ellos sino muchos siglos atrás, pero llegó el momento en que mi abuela abordó el tema que realmente le interesaba.

-Quiero hablaros de Robert. Está bien, aclaró al ver la cara de preocupación de Bethia, pero quizás pueda tener problemas, quiero contar con vuestra ayuda en caso de que sea necesario. ¿Lo ayudareis? -preguntó mi abuela.

Vi que Bethia y el propio Archie dijeron que sí, que por supuesto, y mi abuela pasó a explicar todo lo ocurrido desde que Robert había sido liberado de su tormento, y me fijé que en ese instante Archie bajo su cabeza en señal de vergüenza.

-No me fío de ese hombre, me da miedo que intente fastidiar a Robert, por eso quiero que lo sepáis y contar con vosotros. Ese Jack

está conspirando algo que seguro no será beneficioso para Robert. Sé que su madre jamás le haría daño a sabiendas, pero lo malo es que me parece a mí que puede ser fácil engañarla, porque su nuevo marido la tiene muy sometida.

-Conozco todos los clanes que viven en Escocia, si me dices a cuál pertenece ese Jack seguro que podré saber datos de su familia que podrán ayudar a Robert -dijo Archie con ciertas ínfulas.

-Ya no hay clanes en Escocia, ya no hay nobles que tiranicen al pueble, todos somos ciudadanos libres a los que sólo controla la ley -dijo entonces Peter con genio.

-Bueno, bueno, Peter, en nuestros tiempos también existen otras sutiles formas de tiranía. La historia no puede ser juzgada con la visión actual sino con la de esos tiempos, teniendo en cuenta la mentalidad que regía y era aceptada por todos -aclaró mi abuela.

-No sabía que hubieran desaparecido los clanes. ¿Por qué no me lo has contado, Bethia? -preguntó Archie.

-Ya te lo contaré, yo sé cosas de estos tiempos por Grace, por la noche que pasamos las dos hablando, habrá tiempo para que te explique todo -aclaró Bethia.

La mirada que me echó mi hermano decía lo mismo que yo estaba pensando: que estos dos no se irían jamás del mundo de los vivos, que las ruinas de su castillo desaparecerían de la faz de la tierra y ellos seguirían allí, aunque imaginé que mi hermano lo pensaba por Archie, que seguro que en lo referente a Bethia diría que era bueno tenerla cerca. Cuando se iban a ir, Archie volvió a hacer gala de lo torpe que debió de haber sido en vida, hizo que la taza nuevamente pareciera rozar sus inexistentes labios, intentando imaginar que nuevamente tomaba otro té, y al volver a dirigirla al plato la taza cayó estrepitosamente al suelo sin que mi abuela o Bethia llegaran a tiempo.

-Lo siento, Grace, me he distraído hablando contigo y no me he dado cuenta de vigilar a Archie.

-No pasa nada, Bethia -contestó mi abuela, en cuyo rostro se apreciaba que le había sentado fatal que la taza que personificaba para ella algún recuerdo se hubiera roto.

Volví a pensar que el corazón a veces estaba ciego. Estaba claro que Bethia superaba en todo a Archie, por muy hijo del jefe que fuera. ¿Cómo era posible que se hubiera enamorado de él?

-Grace, se ha roto limpiamente, yo la arreglaré, te la dejaré como nueva -dijo en ese mismo instante Peter recogiendo la taza del suelo.

-¿Abuela, por qué has pedido ayuda a Bethia y al otro fantasma? -preguntó William cuando nos quedamos solos.

-He pedido ayuda a Bethia y a Archie, porque sé que Stella hará excursiones con su marido, y la mayor atracción que tenemos por los alrededores, además de nuestro maravilloso paisaje, es ir a contemplar las ruinas del antiguo castillo del clan de los Mcdonald; allí las vistas son impresionantes no sólo por el verdor de los campos sino también por los altos acantilados que rodean nuestro mar. Stella lo llevará allí seguro, y todo lo que hablen quiero que sea escuchado por ellos.

-No, si de Bethia me fío, pero no de ese Archie -contestó mi hermano.

-Sé que también ayudará, estoy convencida de que su arrepentimiento es verdadero, máxime teniendo en cuenta que cree firmemente en el juramento de lealtad, y que ello ha influido en un espíritu….

-Un espíritu un tanto cobarde y pusilánime -dictaminé yo, interrumpiendo a mi abuela.

-Bueno, no seáis tan duros, cuando lleguéis a mi edad, bueno a la edad en que dejé de ser yo, no seréis tan exigentes, entiendo que con vuestra juventud juzguéis con más dureza el comportamiento de quien ha hecho sufrir tanto a un amigo tan querido como para vosotros es Robert, pero a medida que crezcáis la vida misma os enseñará a ser menos inflexibles. Ciertos sucesos, unidos a un espíritu un tanto débil como el de Archie, machacado por su padre, Sir Andrew, puede no justificar pero sí hacernos más comprensivos con él.

-¡De eso nada! -exclamé con dureza, abuela no se te olvide el sufrimiento de Robert desde que estaba en la cuna.

-No se me olvida, cariño, pero ese sufrimiento hay que dejarlo ya atrás. Robert necesita vivir plenamente lo que no ha podido vivir, y para ello es necesario que olvide, que disfrute del ahora, porque el

pasado no se puede cambiar. Además, si podemos aprovecharnos de la ayuda de quien le torturó tanto mejor que mejor.

A la mañana siguiente cuando nos encontramos con Robert en el instituto, lo vimos más animado y nos pidió que le dijéramos a nuestra abuela si tenía inconveniente en invitarle a su casa ese fin de semana.

-¿Regresa tu madre a Edimburgo? -pregunté.

-No, pero quieren aprovechar para hacer una serie de excursiones; ese Jack está muy interesado en conocer los alrededores. Me han invitado, pero les he puesto la disculpa de que tenía que hacer un trabajo con William.

-Robert, no nos has contado nada de la visita de nuestra abuela. ¿Qué te pareció? -preguntó William.

-Me pareció algo estupendo, ojalá viniera todas las noches. ¡Qué suerte tenéis!

-Ella quería saber que te encontrabas bien, te quiere mucho, Robert -dije yo.

-Lo sé, y os aseguro que su preocupación me hace sentirme más seguro.

-La abuela nos dijo que tu madre te quiere, Robert -volví a decir yo-. A lo que me contestó que no lo dudaba, pero que el problema estribaba en que ya se había acostumbrado a vivir sin ella, además su nuevo marido no le gustaba nada, pero nada.

Miré a mi hermano que iba a decir algo, que seguro que sería añadir más leña al fuego diciendo algo malo de ese Jack, cuando me sorprendió preguntando algo totalmente diferente, y que desde luego era interesante conocer. Mi hermano se limitó a preguntar si creía que su madre y Jack irían a las ruinas del catillo de los Mcdonald.

-Sí, irán, mamá dijo que jamás pudo ir a verlas porque mi padre no quería, y le contó a ese Jack que mi padre le pidió encarecidamente que le prometiera que jamás se acercaría por allí. Tengo que reconocer que me molesté bastante con ella cuando le comentó a ese hombre que mi padre no estaba bien de la cabeza, y que ella durante mucho tiempo pensó que yo había heredado sus desequilibrios mentales. ¡Pobre madre, qué sabrá ella!

Al preguntarle yo con pena si lo habían hablado delante de él, Robert me contestó que no, que cuando vio que hablaban entre ellos, se escondió para escucharlos ya que se había enterado por mi abuela que ese hombre le había pedido a su madre una serie de documentos que no deberían ser conocidos por Jack, aclarándonos que tenía que estar muy vigilante, porque aunque sabía que su madre jamás le haría daño a sabiendas, no se podía fiar porque Stella era una persona muy influenciable, además de débil, y que la creía capaz de tragarse cualquier trola de su marido.

-Nuestro querido fantasma estará muy atento a lo que pase en tu casa, Robert -aclaró entonces mi hermano.

-Lo sé, y no veáis la confianza que eso me da. ¡Dios mío lo que ha insistido mi madre para que fuera con ellos! Y os aseguro que aunque no me apetecía nada lo hubiera aceptado no por ella sino por el hecho de que ese hombre torció el gesto. Yo creo que temía que yo aceptara.

-¿Serías capaz de volver de nuevo a las ruinas del castillo, Robert? -volvió a preguntar William.

-Sinceramente todavía no, no siento ningunas ganas de volver a ver a Archie, pero sí me apetecería charlar de nuevo con Bethia, aunque puede que los dos se hayan ido ya al más allá, igual Bethia ha logrado convencerle.

Di una palmadita a mi hermano en la espalda, indicándole que de momento no dijera nada, que la abuela le explicaría todo perfectamente, lo que ella hizo cuando Robert eufórico, llegó a mi casa muy pronto, bueno tan pronto que a William y a mí nos pilló todavía en la cama.

-¿Estás segura, Grace, que en caso de necesitarlos tendríamos la ayuda de Bethia y Archie? -preguntaba Robert a mi abuela en el momento en que yo entraba en la cocina, encima con un pijama horrible pero que me daba un calorcito muy agradable, y toda despeinada. ¡Qué rabia me dio!

-Sabía que irían a visitar las ruinas, cualquier forastero que venga por aquí es lo que hace, y que yo sepa Jack no parece que conozca estos parajes. Allí, ese hombre puede decir algo que nos venga bien saber, y lo que diga será escuchado por Bethia y Archie que nos avisarán.

-Si no conocen ni a mi madre ni a ese hombre, no creo que sepan discernir ni lo que hablan ni a lo que se refieren. -comentó Robert.

-Bueno, he de confesarte algo, Robert, algo que yo no sabía, de lo que me enteré cuando fui a comprobar si seguían en las ruinas o se habían ido ya. Ellos conocen a tu madre y a Jack, Bethia quería saber qué tal estabas, y haciéndose invisible junto con Archie, te han visitado en un par de ocasiones, la última fue un rato antes de que yo también apareciera por allí, y por supuesto vieron y sabrán distinguir a tu madre y a Jack.

-¡Qué ese engendro ha tenido la desfachatez de presentarse en casa de Robert! ¡No me lo puedo creer! -exclamó William presentándose en la cocina con un aspecto más deplorable que el mío, aunque a él no le afectara como a mí.

-A mí tampoco me parece bien que se callaran cuando vinieron a vernos y no mencionaran que habían ido a casa de Robert -comenté yo, dando la razón por una vez a mi hermano.

-Yo fui la que dije que no lo mencionaran, que yo se lo contaría personalmente a Robert, porque temía vuestra reacción. ¿No os dais cuenta de que Archie se ha acercado a la casa y ni por un instante ha pretendido dañar a Robert? ¿No pensáis que nos interesa tenerlos como aliados y amigos?

-Sí, claro, abuela, pero es que para ti es muy fácil perdonar, ponte en la piel de Robert -contestó Williams.

-No, no me es fácil perdonar, me cuesta bastante, pero empleo la inteligencia e intento inculcar en Robert que es mejor olvidar para que pueda vivir su presente como no pudo vivir su pasado, por eso da la sensación de que perdono el tormento que ese engendro causó a Robert -dijo mi abuela-, y entonces, al escapársele la palabra engendro, me di cuenta de que la intención de mi abuela al disculpar siempre a Archie era motivada por lo que nos repetía: el no desear que Robert se anclara en su pasado, atado por el miedo o el rencor, que lo que quería era que olvidara, que Archie desapareciera de su mente, algo que no impedía aceptar su ayuda si con ella nos beneficiaba.

-Se ve que Archie ha entendido bien lo que es el juramento de lealtad, además me fio de Bethia, esa mujer debió de tener y sigue teniendo como fantasma la personalidad que siempre le faltó a Archie.

No te preocupes, Grace, mi animadversión hacia él no me va a atar a vivir por y para el miedo y el rencor. Tengo que aprovechar el tiempo, y además tienes razón, es bueno contar con toda la ayuda si realmente ese Jack quiere fastidiarme, y por otro lado, Archie me lo debe, así me pagará en parte el daño que me hizo -aclaró Robert con una sonrisa.

Lo miré embobada y en los ojos de humo o niebla de mi abuela se reflejó el orgullo que sentía hacia este amigo; hasta mi hermano reaccionó diciendo "qué grande eres, Robert" Cuando nos íbamos a sentar para comer, Peter entró excitado, y no hizo caso a mi abuela cuando ésta le ordenó, como siempre hacía, que se lavara las manos antes de sentarse a la mesa, orden que nuestro querido Peter solía obedecer como un corderito, y que esta vez pareció no escuchar.

-Ya sé a qué se dedica el marido de tu madre, Robert.

-¿A qué? -preguntamos todos al unísono, mientras yo fantaseaba que igual era un traficante de armas o de droga, que sé yo.

-Es un promotor inmobiliario. Se dedica a construir horrorosas hileras de pisos baratos, algunos de los cuales ya le han causado graves problemas, porque parece ser que emplea materiales pésimos; tiene varias denuncias en curso.

-¿Quién te lo ha contado? -preguntó mi abuela, que al escuchar el nombre de Oliver, pareció satisfecha.

Oliver era el dueño de la carnicería del pueblo, alguien de quien mi abuela se fiaba porque era un hombre cabal. Me di cuenta de que mi abuela quería saber qué persona le había contado esto a Peter, porque siempre nos había dicho que tuviéramos cuidado con las informaciones que nos llegaran, ya que dependiendo de quienes vinieran se podrían dar o no por válidas. Con ello nos quería enseñar a discernir a quien deberíamos dar credibilidad y a quien negársela hasta que no fuera confirmada por nosotros mismos.

-Me temo que las intenciones del marido de tu madre son claras, Robert -dijo mi abuela.

-Sí, yo también las imagino -contestó Robert con una triste sonrisa.

Capitulo 9

Bethia y Archie impiden un asesinato.

Nos enteramos de las intenciones del marido de Stella esa misma noche, justo cuando nos íbamos a sentar a cenar y recibimos la inesperada visita de Bethia y Archie. Parece ser que precisamente esa misma tarde Stella y Jack se habían acercado a las ruinas del castillo de los Mcdonald, y por supuesto escucharon la conversación con toda claridad.

El timbre de nuestra puerta sonó bastante fuerte, como si alguien lo apretara con contundencia. Peter fue el que abrió la puerta, diciendo en alta voz que iba a poner también un dispositivo que nos avisara si alguien cruzaba la valla de nuestra granja antes de acceder a nuestra casa, por supuesto que tuvo tiempo de decirle a mi abuela que hiciera el favor de hacerse invisible. El malhumor de Peter cuando oía que alguien tocaba el timbre se había acentuado desde que mi abuela se había convertido en fantasma, y su temor se agudizaba pensando que nuestro secreto podría peligrar. Al abrir y ver que no había nadie exclamó en voz alta un improperio que nos hizo reír a mi hermano y a mí, y que seguro que le costaría más tarde la regañina del comandante en jefe, nuestro adorado fantasma. En el momento en que iba a cerrar, la voz de Bethia, haciéndose visible, se lo impidió al tiempo que se disculpaba diciendo que como seguían sus consejos de hacerse invisibles cada vez que abandonaban las ruinas para no asustar a nadie, habían olvidado hacerse visibles cuando hicieron sonar el timbre con la fuerza mental que nuestra abuela había insistido que practicaran.

Mi hermano y Robert se levantaron con rapidez, observé a nuestro amigo, que al ver a Archie frente a la puerta había torcido el gesto, estaba claro que aunque estuviera dispuesto a que ni el rencor ni el odio influyeran en su presente, el ver a este fantasma le alteraba.

-Mi querida Bethia, con qué contundencia has logrado que sonara nuestro timbre, me alegro de que tu fuerza mental se haya desarrollado con tanta rapidez -replicó mi abuela haciéndose visible.

-Fueron tus consejos, querida Grace, quizás el haberla adquirido no me sea tan útil como a ti, ya que no tengo ni hijos ni nietos de los que ocuparme, pero siempre está bien ver que pese a nuestro estado todavía podemos aprender como cuando estábamos vivos -contestó Bethia con un deje de nostalgia.

-Pasad, pasad, volveremos a soñar que tomamos un rico té -volvió a decir mi abuela.

Vi que mi hermano, muy solicitó, se acercó a Bethia, yo creo que ante ella hasta se olvidaba de Archie y del mal rato que estaba pasando Robert al contemplar al ser que le había torturado.

Mi abuela se dio cuenta, pero no dijo nada, esperó. Creo que deseaba dejar que Robert decidiera, pero no fue necesario, en cuanto Archie lo vio él mismo se alejó de la puerta.

-Bethia, cuenta a Grace lo que oímos. Yo me quedaré esperándote fuera.

-Archie si te quedas fuera, haz el favor de volverte de nuevo invisible. No son horas para que pase nadie por aquí, pero mejor tomar precauciones -comentó ahora Peter todavía de malhumor.

Me di cuenta de que Peter se había encariñado tanto con Robert que sentía lo mismo que nuestro amigo, lo mismo que todos nosotros, y estoy segura de que también mi abuela, lo que ocurría era que ella era menos inflexible que nosotros, bueno tampoco estoy tan segura de esto, lo que realmente pienso es que ella se guardaba para sí esa actitud para intentar inculcarnos que en la vida todos merecemos una segunda oportunidad, aunque tenía claro que la abuela no dejaría pasar a Archie si el propio Robert no lo permitía. Fue en ese momento cuando Bethia se dio cuenta de que Robert estaba allí, se acercó a él con sus brazos de humo o niebla extendidos, como si quisiera abrazarlo, y le dijo que cuánto se alegraba de verle y de notar por su aspecto que se estaba recuperando. Vi que Robert la miraba con cariño, y que también miró hacia dónde debía de estar Archie que, haciendo caso a las malhumoradas palabras de Peter, parecía haberse hecho invisible.

-Archie del clan Mcdonald, hazte visible y pasa también; yo, Robert del clan Cameron, siguiendo el juramento de lealtad que pronunciaste te invito a entrar. Entre nosotros ya no existe rencilla alguna, y espero que jamás vuelvan a existir -declamó Robert, y a mí

me pareció estar viendo una escena de película.

Esas grandilocuentes palabras debieron de gustarle mucho a Archie, porque al instante se hizo visible, y en su rostro apareció un gesto que yo interpreté como de sentirse sumamente agradecido.

-¿Te das cuenta de la grandeza de espíritu del último descendiente del clan Cameron, Archie? Agradece su nobleza, y cuenta lo que oíste, lo que llegaste a hacer para ayudarle, con ello le mostrarás que solo quieres redimirte por el daño que causaste -dijo entonces Bethia.

Realmente estábamos presenciando una escena que bien podía ser normal en el siglo en que estos fantasmas vivieron, pero que en nuestra época actual hubiera sido considerada totalmente ridícula y anacrónica. Seguro que nos hubiera provocado risas si no fuera porque realmente lo que nos importaba era saber qué había pasado y sobre todo en qué habían ayudado a Robert.

-Chicos, vayamos todos al salón, tenemos que oír lo que nos cuenten Bethia y Archie, pero por favor que alguien nos traiga unas tazas de té, el soñar no está reñido con escuchar las noticias, sean las que sean.

-Yo las traigo, Grace, además ya he pegado la que se rompió -dijo Peter que, mirando con inquina a Archie, añadió que esperaba que no se volviera a romper otra más.

-Gracias, Peter, pero ahora vayamos y soñemos también que descansamos frente al maravilloso fuego de la chimenea -contestó mi abuela con ironía.

Mi abuela se sentó frente a Archie y Bethia, mejor dicho soñó que realmente se sentaba. Unos segundos antes William muy atento porque parecía querer hacer méritos de buena educación para que Bethia lo viera, se había apresurado colocando en ese lugar su sillón favorito.

-Gracias, querido nieto, te estás convirtiendo en una persona sumamente amable y educada -dijo entonces mi abuela de nuevo con ironía, pero mirando a la vez a William con un matiz de ternura en sus ojos traslucidos.

Vi que Archie permanecía agachado, todos entendimos que era por la presencia de Robert, que en cambio contemplaba la escena con

serenidad. Cuando Peter colocó las tazas en sus respectivos platos en la mesita de centro, sin dejar de mirar a Archie con cara de pocos amigos, algo que este fantasma no parecía percibir por lo avergonzado que parecía sentirse, no se cohibió al decir:

-¡Archie, último descendiente del clan Mcdonald, espero que su señoría haya practicado desde la última vez y no vuelva a romper un objeto que es tan amado por su anfitriona -fue lo que dijo, sin importarle lo que sabía que vendría luego, la reprimenda de mi abuela.

Nuevamente volvimos a escuchar esa forma de hablar caduca y pensé con horror que igual a partir de ahora a todos nos daba por hablar así, porque como mi abuela nos había repetido siempre: todo se contagia, hasta la idiotez.

-No la romperé, Peter, he practicado concienzudamente desde el día en que dejé caer la taza de Grace -habló entonces Archie, levantando en ese instante el reflejo de lo que había sido su rostro.

Hizo que la taza volara del plato hasta sus inexistentes dedos, y procedió a soñar con que realmente bebía su contenido, después de lo cual, volvió a conseguir que la taza volara hasta el plato en la mesa. Vi que mi abuela observaba con interés la escena, y que Bethia lo miraba con orgullo, y pensé en lo que se habría tenido que esforzar ella para haber conseguido que el pusilánime y torpe Archie lograra hacerlo con tanta precisión. Observando simultáneamente a mi hermano y a Robert me di cuenta de que ambos, al igual que yo, intentábamos reprimir la risa cuando percibimos que durante todo el proceso, el bueno de Peter no había hecho otra cosa que seguir con sus manos el volar de la taza, que el poderío mental del fantasma había conseguido hacer realidad, seguramente hasta agotar a Bethia, si un fantasma fuera capaz de agotarse.

-Muy buen trabajo, Archie, pero empezad a contar lo que le habéis oído hablar a mi madre y a su marido -dijo entonces Robert.

-Empieza tú, Archie -dijo Bethia.

-Quieren robarte, Sir Robert, último descendiente del clan Cameron, ese Jack quiere quitarte lo que por sangre te pertenece -habló Archie con gran solemnidad.

-¿Contribuye mi madre a ese plan? -preguntó Robert, y yo rogué

para que Archie dijera que no, que Stella no tenía nada que ver, pero la respuesta del fantasma fue un tanto rara, al contestar que en parte sí y que en parte no.

-Explícate bien, Archie, -volvió a preguntar Robert, omitiendo la parafernalia que tanto debía de gustar al fantasma de mencionar su nombre a la vez que el de su clan.

-Robert, tu madre está siendo engañada por ese hombre, totalmente engañada por él, en principio parecía creerle, estoy segura de que pensando que sería bueno para ti, pero fue capaz de darse cuenta, de recapacitar antes de firmar -contestó Bethia

-¿Qué pensaba firmar mi madre? -preguntó con dureza Robert.

Noté la mirada triste en los ojos de mi abuela, Peter y William también esperaban, todos deseábamos que esa contestación que Robert temía nos aclarara en verdad que Stella jamás haría un daño consciente a su hijo. Si la respuesta no era la deseada por Robert, se hundiría más, le costaría más remontar, conseguir lo que se merecía: una vida plena y feliz.

.Miré a Robert, dándome cuenta del nerviosismo que le invadía, porque una cosa era que ya supiera que ese Jack tramaba algo, y otra muy distinta que de alguna forma su madre hubiera estado enterada del avieso plan. Me aferré con fuerza a las últimas palabras de Bethia en las que dijo que al final su madre pareció haber reaccionado. Hubiera sido terrible para él enterarse de que, una vez más, su madre le había fallado.

-Ese hombre insistía para que tu madre firmara un papel en el que parece ser que, como tutora tuya, podría reclamar tu internamiento en un centro especializado para tratar enfermedades neuronales, pero te repito que no llegó a hacerlo. Creo que al final, por mucho que ese hombre insistiera y le hubiera hecho dudar, prevaleció en ella el cariño que en verdad siente por ti.

Robert no dijo nada, creo que en esos instantes dejó a un lado el detalle principal, que su madre no llegó a firmar el maldito documento, centrándose sólo en el hecho de saber que ella, aunque fuera por un instante, parecía haber dudado.

-Te voy a detallar la conversación que ambos mantuvieron para que te enteres de absolutamente todo -siguió diciendo Bethia.

-Robert, querido, escucha todo con atención, no te quedes sólo con una parte -aclaró mi abuela, dándose cuenta del cúmulo de sentimientos que embargaban a nuestro amigo.

-Parece ser que Jack debía de haber insistido antes para que tu madre firmara, algo que ella no se había atrevido todavía, y que ese hombre, en su intento por convencerla, pensaba conseguirlo durante la agradable excursión que había planeado -siguió contando Bethia, al tiempo que mirando a Archie le dijo que sería conveniente que ambos, que habían memorizado todo, reconstruyeran esa misma conversación haciendo el papel de Stella y Jack.

-¿Jack, por qué has traído el dichoso documento? -preguntó Bethia en su papel de Stella, mientras miraba fijamente a Archie convertido ahora en Jack. Con lo bien que lo he pasado, no quiero pensar en eso ahora -continuó diciendo "Stella"

-Stella, ya te he explicado que todo lo hacemos por el bien de tu hijo. Vuestra casa está ruinosa, pero sé que tu hijo no firmará voluntariamente, por eso te pido que por su bien firmes el papel, sólo sería por un tiempo corto, el necesario para que mi cuadrilla venga rápidamente y derribemos esas ruinas. Nos haremos ricos con los pisos que construyamos, tu hijo se hará rico, piensa en él -declamó Archie un poco ampulosamente, o quizás imitando perfectamente el modo de hablar del tal Jack.

-Sé que es por el bien de mi hijo, que podríamos hacerle rico para el resto de su vida, pero no me gusta tener que internarlo. Él está bien, Jack, no soporto causarle ese sufrimiento -contestó "Stella."

-Tú misma me has dicho que estás segura de que Robert, como legítimo heredero, jamás nos daría el permiso para la demolición de esa ruina. No nos queda otra solución que firmar este documento. Te repito que sólo sería por un corto espacio de tiempo. Puedes alegar que tu hijo ha vuelto a padecer una crisis con diferentes tics nerviosos que le obligaban a pegarse de continuo; lo internas y luego lo sacas de ahí en el momento en que él no pueda poner inconveniente alguno, ya que la ley, debido a su estado, te otorgará sin problemas el derecho para decidir sobre el patrimonio heredado de tu hijo -volvió a declamar Archie, muy metido en el papel de Jack.

-Sé que todo lo piensas por el bien de mi hijo, pero no puedo hacerlo, Jack, porque Robert no me lo perdonaría jamás, y esto no lo

soporto, prefiero no hacerle rico, estoy segura de que mi hijo, con su inteligencia, sabrá salir adelante. No puedo, Jack, te lo dije en casa y te lo digo ahora. -siguió teatralizando Bethia, que desde luego hubiera podido ser una gran actriz.

-¿Pero no te das cuenta de que el dinero que le ha dejado tu marido es una porquería para lo que tendría si podemos seguir con nuestro plan?-preguntó Archie convertido en Jack.

-Lo sé, lo sé, pero no puedo, Jack. ¿Y si al internarlo, ahora que parece curado de sus tics, apareciera de nuevo su enfermedad? Me encantaría ver a mi hijo rico, con dinero suficiente para que no tenga los problemas que yo he tenido, trabajando en mil cosas para mandar dinero para su manutención, pero no puedo, no puedo firmar tal cosa. -contestó Bethia, en cuyo rostro de niebla o humo, creí hasta ver la cara de Stella, por lo bien que interpretaba su papel.

-¡Eres una estúpida! Me has hecho perder un tiempo precioso diciéndome ya lo firmaré, espera un poco, para al final negarte. ¿Sabes el gasto que me va a suponer con obreros y maquinarias ya contratadas? -volvió a declamar Archie, tan metido en el papel de Jack, que creo que llegamos todos a creer que realmente escuchábamos la conversación que ambos habían mantenido.

-Lo siento, Jack, siempre he creído en ti y apoyaba tu proyecto, pero no puedo hacerle eso a mi hijo, no lo interné cuando resultaba horrible contemplar las extrañas reacciones que desde niño mostraba, y menos lo voy a hacer ahora que está curado, totalmente curado. Al declamar Bethia este fragmento, me di cuenta de que Archie había bajado su cabeza como si realmente se sintiera avergonzado.

-Tenéis los dos una memoria prodigiosa, y me cuadra perfectamente con las personalidades de Jack y Stella -dijo entonces mi abuela. ¡Qué magníficos actores sois! -exclamó nuevamente.

-Bueno, es que escuchamos muy pegados a ellos, y luego Bethia me hizo repetir un montón de veces lo que habíamos memorizado para contaros todo con exactitud -aclaró ahora Archie con un énfasis de orgullo.

-¿Qué pasó luego? -preguntó Robert con gesto serio, sin dejar traslucir lo que verdaderamente estaba sintiendo

Vi que Archie volvió a agachar el reflejo de su rostro hacia el suelo, como si de nuevo se sintiera avergonzado, pero ahora fue Bethia la que le animó.

-Cuéntalo, Archie, cuéntalo, porque estos amigos entenderán que tu acción fue necesaria y buena para Stella. Robert comprenderá que con ello no incumpliste tu juramento de lealtad, tu acción salvó a su madre -insistió Bethia.

-Jack se puso violento, empujó a tu madre mientras ella le decía que la comprendiera, que lo quería, pero que jamás podía hacerle eso a su hijo, ni por él ni por todo el dinero del mundo, pero ese hombre parecía fuera de sí, le repetía a tu madre que por qué le había hecho creer que llevarían a cabo el plan, que le había engañado, mientras Stella, presa del llanto, seguía diciendo que en principio había pensado que sería un buen plan, y que incluso había creído que podría convencerte antes de tener que llegar a internarte -contó Archie sin terminar de explicar en qué consistió su acción, porque fue interrumpido por Robert.

-Es cierto, mi madre intentaba convencerme de que mi casa no era un lugar adecuado para vivir, y por supuesto que no la escuché, pero perdona, Archie, te he interrumpido, sigue contando por favor.

-Pues como os estoy contando, la tensión subía por momentos, ese hombre repetía a Stella que por qué le había hecho creer que te internaría, y ella decía que había confiado en que podría llegar a entender que como madre no podía hacerle eso a su propio hijo, y que prefería perderlo que dañarte más de lo que te había dañado por su falta de valor, y fue en este momento cuando ese hombre, ya fuera de sí, arrinconó a tu madre en un hueco de la roca y comenzó a apretar con las manos su cuello. Entonces, sin pensarlo, volví a convertirme en el infecto reptil que tanto te atormentó, Robert, y trepé por sus piernas, rodeando su cuello para hacerle sentir, si no la realidad de una verdadera asfixia como experimentaba tu madre, sí la sensación de ella. Algo debió de sentir porque vi como aflojaba sus dedos del cuello de Stella, y que apartó repentinamente sus manos del mismo, cuando al introducir el reflejo de mi cara entre la suya y la de tu madre me vio. Supe que era capaz de verme, porque emitió un chillido espeluznante y salió corriendo mientras tropezaba y caía en varias ocasiones.

-¿Qué pasó con mi madre? -preguntó Robert con la cara pálida.

-Estuvo un rato llorando convulsivamente, y luego salió de allí. No te preocupes, antes de venir aquí, envueltos en nuestra invisibilidad, la seguimos a tu casa. Tranquilo, está bien, no te preocupes, Robert -

dijo entonces Bethia con el deje de ternura al que nos tenía acostumbrados.

-Debo irme a casa, tengo que ver que se encuentra bien.

-Te acompañarán mis nietos y Peter -aclaró entonces mi abuela.

Nos levantamos del asiento, impresionados por todo los que nos habían contado Bethia y Archie, y me di cuenta de que ya no miraba ni sentía ese rechazo feroz hacia Archie, que su acción de ahora le había redimido, no del todo pero si bastante ante mis ojos, aunque seguía creyendo que todo era debido a Bethia, ella sí que era un ser humano que mientras vivió debió de ser una gran persona, y que como fantasma seguía siéndolo.

Mis sentimientos hacia Archie no sólo parecían que hubieran cambiado en mí, sino también en el resto que escuchamos el relato, reflejados en los diferentes comentarios que los demás hicieron.

-Actuaste muy bien, Archie, tu acción hubiera sido motivo de orgullo para los héroes que tuvieron la suerte de tener el clan Mcdonald -dijo mi abuela.

-Sí, Archie, hiciste lo correcto, muy bien hecho -continuó diciendo Peter.

-Perfecto, todo lo habéis hecho los dos de maravilla -aclaró mi hermano, introduciendo en el paquete de alabanzas a su admirada Bethia, algo que yo pensé que realmente era lo justo, porque sin ella Archie no se habría redimido.
-Sí, os felicito a los dos -dije yo en mi turno, sintiendo que todos estos halagos parecían emocionar a ambos fantasmas.

Yo miraba a Robert, esperando que él dijera algo, aunque sabía que igual su conmoción, y sobre todo el enterarse de lo que podía haberle pasado a su madre, lo mantenía paralizado.

-Archie, último jefe del clan Mcdonald, te felicito, tu actuación ha sido propia de un valiente. No has quebrantado tu juramento de lealtad, ten la seguridad. Lo digo yo, Robert, último descendiente del clan Cameron, porque con ella salvaste a un ser humano, mi madre.

Noté el orgullo que las palabras de Robert provocaban en Bethia, y sobre todo en Archie, y pensé en lo inteligente que era Robert, capaz

en esos momentos de hablar con el ampuloso lenguaje que tanto gustaba a Archie; además había pronunciado la palabra último jefe del clan, detalle que debió de agradarle más aún, aunque esa apreciación no hubiera sido correcta, porque Archie había muerto antes que su padre, que siguió ejerciendo el poder hasta que murió de muerte natural, y a saber a quién habría elegido como sucesor suyo, algo que no me interesaba conocer.

Sabía que mi abuela nos acompañaría a casa de Robert, a pesar de los reproches de Peter que recalcó que para protegernos en unos caminos, que no eran para nada peligrosos, se bastaba él solo.

-Ni tú ni mis nietos seréis capaces de contarme todo con exactitud, quiero enterarme de lo que allí se dice -fue la contestación de mi abuela, antes de dirigirse personalmente a Robert y aclararle que no pensara que lo hacía por cotillear, pero que necesitaba saber in situ que todo iba ahora bien.

-Me alegro de que vengas, te lo iba a pedir, Grace. Sé que voy a necesitar tus consejos, y estoy seguro de que aunque te lo contáramos, jamás explicaríamos las cosas como han hecho Bethia y Archie -contestó Robert, lanzando de nuevo un halago hacia estos fantasmas, que probablemente habían evitado que su madre hubiera sido estrangulada por ese mezquino hombre.

Salimos todos de casa, y antes de que Peter hiciera la repetida recomendación, mi abuela se hizo invisible, así como Bethia y Archie que partieron para su hogar: las ruinas de lo que fue el castillo del clan de los Macdonald.

-Necesito tenerte cerca, Grace -aclaró Robert, mientras yo pensaba en la facilidad que tenía para ganarse a mi abuela, lo que me complacía enormemente.

Capitulo 10

La conversación.

Encontramos a la madre de Robert fuera en el jardín, totalmente encorvada, tapando su cara con las manos, y escuchamos sus broncos sollozos. Me dio mucha pena, parecía que era un juguete roto. Vi que Robert, muy impresionado, la miraba sin hacer nada, y fue la reacción de mi abuela diciéndole al oído que se acercara, que su madre le necesitaba, lo que logró que saliera de su ensimismamiento.

-¡Madre! -exclamó-, al tiempo que colocándose frente a ella posó su mano en el hombro de Stella, y entonces, al alzar ella su mirada, una mirada que reflejaba el terror que había pasado, contemplamos cómo se abalanzó a los brazos de su hijo, que la apretó fuertemente contra sí.

-¡Robert! No te esperaba, creía que te quedarías esta noche a dormir en casa de tus amigos. ¡Qué alegría, hijo mío! -exclamó tiritando de frío.

-Entremos dentro, mamá, allí hablaremos -pidió Robert.

Momento que aprovechamos para decirle que nosotros volvíamos a casa; Todos entendíamos que esa conversación sólo podía ser escuchada por él, su madre, y por supuesto el fantasma de mi abuela, que enterándose de todo podría luego aconsejar convenientemente a nuestro amigo.

En esos instantes fue cuando Stella se dio cuenta de nuestra presencia, y se sintió obligada a decirnos que por favor entráramos, que nos prepararía un cacao caliente antes de que volviéramos de regreso a nuestra casa, que rechazamos no sin dar las gracias, y regresamos con Peter a nuestro hogar. La mesa estaba ya puesta con la comida fría que no habíamos tomado por la visita de Bethia y Archie, yo no tenía hambre, sólo un nudo en el estómago, pero me mostré muy condescendiente y dije que se sentaran los dos, que yo calentaría la cena tan rica que mi abuela había preparado, aunque por supuesto a mí me era imposible tomar nada.

-¿Qué le pasa a ésta? -pregunto William mirando a Peter, no quiere comer y encima nos va a calentar la cena. No le contesté, lo hizo Peter por mí afirmando que yo estaba muy emocionada.

- Es que lo que acabamos de vivir me hace recordar lo afortunada que soy, con un hermano como tú -dije abrazando sorpresivamente a mi hermano. Con una especie de abuelo como Peter -volví a decir abrazándolo también a él. ¡Qué suerte la nuestra, tener una familia tan unida y normal! -exclamé por último.

-No te pases, Alice, unidos sí, pero normal no tanto, que nuestra abuela es un fantasma.

-Grace es ella, siempre lo será con o sin envoltura corporal. Delante de mí ni se os ocurra llamarla fantasma -dijo con genio Peter, que se le pasó cuando empezó a comer las deliciosas salchichas calientes que tanto le gustaban.

Los tres quisimos esperar a mi abuela, enterarnos de cómo había transcurrido la conversación de Robert con su madre. Yo confiaba en que todo se arreglara entre ellos, creo que lo necesitaban y merecían, pero sobre todo lo deseaba por Robert, para que pudiera cerrar otro capítulo más de su vida que le había resultado doloroso, y comenzara a vivirla tal como él se merecía.

¿Chicos, no creéis que Grace se está retrasando mucho? No sé, creo que voy a salir a su encuentro.

-Peter, hace mucho frío, la abuela vendrá pronto -contestó William muy satisfecho porque además de calentarles la cena, les había preparado y servido un rico cacao.

-No hemos pensado que ese Jack podría volver y hacerles daño. Nos teníamos que haber quedado allí, al menos yo -contestó Peter.

-A la abuela no puede hacerle daño, Peter -dijo mi hermano callándose al instante, y adiviné que se preguntó lo mismo que yo me estaba cuestionando en ese mismo instante. ¿Y si iba y se lo hacía a Robert o a su madre?

A partir de ese momento, el tiempo se nos hizo eterno. Cuando la abuela apareció fue mi hermano el que se abalanzó sobre ella atravesando su cuerpo de humo o niebla, pero no cayó de bruces en el suelo como tantas veces me había pasado a mí, simplemente se dio con la cabeza en la puerta de la calle, la que acababa de traspasar mi

abuela.

-Bien, ya veo que estabais impacientes -dijo mi abuela, después de mirar el ligero chichón de William, que muy atento colocó tras ella su sillón favorito y avivó el fuego de la chimenea, con la intención de que soñara con esa sensación.

-Todo ha resultado mejor de lo que esperaba. Stella y Robert han hablado largo y tendido. ¿Sabéis lo que pretendía ese hombre? -preguntó mirándonos.

-Hacer, en lo que fue el castillo del clan Cameron, una hilera de pisos iguales y horrorosos de baja calidad, y venderlos a unos cuantos descerebrados que quieren disfrutar de este paraíso, sin importarles destrozar el paisaje -contestó Peter.

-Peter, no seas tan duro, la responsabilidad no es de la gente que compra esas casas para disfrutar de estos maravillosos parajes, porque los que los compran son gente que no pueden permitirse el lujo de acceder a una construcción que no destroce el entorno. Esa gente tiene derecho a disfrutar de esto. Los responsables de que se destruya un entorno son las autoridades pertinentes, y la gente sin escrúpulos como ese dichoso Jack.

-Lo que no puedo entender es que Stella no se resistiera desde el principio a esa peregrina idea -comentó William.

-Eso fue algo que Robert le reprochó muy duramente, aunque se serenó enseguida cuando sintió que yo pellizcaba su brazo, dándole a entender que escuchara, que esperara a la explicación de su madre antes de enfadarse.

-¿Lo explicó Stella? -pregunté yo.

-Sí, lo hizo, básicamente le contó lo que antes nos habían relatado Bethia y Archie, pero escuchado de la propia voz de Stella, que añadió nuevos datos, se pudo entender mejor incluso llegar a comprender sin estar de acuerdo.

-¿Qué contó de nuevo? -preguntó ahora William.

-Parece ser que el dinero que el padre de Robert le dejó no era una gran suma, dinero que Stella quiso preservar, aun llegando a pasar verdaderos apuros económicos desde que se fue a Edimburgo. La

madre de Robert se ha ocupado de mandar dinero al que fue el gran amigo de su padre, el director de vuestro instituto, que ha sido el encargado de estar al tanto de los gastos que generaba la casa -siguió relatando mi abuela.

-Bien, pero todo esto no le da derecho para haber pensado por un instante seguir los planes de ese miserable -volvió a decir William.

-Esperad a que os cuente todo, no juzguéis tan severamente -aclaró mi abuela-. Stella ha confesado a su hijo que ella, después de recibir la carta del director, y volverse loca de alegría, escuchó lo que le dijo su marido, que debía de tener presente que igual era algo momentáneo y que tenía que estar preparada, y pensar que esos tics nerviosos del chico pudieran volver a repetirse, invalidando a Robert para poder ganarse la vida como una persona normal.

-¡Qué fuerte¡ -exclamó mi hermano sin importarle la petición de mi abuela de que esperáramos a que nos contara todo.

-Sí, es fuerte -respondió mi abuela, sin que pareciera molestarle otra nueva interrupción, pero tal como ella dijo estaba tan enamorada de Jack, había sido tan tonta creyendo en él, que sólo reaccionó cuando éste le exigió que encerrara a Robert en alguna institución el tiempo necesario para que ellos pudieran acometer "el plan urbanístico" que los haría ricos, sobre todo a Robert.

-Pero está claro que ella había dudado, que sólo lo rehusó cuando ese tipejo la llevó a pasar un estupendo día, en el que seguro que la invitaría a una espléndida comida, y luego en las ruinas le sacó el documento -hablé yo ahora con más indignación que antes había mostrado William, con la confianza de que si la abuela había tenido paciencia con las interrupciones de los demás, debería tenerla también con la mía.

-Está claro que vamos a quedarnos toda la noche en vela, bueno vais a quedaros para ser más exactos, ya que no me dejáis terminar -contestó mi abuela, dándome a entender que se le estaba agotando la paciencia.

-Robert le dijo a su madre que ya entendía el por qué ella había intentado hablar insistiendo en que la casa de sus antepasados era una ruina, y que adivinó lo que ese hombre quería, por eso no la escuchó. Recriminó a su madre al preguntarle cómo era posible que se hubiera enamorado de semejante hombre, a lo que Stella, avergonzada, le

respondió que quizás porque ella no era una persona inteligente, y muy propensa a dejarse engañar por cualquiera -siguió contando mi abuela.

William volvió a interrumpir, diciendo que la pregunta de Robert a su madre cuestionando cómo había podido haberse enamorado de ese tipo fue fantástica, y mi abuela, con un gesto de su etérea mano le indicó que callara y volvió a tomar la palabra.

-Como no vais a dejarme terminar, y sobre todo mañana no tenéis que madrugar, acepto las interrupciones, así tengo compañía esta noche, porque he de confesaros que las noches son para mí bastantes aburridas, a pesar de los paseos que me doy por vuestras habitaciones para comprobar cómo estáis. Así que ahora te toca a ti , Alice, y también a ti, Peter -dijo mi abuela con su fina ironía.

-No, si yo lo que quiero es que llegues al momento en que Robert confiesa a su madre cual fue el motivo que provocó esos tics nerviosos que tanto parecían asustarla, consiguiendo que lo abandonara -contesté yo.

-Tranquila, llegaré a ese momento, pero antes he de contaros que Stella confesó con total sinceridad que ella, al revés que el padre de Robert, procedía de una familia muy, muy humilde, y que aceptó el ofrecimiento de casarse con su padre pensando que cambiaría su destino, ya que en su intento de convertirse en una actriz reconocida había fracasado rotundamente; lo más que había conseguido era interpretar algún insignificante papel en una obra de teatro, pero sus sueños se hicieron añicos cuando al llegar aquí lo que había soñado como un maravilloso castillo fue una casa que le pareció deprimente, unido a que al padre de Robert se le intensificó todavía más su raro carácter y sus múltiples tics que para ella llegaron a ser insoportables.

-Nada, que lo único que quería era justificar por qué abandonó a Robert a su suerte -dijo entonces Peter.

-No, no intentó justificarse, confesó a Robert que cuando él nació se sintió la mujer más feliz del mundo, pero cuando comprobó que su bebé comenzaba a repetir los mismos tics que su padre, del que enviudó pronto ya que se suicidó, no pudo soportarlo, que fue más fuerte que ella. Stella pidió perdón arrodillada ante su hijo, diciendo que ojalá hubiera sido más fuerte, pero que sólo pudo aguantar unos pocos años, porque sentía que iba a enloquecer, y por ello, después de buscar desesperadamente a alguien que estuviera dispuesta a vivir allí,

y conseguir que Louise se quedara como empleada fija en la casa, regresó a Edimburgo.

-Todo eso está muy bien, y Robert lo conoce. ¿Pero dinos cómo justificó ante su hijo que hasta el último momento hubiera pensado firmar el documento en que lo encerrarían hasta que ella y su marido finalizaran su plan? -preguntó William.

-Le dijo a Robert que siempre le dio largas a Jack, hombre del que sí creyó haberse enamorado profundamente, pero nunca pensó realmente firmarlo, que aunque le tentaba el deseo de proporcionarle dinero suficiente para toda su vida, no hubiera podido hacerlo. En principio confió en convencerle a él, y cuando vio que no parecía querer escucharla, intentó creer que podría conseguirlo de Jack, del que pensaba que realmente también estaba enamorado de ella.

-Vale, abuela, pero por favor sáltate algo con respecto a la justificación del comportamiento de Stella, y acláranos qué le explicó Robert a su madre con respectos a sus tics.

-Pues fue más sencillo de lo que pensáis. Robert, al interesarse y mirar los moretones que Stella tenía en el cuello, le preguntó a su madre cómo había podido deshacerse de Jack una persona con una envergadura física considerable, y entonces Stella le explicó que no lo entendía, que se alejó de ella gritando como un poseso, como si tuviera unas visiones difíciles de soportar, momento en que Robert dijo claramente que ese malnacido tenía una percepción lo suficientemente desarrollada como para ver fantasmas.

-¡Espero que al contarle el secreto de por qué él se había comportado de forma tan extraña, le creyera! -exclamé excitada.

-Tuve que darle otro toquecito de atención indicándole que era el momento de confesar la verdad. Robert me entendió, y sentándose con su madre le contó toda la historia desde el tiempo de las luchas que los clanes Cameron y Mdcdonald sostuvieron. Stella se quedó con la boca abierta, no sé si creyó a su hijo, pero vi que lo abrazaba con desesperación.

-¿Por qué no te mostraste ante ella? -preguntó William, seguro que así se habría convencido.

-No era el momento -dijo mi abuela, primero porque ella no tiene la percepción necesaria para verme, y segundo porque fue bastante

con oírle contestar a su hijo como lo hizo, con independencia de que creyera o no en lo que él acababa de confesarle.

“Robert, creeré lo que quieras que crea, hijo mío, lo único que me importa es tu perdón y saber que te has curado,” fueron las palabras de Stella a su hijo que la abuela nos repitió.

-¡Es que debería creerle sin más! -exclamé yo muy exaltada-, añadiendo luego que en cambio sí que había podido creer antes a ese detestable Jack.

-Escucha, Alice, escúchame, te acuerdas cuando te hablé de lo que es la fe religiosa, explicándote que se tiene o no se tiene, que nuestra única obligación, independientemente de si la poseemos o no, es respetar lo mismo al que la posea que al que no, pues en este caso es igual, lo que importa es que Stella escuchó a su hijo, respetó lo que él le contó. Además me enteré a lo largo de esa conversación que Stella ha vivido muy precariamente en Edimburgo, alquilada en una pequeña habitación, porque su preocupación era que Robert, aún sin ella, no careciera de nada, y eso debería lograr en nosotros que no la juzgáramos tan duramente.

-¿Por qué le contó a Robert que vivía tan precariamente, no será para que él se compadeciera y olvidara todo? -preguntó mi hermano, añadiendo que para él era otra forma de justificarse a sí misma.

-No, fue porque en un momento Stella le preguntó si quería que se quedara a vivir allí, o prefería volver con ella a Edimburgo, indicándole que últimamente parecía que le iban mejor las cosas, porque había hecho un curso intensivo de maquillaje, y empezaba a ser solicitada, ya que fue muy aplaudida cuando consiguió maquillar y disfrazar al actor que había personificado el personaje de Quasimodo, cuando en el teatro se escenificó “El jorobado de Notre Dame”. Stella tiene la intención de alquilar un piso pequeñito en el que podrían vivir los dos.

Confieso que me quedé triste, pensando que Robert pudiera aceptar la proposición de su madre y que entonces dejaríamos de verlo, y me llevé una gran alegría cuando me enteré de sus intenciones sin cuestionarme cómo se encontraría Stella ante esta decisión de su hijo. En esos momentos no imaginé la gran ayuda que esa mujer nos iba a brindar.

Cuando Robert apareció por nuestra casa nos explicó que su madre

estaba ya más tranquila, aunque él la había convencido para que se fuera de nuevo a Edimburgo, donde tenía su vida, y le esperaban nuevos encargos en su faceta de maquillar y disfrazar perfectamente al actor o actriz que tuviera que representar un papel en el que fuera necesario camuflar su verdadero aspecto.

-Mi madre está más animada, al final ha entendido que lo mejor que le podía pasar era que ese hombre desapareciera de su vida. Intenté convencerla para que denunciara la agresión sufrida, pero no quiere, dice que es mejor no volver a verle la cara. Además no tiene testigos, bueno si los tiene, pero por desgracia no podemos presentarlos. Yo mismo me he puesto en contacto con el abogado de nuestra familia, y éste ha logrado entrevistarse con el maldito Jack, que ha firmado sin rechistar los papeles del divorcio que se le han presentado. Nuestro abogado nos ha explicado que le encontró con un nerviosismo que no podía disimular, y que por lo que ha averiguado tiene que afrontar una serie de denuncias puestas por personas que le habían comprado los pisos, pisos en los que parece haber surgido grietas sospechosas y que se inundan por goteras en cuanto llueve.

-¿Está de acuerdo tu madre con volver a Edimburgo? -preguntó mi abuela, porque tengo la impresión de que le gustaría quedarse a vivir contigo.

-Voy a ser sincero, soy yo el que prefiere seguir viviendo solo, y así se lo dije-contestó Robert, pero os aseguro que lo he confesado con cuidado, haciéndole ver que aquí ella no tenía futuro, que entendiera que era lo mejor para los dos. He conseguido que comprenda que la separación no durará mucho, porque al quedarme poco tiempo para ir a la Universidad, que lógicamente me obligará a vivir en Edimburgo, podré vivir con ella, y eso le ha animado enormemente.

-Eso le ayudará a seguir luchando mientras te espera -contestó mi abuela con una tristeza que todos percibimos.

-¿Grace, crees que he sido cruel al hablar claramente con mi madre y decirle con sinceridad que prefiero seguir viviendo solo? -preguntó Robert con preocupación.

-No, cariño, lo entiendo, y es más creo que será lo mejor para los dos. Tú no estás acostumbrado a ella, lo que no significa que no la quieras, y para Stella sería muy duro permanecer aquí. En Edimburgo ella tiene su vida, y luchará para que a ti no te falte de nada. Además, sé que cumplirás tu promesa y que cuando vayas a la Universidad

vivirás con ella. ¡Madre mía, y pensar que antes de que nos demos cuenta, tú y mi nieto iréis a la Universidad! -exclamó mi abuela.

Acostumbrada como estaba a analizar los gestos y las expresiones en el rostro de humo o niebla de mi abuela, pensé que esa melancolía suya se debía a que Robert le había recordado que iría a la Universidad pronto, y con él mi hermano, pues ambos tenían la misma edad, y entonces, dejando a un lado mi alegría al enterarme de que Robert no se iría, me pregunté si llegado ese momento mi abuela, por el hecho de que William cumpliría su mayoría de edad y podría convertirse en mi tutor legal, partiría hacia el más allá, y me sentí paralizada por el miedo pensando preguntárselo delante de todos, pero la interrupción de Peter, que vino a contarnos el problema que se nos venía encima, un problema que hasta el momento ni nos habíamos planteado, consiguió que aparcara la pregunta.

Capitulo 11

La ayuda de Stella

Grace, chicos, he de hablaros, tenemos que ver cómo solucionamos este nuevo problema -dijo Peter muy alterado.

-¡Otro problema más! -exclamó mi hermano.

-Sí, otro problema más -contestó Peter cansinamente.

-Explícate, Peter, pero antes respira hondo -dijo mi abuela.

-Todo es por culpa de esa maldita mujer, de Rachel, que ha ido pregonando por el pueblo que algo pasa en esta granja, ha mentido diciendo que ha intentado visitar a Grace en varias ocasiones y que no ha logrado verla. Además, parece ser que me ha expiado cuando he estado en la huerta y comenta que es muy raro que jamás te hubiera visto, y claro eso ha preocupado a los del pueblo porque todos conocen lo que te gusta recoger con tus propias manos las verduras.

-¡Claro, cómo le obligabas a hacerse invisible! -exclamé yo con temor.

-Alice, hubiera dado igual que me hiciera visible, yo creo que esa mujer no tiene la capacidad para ver fantasmas. Tranquilizaos, que no pasa nada, que digan lo que quieran. La situación de nuestra granja tan alejada de cualquiera otra y del pueblo nos favorece.

-No, Grace, que la cosa se está poniendo fea. Ya te dije que el carnicero me suele preguntar por ti, pero es que hoy al hacer la compra lo ha hecho todo el mundo. Sabes que te aprecian mucho, y quieren saber qué te ocurre, y por qué nunca te ven.

-Pero ya les dijiste que estaba enferma y que por eso no salía. Además sigues llevando mis rosquillas a los que he considerado mis amigos. ¿No es eso prueba suficiente? Si saben que nadie podría hacerlas como yo -contestó mi abuela que, pese a su malestar, no pudo evitar su conato de orgullo.

-Bueno, hoy no sé si me he pasado, pero les he dicho que es que no queríamos preocuparles, que tú jamás querrías que te tuvieran compasión, pero que la realidad es que estás postrada en una silla de rueda.

-¡Yo, en una silla de rueda! -exclamó mi abuela con indignación, precisamente ahora que puedo moverme sin tocar el suelo -siguió diciendo, al tiempo que comenzó a girar como si fuera una peonza, provocando las risas de mi hermano, que se calló en cuanto le di una patada.

-A ver, Grace, es que una gripe fuerte como comenté al poco tiempo de tu transformación ya no cuela, porque una gripe no dura tanto, por eso se me ocurrió lo de tu invalidez, esa situación explica mejor que no salgas de tu casa.

-Bueno, pues solucionado -contestó mi abuela sin parar de girar para demostrarnos lo ágil que se sentía.

-No, no está solucionado, parece ser que entre los vecinos han decidido que vendrán en un par de días para verte, que quieren saber cómo estás realmente. Te quieren mucho.

-Pues regresa al pueblo y les dices de mi parte que si realmente me quieren que me dejen en paz, que estoy muy deprimida, y que lo que menos me conviene es recibir visitas.

-No, si lo dije, no creas que no se me ocurrió, y con eso evité que vinieran conmigo, por lo que no tuve más remedio que decir que esperaran para que yo intentara convencerte, porque lógicamente, siendo como había sido antes de tu accidente tan activa y trabajadora, estabas fatal de ánimo.

-¿Les contaste qué tipo de accidente tuve para quedarme en una silla de ruedas?

-Sí, les dije que te tropezaste por las escaleras y que desde entonces no puedes andar, y mira que insistí en que era mejor que esperarán, pero nada, en dos días vendrán a verte.

-Con Rachel a la cabeza, seguro -comenté yo con rabia.

-¿Y qué haremos? -preguntó William realmente asustado.

-Quizás yo pueda solucionarlo -comentó Robert, hablaré con mi madre, seguro que ella ayuda.

-Tu madre no puedes ver fantasmas, Robert -aclaré yo.

-Pero creyó en mí cuando le conté el motivo que provocó mis tics nerviosos. ¡Ella creyó en mí! -exclamó de nuevo Robert, lo que me hizo comprender lo importante que era para él. Mi madre ha conseguido ser una magnífica maquilladora, más que maquilladora, transformadora a base de silicona y otros artilugios cuando quiere convertir a alguien en un ser diferente, tal vez por ese camino encontremos la solución -contestó Robert mirándome con ternura.

-Pero la abuela no tiene envoltura corporal, no tiene un rostro de carne y hueso. ¿Cómo podría transformarla? -pregunté nuevamente.

-Mientras Robert la convence, todos intentaremos pensar algo. Tranquilos, chicos, tranquilos -contestó mi abuela.

Pero yo sabía que no estaba tranquila, que el tiempo de paz y de tranquilidad parecía haberse diluido, y pensé para mí que nuestros vecinos eran unos malditos cotillas que sólo querían meter sus narices en cosas que no les concernían. La abuela, adivinando lo que sentíamos, nos aclaró que era normal que la gente preguntase por ella, y que sólo veía maldad en el caso de Rachel, porque esa mujer lo que deseaba comprobar era que realmente estaba enferma, incluso intentar calcular cuando la palmaría.

Se me ocurrió una idea que expresé a continuación, diciendo que por qué no nos íbamos a España al día siguiente. Que Peter podría volver a decirles que había olvidado contarles que teníamos ya los billetes de avión, y que tardaríamos en volver.

-Eso no es posible, Alice, piénsalo bien, primero porque no habéis terminado el curso, lo que no lo haría entendible; segundo porque todos saben que en esta época cualquier granjero que se precie no abandona su granja, aunque tenga en ella a alguien tan competente como Peter, y tercero porque lo único que conseguiríamos sería retrasar por un tiempo algo a lo que nos tenemos que enfrentar para acallar todos los rumores.

Estábamos pues en manos de Stella, la mujer que no tenía percepción para ver fantasmas, y que si aceptaba ayudarnos sería

exclusivamente porque creía en su hijo, aunque no pudiera comprender ni demostrarse a sí misma que lo que le contaba Robert era cierto, lo que me hizo compararlo con lo que mi abuela ya nos había repetido, no se necesita tener fe en alguien o en algo para creer en los que la poseyeran. Simplemente era decirse a uno mismo: “no puedo seguirte en tus creencias, pero te ayudo y pienso firmemente que tú la tienes”.

Después de irse Robert para hablar con su madre del peliagudo problema que nos había caído encima, mi abuela dijo a Peter que quería que le acompañara a casa de Jane, la mujer que había visto hacia años al fantasma de Bethia, y a mí me extrañó porque no entendí para qué quería ver en esos instantes a una mujer, que encima poseía una desarrollada percepción que le hacía poder ver fantasmas, lo que me obligó a recordarle que en ese caso ella misma se descubriría sin más, y sin esperar a que lleváramos a la práctica cualquier idea. La contestación de mi abuela fue que luego me explicaría, que tenía que darse prisa.

Salieron los dos, y yo me sentí un tanto frustrada pensando que en esos momentos deberíamos estar todos cavilando cómo podríamos hacer las cosas. Me fijé entonces que William, sentado en la mesa de roble en la cocina, parecía no estar pendiente de nada, como si estuviera sumergido profundamente en sus propios pensamientos.

-¿A que no es entendible que a la abuela se le haya ocurrido ir a visitar a Jane? -pregunté, al tiempo que indicaba que no lo comprendía.

William pareció no escucharme, y pensé que no sabía por qué perdía el tiempo en meditar si normalmente sus conclusiones eran siempre de lo más peregrinas.

-Quizás han ido porque la abuela necesitará una silla de ruedas, y quiere que Jane se la preste, aunque me parece una tontería, total nosotros podíamos comprarle mañana una en el pueblo-volví a decir alzando la voz para que me hiciera caso.

-Alice, deja de decir tonterías, que estoy pensando, no me dejas concentrarme.

-Vale, me voy al salón, como no estás acostumbrado a pensar, te pones insoportable cuando lo haces -dije muy enfadada.

-Si te digo lo que estoy pensando, prométeme que dejarás de

molestarme y que estarás callada un ratito, sólo un rato más -contestó mi hermano.

-¡De acuerdo! -exclamé, diciéndome a mí misma que me iba a reír a carcajadas en su cara si, como yo creía, esos pensamientos suyos no dejaban de ser ideas insensatas.

-Estoy dando vueltas a la cabeza pensando que si Stella hace bien su papel podríamos engañar a todo el mundo, y creo que tengo la solución: Stella se deberá disfrazar, intentar como sea parecerse a la abuela….

-¿Pero cómo se va a parecer si la abuela ya no tiene envoltura corporal? -pregunté indignada.

-Hoy estás un poco espesa, hermanita. Déjame continuar. Buscamos una fotografía de la abuela, Stella se disfraza intentando que sus rasgos sean lo más parecido a los de ella. Stella es la que tiene que representar el papel, hacer como si fuera la abuela. Ella es la que se sienta en la silla de ruedas.

Tuve que reconocer que William no había estado cavilando tonterías, que estaba pensando algo en lo que yo no había caído, porque desde que Robert expresó su plan, yo no paré de preguntarme cómo sería posible adherir una máscara de silicona o de cualquier otro material que Stella empleara en sus transformaciones y que se pudiera pegar al rostro inexistente de mi abuela, porque en la niebla o humo no se podía adherir nada, y no había caído en la cuenta que en realidad quien tenía que ocupar el puesto de la abuela sería Stella, y reconocí que desde luego estaba un poco espesa.

-No está mal lo que has pensado, ¿pero dime qué se te ocurre para conseguir que Stella hable como la abuela? Porque está claro que nuestros visitantes sólo quedarán satisfechos si oyen la voz de ella, no la de otra persona.

-Lo sé, lo sé, y he barajado dos opciones, aunque creo que la segunda es la más factible.

-Cuenta, cuenta -dije con interés-, sin importarme que William notara lo asombrada que me estaba dejando.

-Te contaré lo segundo que he pensado, y que creo que a la abuela y Robert les parecerá bien. Imagina a nuestra abuela sentada en la

silla de ruedas, bueno verdaderamente sentada es un decir, por supuesto haciéndose invisible hasta para nosotros, encima de la cual se acomoda Stella, que sólo tiene que mover los labios con cada sílaba que la abuela pronuncie. Es complicado, pero es lo único que se me ocurre, porque no soy tan tonto de pensar que podríamos hacer un armazón para simular un cuerpo que ya no tiene, ni colocar una máscara en una cara sin huesos ni piel.

-Me parece estupendo lo que has pensado, y creo que ensayando podríamos conseguir que Stella, haciendo la mímica del sonido que emita la abuela parezca que habla. Stella ha sido actriz, una actriz sin éxito, tal vez logremos que haga el papel de su vida, pero tenemos que decirle a Robert que la traiga a casa, que necesitamos ensayar y ensayar, y desde luego debemos de escribir el discurso que pronunciará la abuela.

-Sí, tienes razón, tenemos que ensayar mucho, lo que también debemos de tener todos en cuenta es que no podemos permitir que los vecinos hagan muchas preguntas, en ese caso cualquiera de nosotros tendría que salir al paso con lo que se nos ocurra. Stella aprenderá a hacer la mímica del discurso de la abuela, no podemos exigirle más -contestó mi hermano.

-¿Dime, por qué crees que la abuela va a visitar a Jane? -pregunté, volviendo a lo que antes no me había contestado.

-Pues muy fácil, cabeza de chorlito, la abuela quiere saber si en el pueblo hay más vecinos con la percepción de ver fantasmas, porque si es así, tendríamos que cambiar de plan, y no creo que tengamos tiempo, mejor entonces nos largamos a España.

-¿Tú crees que Jane podrá darle esa información? ¿Y si es peligroso que esa mujer se entere de lo que es ahora la abuela? -pregunté.

-Si la abuela lo ha decidido es porque sabe lo que hace. Anda, prepara un buen cacao para los dos y vayamos al salón, hace frío en esta cocina.

Obedecí como una corderita, pero qué otra cosa podía hacer, si William me había quitado un peso de encima dándome algo importante: esperanza de que podríamos solucionar este nuevo problema.

Se nos hizo eterna la espera, cuando la abuela y Peter entraron nos

abalanzamos sobre ellos pidiendo información. Al mirar el rostro de humo o niebla de mi abuela supe que, al menos, esto había ido bien.

-Jane se sorprendió mucho al verme, lloró desconsoladamente cuando supo lo que me había ocurrido y también me felicitó por haberlo logrado -contó mi abuela.

-Fue más que una felicitación, Grace, te bendijo como si fueras una santa en los altares, te dijo que lo que habías hecho por amor a tus nietos sería algo que en el más allá tendrían en cuenta, y que cuando te fueras te recibirían con los brazos abiertos.

-Jane siempre fue muy religiosa -contestó mi abuela riéndose, pero lo importante es que me ha confirmado que excepto nosotros y ella, nadie del pueblo tiene la percepción de poder ver fantasmas, cosa que me complace, porque de lo contrario tendríamos que pensar en un plan diferente.

-¿Cómo lo sabe, Jane? -pregunté.

-Muy fácil, cuando en su juventud vio al fantasma de Bethia y lo pregonó por el pueblo, todos los vecinos decidieron acudir a las ruinas pensando que, si era cierto, podrían aprovechar el escaso turismo que por entonces teníamos, y poner el nombre de nuestra localidad en el mapa. Parece ser que acudieron en tropa, y que no vieron nada.

-Igual Bethia se había vuelto invisible y por eso no la vieron. -dijo mi hermano.

-No, no, cuando ya cansados se iban a ir, Jane gritó señalando al fantasma de Bethia, pero nadie excepto ella pudo verla, y así se marcharon decepcionados porque la mayoría de ellos ya había soñado con lo que podrían ganar ante semejante atracción.

-¡Vaya chasco! -exclamó mi hermano riéndose. Seguro que pensaron construir un montón de pubs en las ruinas, soñando con llenar el recinto de turistas mientras consumían cerveza y más cerveza. ¿Vosotros no sabíais nada de eso? -volvió a preguntar William.

-No, en esa época tu abuelo y yo trabajábamos mucho para sacar la granja adelante, y no teníamos tiempo que perder.

-Yo acababa de llegar, y bastante tenía con hacer méritos para que

vuestro abuelo y Grace decidieran firmarme un contrato fijo. Aunque si me enteré de que Jane insistía en que había visto un fantasma en las ruinas. Menos mal que estamos en Escocia, si hubiera ocurrido en otro país seguro que la hubieran tomado por loca.

-Creo, Peter, que en Escocia exageramos con eso de que es un país de fantasmas, igual esto es así porque en general piensan lo mismo que nuestros vecinos, que es una forma de atraer turistas, pero bueno lo principal es saber que ninguno de los que van a venir podrán verme, y sospecharán menos cuando vean que es Stella quien tendrá que hacer la mímica mientras yo pronuncio el discursito correspondiente. Peter irá a por Jane en nuestra camioneta porque yo, con su permiso, me he traído su silla de ruedas, algo que espero no le fastidie demasiado, pero Jane insistió mucho, ya que todavía, aunque con dificultad, puede moverse por su casa. Tengo que reconocer que la he aceptado con gusto, porque vaya tontería hubiera sido gastar dinero en una con lo ágil y rápida que soy ahora -dijo mi abuela, haciendo una serie de volteretas y malabares que nos hizo reír.

A mí me carcomía la sospecha de que la abuela hubiera hablado de su plan con William, porque los dos coincidían en que Stella tendría que hacer la mímica para simular que efectivamente era ella en el papel de la abuela la que hablaba, demasiado coincidente con la teoría elaborada de mi hermano que tanto me había asombrado, de modo que le pregunté si había hablado con William de su plan.

-No, no he podido hablarlo con ninguno de vosotros, pero es lo único que podemos hacer.

Noté que mi hermano me miraba con genio, supe que pensaba que la pregunta que le había hecho a mi abuela con respecto a si lo había hablado con él le había molestado, y pensé que estaba siendo realmente mezquina.

-Abuela, tú y William, sois increíbles, los dos habéis pensado lo mismo. Es un plan perfecto, a mi sólo se me había ocurrido lo de pegarte la máscara que confeccionara Stella a tu rostro, y no he hecho nada más que devanarme los sesos pensando en cómo podríamos conseguir algo imposible.

William se acercó a mí sonriente, posó su mano en mi cabeza y únicamente me dijo: “cabeza de chorlito”

Robert llegó a nuestra casa y nos comentó que su madre estaba

dispuesta a ayudarnos, que se asombró mucho pero que aceptó complacida el encargo.

-Mamá no ve a los fantasmas, carece de esa percepción, pero me está demostrando que cree en mí, incluso me confirmó que desde que le conté que mis tics nerviosos eran debidos al martirio que me infligía Archie, aparte de maldecir a éste, siente una gran alegría porque piensa que yo no tengo ninguna enfermedad neuronal que pudiera llegar a repetirse.

-Su actitud es loable, porque es difícil creer lo que ni se siente ni se ve, pero ella acepta tu creencia, Robert, y sobre todo se aferra a lo que más le importa, que tus tics no vuelvan Tienes que ir a por ella, Robert, debemos de ensayar, dile que pase el día con nosotros, porque todo tiene que estar preparado -dijo mi abuela.

Abrí la puerta cuando Robert llegó con su madre. Stella parecía inquieta, pero estuvo verdaderamente cariñosa conmigo, y cuando preguntó por mi abuela fue Robert el que le aclaró que estaba frente a ella, y entonces Stella extendió su mano con una tímida sonrisa, mano que no percibió ni le hizo sentir nada cuando se produjo el contacto con la de mi abuela de humo o niebla.

Proporcioné dos fotos que yo me había encargado de agrandar, precisamente antes de que ella se convirtiera en fantasma. En una de ellas, mi abuela aparecía muy sonriente, se la había hecho yo un día para estrenar la nueva cámara que me había regalado por mi cumpleaños. Recuerdo que la sorprendí en la huerta, arrancando verduras, y que al verme había alzado su rostro con esa sonrisa suya tan llana. La otra cuando la volví a sorprender escribiendo en una libreta donde apuntaba los gastos y ganancias de la granja. Esta vez no sonreía, había alzado su rostro con una expresión de seriedad diciéndome que la dejara hacer las cuentas, que era una labor que le costaba y necesitaba concentración, ya que siempre había sido tarea de mi abuelo. Stella, después de decir lo atractiva que fue mi abuela, eligió la última, la de gesto serio, aduciendo que si tenía que maquillarse haciendo creer que había sufrido un accidente, lo más lógico sería que ella se transformara con un gesto serio. Robert estuvo de acuerdo, y a mí me pareció correcta la elección.

Stella seguía nerviosa, pero yo notaba que me miraba con ternura y una cierta admiración. Cuando los pasé a la cocina, ella comentó que olía de maravilla, que sería un placer comer algo tan apetitoso, ya que ni Louise ni ella podían presumir de ser grandes cocineras.

-Eres una jovencita fantástica, qué bien cocinas, y encima ya sé por Robert que eres una gran estudiante -comentó Stella.

-No, no sé cocinar aunque estoy aprendiendo, todo lo ha hecho mi abuela -contesté.

-¡Ah, claro tu abuela, qué tonta soy! -exclamó nerviosamente-. Me gustaría felicitarla y darle las gracias tanto a ella como a vosotros por cómo os habéis comportado con Robert.

-Grace, sigue a tu lado mamá -contestó Robert-. Ella puede oírte.

-Gracias, miss Grace, gracias infinitas por haber acogido a mi hijo de esta forma tan generosa, le estaré siempre agradecida -pronunció Stella volviendo su cara hacia el lado contrario en que se encontraba mi abuela.

Robert y yo sonreímos e intercambiamos una mirada. Admiré entonces a esa mujer, y pensé en lo que mi abuela nos había repetido varias veces: a la madre de Robert no le importaba no ver lo que su hijo veía, sólo se limitaba a creerlo, y me dije que pese a su falta de coraje para haberse quedado con Robert, verdaderamente lo que ahora hacía la redimía por completo.

-Robert, di a tu madre lo que mi abuela está diciendo en estos momentos.

-Mamá, Grace te dice que ha sido un placer para todos ellos contar con mi presencia, que estés orgullosa de mí, porque valgo mucho -tradujo Robert con la cara enrojecida por parecer que se echaba flores a sí mismo.

-¡Qué razón tienes, Grace! Tengo un hijo que no me merezco.

-La abuela dice que si lo mereces, y que también te agradece mucho lo que estás haciendo -traduje yo entonces.

Y entonces, aunque estaba espesa, caí en algo que nadie había pensado, cómo iban a oír la verdadera voz de mi abuela si los que no poseían la percepción de ver fantasmas tampoco podían oírlos, y me sentí horrorizada.

Cuando lo comenté todos se quedaron callados, y vi que hasta en el

rostro nebuloso de mi abuela se notaba la preocupación.

-Impediremos que esos vecinos entren, simplemente dejaremos que aporreen nuestra puerta y no abriremos -dijo William.

-No soy una gran actriz, la prueba está en que no logré nunca triunfar, pero hice un curso de dicción, quizás si tuvierais una cinta con la voz grabada de Grace, pudiera ensayar e imitar su voz.

-Sí, la tenemos. ¿Os acordáis, chicos? Grabamos una cinta hace años, en un cumpleaños, aunque no recuerdo de cuál de vosotros fue -dijo Peter muy exaltado.

-Sí, es verdad, además fui yo quien la grabó, recuerdo que le dije a la abuela que tenía que pronunciar unas palabras, pero no tengo ni idea dónde puede estar -contestó William.

-Yo la tengo, la guardé en mi cuarto -aclaró Peter.

Mi querido Peter, enamorado totalmente de mi abuela, un enamoramiento que lejos de molestarme me enternecía. La expresión de los ojos de mi abuela me hizo comprender que ella también se había emocionado.

-Lo lograrás, mamá. Estoy seguro de que eres una gran actriz, capaz de imitar cualquier voz -dijo Robert cogiendo la mano de Stella con verdadera ternura.

-Es mucho el trabajo que me espera. ¿Robert, podrías preguntar a Grace si le importa que nos quedemos aquí hasta que lleguen sus vecinos?

-Mamá, Grace te lo agradece, y me dice que por supuesto, que es para ella un honor que nos quedemos todos. Te ayudáremos, entre todos lograremos que el rostro de Grace quede perfecto y que hables como ella hablaba, como sigue hablando -contestó, mirando hacia mi abuela, lo que obligó a Stella a mirar hacia ese lado, sin conseguir ver realmente al fantasma de mi abuela.

Todos nos dimos cuenta que Robert se había adelantado a las palabras que hubiera pronunciado mi abuela, y también que con el movimiento de su inexistente cabeza, ella estaba de acuerdo con la decisión tomada y se alegraba mucho.

Dicho y hecho, nos fuimos todos al salón, colocamos un foco sobre la foto de mi abuela para iluminarla convenientemente y dejamos trabajar a Stella, ayudando en lo que ella decía que hiciéramos, y así transcurrió la tarde, con una tarea dura, pero que parecía llegar a muy buenos resultados. Mi abuela me dijo que fuera a la cocina y que trajera la bandeja con sus deliciosas rosquillas, lo que hice con diligencia, y cuando volví con ella los que podíamos oírla supimos lo que quería.

-Stella, la abuela nos dice que paremos, sobre todo tú, que tienes que estar agotada. Quiere que descanses y disfrutes de sus galletas, son famosas -dije.

-No, no puedo descansar, cuando termine necesitaré practicar mucho para intentar imitar la voz de vuestra abuela, creo que no podré terminar en toda la noche.

-No, no, Stella -habló mi hermano ahora-. La abuela insiste en que descanses, que con el ritmo que llevas lo terminarás antes de irnos todos a la cama, y que con que practiques mañana su forma de hablar, será suficiente. Esperad, que ha ordenado que os haga té para acompañar sus galletas.

Forzamos a Stella a dejar su arduo trabajo. Yo me había quedado sorprendida de la cantidad de cosas que estaba utilizando para esa máscara, que si no perfecta, tenía que ser lo suficientemente parecida para engañar a nuestros vecinos.

Nos olvidamos de cenar, a pesar de que la abuela nos había reprendido a todos por ser tan desconsiderados con Stella, y ya pasada la medianoche la propia Stella, que hasta había empleado una lupa para observar minuciosamente los rasgos de esa foto, nos dijo que hiciéramos el favor de ir a la cocina y que cenáramos algo, que ella terminaría pronto.

La sorpresa fue mayúscula cuando Stella se presentó ante nosotros con su máscara de silicona cubriéndole su propio rostro, consiguiendo que al verla nos pusiéramos todos de pie. Vi que detrás de Stella estaba la etérea figura de mi abuela, pero al ver esa máscara que tanto se parecía a la que fue en verdad su cara real, irrumpí a llorar. ¡Cómo me hubiera gustado poder acariciar esa máscara, sentir que su textura era en realidad la piel que cubrió a mi abuela! Pero no lo hice, no podía causar el más ligero deterioro ante lo que para mí era un milagro.

-Qué maravilla, eres una verdadera artista -comentamos todos a la vez.

-Gracias, gracias, creo que ha quedado bastante bien, además he pensado que deberíais colocar la silla de ruedas en donde me sentaré en algún lugar lo más oscuro posible, para que se me pueda ver, pero que no se puedan apreciar con minuciosidad detalles precisos de los verdaderos rasgos de Grace. Ha quedado bien, pero no es exactamente igual que el bello rostro que ella tuvo -dijo entonces Stella.

-Has hecho un trabajo fantástico. Te quiero, Stella -dije abrazándome a ella en un impulso irrefrenable.

-Gracias, Alice. Sí, estoy contenta. La máscara no es perfecta pero podrá engañar a vuestros vecinos.

-Mamá, Grace acaba de decir que has hecho un magnífico trabajo, y te da las gracias -habló entonces Robert haciéndose eco de las palabras que acababa de pronunciar mi abuela.

-Os voy a confesar algo. Lamento no poder ver a Grace, no escuchar su voz, pero tengo que deciros que pasó algo en el salón que me alegró mucho, pero antes he de haceros una pregunta, no sea que esté confundida. ¿Se quedó Grace a mi lado cuando quise que me dejarais sola? -preguntó Stella.

Pregunta a la que todos a la vez contestamos que sí, que no volvió con nosotros a la cocina, y que de hecho había entrado detrás de ella.

-Bueno, es que me pareció sentir como si una brisa acariciadora me rozara la mejilla, aunque igual fue debido a que después de probarme la máscara ante el gran espejo de vuestro salón, al quitármela para corregir un pequeño defecto, dejé de sentir el calor que esta máscara produce en la piel, pero no sé, fue raro y muy agradable a la vez.

-Fue el beso de agradecimiento de mi abuela -dije-, sin esperar a que ella lo confirmara de palabra, algo que mi abuela hizo volviendo a acariciar mi pelo, provocándome la misma sensación de siempre, la que había podido sentir la madre de Robert, que ya se había convertido para mí, para todos nosotros, en una gran amiga.

Después de cenar, Stella pidió oír la cinta en donde se grabó la voz de mi abuela, y nos dispusimos todos a oírla. Sentí alivio al comprobar

que su voz, antes de convertirse en fantasma, era la misma que oía ahora, y al mirar a mi hermano y a Peter vi que ambos lloraban con disimulo. Era difícil entender que no siguiera aquí con nosotros, con su piel, con sus huesos, y era un alivio que se mantuviera a nuestro lado aún sin piel, aún sin huesos. El alma de mi abuela seguía viva a nuestro lado, protegiéndonos y era suficiente, más que suficiente.

Stella propuso que nos fuéramos a dormir, que ella se quedaría practicando, intentando imitar el tono de la voz de mi abuela, pero no tuvimos más remedio que decirle que mi abuela se negaba a que trabajara tanto, que estaba convencida que lo lograría al día siguiente, porque hasta que llegaran los vecinos iba a tener tiempo de sobra. Además, según ella, si había algún fallo siempre podríamos decir alguno de nosotros que nuevamente, y debido a su mal estado de salud de los últimos tiempos, había cogido un fuerte catarro, que el éxito de haber logrado hacer una máscara tan parecida a la cara que una vez tuvo era más que suficiente para engañar a todos.

Nos fuimos todos a dormir, y yo le indiqué a Stella cuál sería su cuarto, un cómodo cuarto que habían utilizado mis padres cuando venían a visitar a nuestros abuelos, y que mi abuela había cerrado cuando ellos murieron. La habitación estaba impecable y fue del agrado de Stella.

-¿Es, perdón, fue el cuarto de Grace? -preguntó Stella.

-No, fue el que mis padres usaban cuando venían a ver a los abuelos. Mi abuela no ha querido que durmieras en el suyo, no te fuera a dar miedo.

-No me daría miedo, te lo aseguro. Nada de esta casa inspira miedo, no me extraña que mi hijo haya sido feliz aquí, no me extraña -contestó Stella.

Antes de despedirme de ella con un beso, me di cuenta de que había subido la pequeña grabadora con la cinta, e imaginé que querría practicar, y no dije nada, sólo la sonreí con agradecimiento.

A la mañana siguiente, encontré a Stella en la cocina, noté por sus ojos que casi no había dormido, que había estado trabajando para imitar la voz de mi abuela.

-Ha estado en vela casi toda la noche ¡Pobre! -exclamó mi abuela-, pero como no me oye no me ha escuchado cuando le he insistido que

descansara. Creo que imita mi voz bastante bien, lógicamente si alguien está muy atento podría apreciar la diferencia, y ella misma ha escrito el discurso que se supone daré a nuestros vecinos. El discurso es bueno, lo recita con la emotividad necesaria para no ser sensiblero. Creo que debemos aceptarlo, yo no lo hubiera escrito mejor. Stella es una buena actriz.

Esta vez fue mi hermano el encargado de que Stella se enterara de lo que había dicho mi abuela, y noté que le halagó mucho. Mientras lo había escuchado miró a su hijo, y me di cuenta que estaba necesitada de sentir la aprobación de Robert, de que éste empezara a valorarla como ella soñaba.

Stella nos dijo que era consciente de que imitaba el tono de la voz de mi abuela bastante mejor de lo que pensaba, pero que no era perfecto, por eso quería que la oyéramos y opináramos. También comentó lo que la abuela ya me había dicho, que se había preparado un discurso, un discurso que nosotros podíamos volver a escribir por si el suyo no nos gustaba, y yo le aclaré que estaba segura de que nos gustaría.

Lo primero que hizo Stella fue imitar la voz de mi abuela con las mismas palabras que ella había pronunciado y fueron grabadas en la cita, y la verdad es que yo pensé que no estaba nada mal, aunque tampoco me atrevía a comentar que esa imitación suya fuera perfecta, porque lo que se dice perfecta no era, y que, tal como me dijo mi abuela al oído, podría pasar si no hubiera alguien entre los presentes que le diera por analizar su dicción con mente censora. Me acordé de Rachel, de esa estúpida mujer que sin poder ver nada, sus malas intenciones le llevaban a intuir que en nuestra casa había gato encerrado.

-Está bastante bien, mamá, podría servir, pero no es exactamente el tono de Grace -dijo Robert.

-Lo sé, lo sé, pero es tan difícil hacer un calco de la voz de alguien, que creo que no puedo hacerlo mejor. -contestó Stella compungida.

-Lee el discurso que has escrito, Stella, probablemente notemos menos las pequeñas diferencias en vuestros respectivos tonos de voces -dijo entonces Peter, con un matiz de cariño que él, al igual que mi hermano y yo, estábamos mostrando ahora.

Y este fue el discurso que la madre de Robert escribió, un discurso

acompañado de una interpretación magistral, porque tal como había dicho mi abuela era emotivo sin caer en la sensiblería. Stella era verdaderamente una muy buena actriz.

"Queridos vecinos, sé que os ha extrañado no verme durante tanto tiempo, y agradezco vuestro interés de corazón, no voy a relataros la serie de incidentes que me han ocurrido últimamente, no quiero cansaros, porque lo importante es que todavía estoy viva, que todavía me puedo hacer cargo, aunque con ayuda de Peter, de mis queridos nietos. Cogí una fuerte gripe que me hizo guardar cama más de lo que me hubiera gustado, y como todos conocéis mi carácter, cometí una imprudencia que me ha costado tener que permanecer el resto de mi vida en esta silla de ruedas. Me levanté porque estaba impaciente por volver a mi huerta, se ve que me mareé porque seguía con fiebre, y caí por las escaleras. Mi columna se ha resentido de tal modo que tengo que permanecer en ella el resto de mi vida. Estoy intentando recuperarme de la fuerte depresión que este luctuoso incidente me ha provocado, lucho por salir de ella, algo que lograré por la fuerza que me dan mis maravillosos nietos y el bueno de Peter, pero quiero que entendáis que no estoy ni creo que vaya a estar nunca preparada para ir a veros o recibir vuestras visitas, eso me haría retroceder en mi lucha contra la depresión, porque al veros delante de mí, recordaré con pesar que mi vida antes era como la vuestra, moviéndome, yendo al huerto, en fin una serie de cosas que ya no podré hacer. Sé que me apreciáis y por ello os pido el respeto necesario. Sabréis de mí a través de Peter, él será el encargado de trasmitiros mis mensajes, y por supuesto mis rosquillas que tanto os gustan, pero os pido encarecidamente que respetéis lo que sé que mejor me viene: mi soledad, una soledad que no os tiene que entristecer, porque tengo a mi lado a dos personas que lo son todo para mí: William y Alice, y también al bueno de Peter que no nos abandonará jamás. Gracias vecinos, y hasta siempre.

Todos nos quedamos mudos, era un discurso perfecto, recitado con la emotividad necesaria, sin pasarse. Creo sinceramente que ni mi abuela ni nosotros lo hubiéramos escrito mejor, y me volví a decir que desde luego Stella no sólo era una gran actriz, sino que también era una persona mucho más inteligente de lo que hubiera creído anteriormente, y de lo que sé que ella pensaba de sí misma.

Capitulo 12

Llegó el temido momento

Mi abuela nos comentó que necesitaba ir a las ruinas del castillo, que debía avisar a Bethia y Archie y decirles que tendrían que venir a nuestra casa y ayudarnos en caso de necesidad, y cuando yo le pregunté qué ayuda nos podrían prestar contestó lo que era costumbre en ella, que nos lo explicaría al regresar.

Regresó con la confirmación de esa ayuda, y nos explicó que había pensado que si algo se torcía, Bethia y Archie podrían causar un gran alboroto, haciendo creer a los presentes que una gran tormenta se avecinaba, y que lo lograrían moviendo las ramas del viejo roble que ya existía antes de que el abuelo y ella se hicieran con la granja, un maravilloso árbol que, en algunos momentos, habíamos odiado porque estaba lo suficientemente cerca de la casa para despertarnos súbitamente cuando el viento arreciaba con el golpeteo de sus ramas en las ventanas, incluso a veces, las más bajas habían llegado a golpear la puerta de entrada, obligándonos a salir pensando que alguien la aporreaba.

Es cierto que muchas veces, sobre todo cuando el árbol en cuestión nos fastidiaba, todos decíamos que había que talarlo, algo que sabíamos que la abuela jamás consentiría, y que nosotros, a la hora de la verdad, no hubiéramos querido.

Comimos bastante callados, todos estábamos nerviosos, impacientes porque todo pasara y a la vez deseando que no llegara la hora. La abuela revoleaba a nuestro alrededor, hasta que William, tan nervioso como el que más, se levantó y apartó una silla con la intención de que se quedara quieta e hiciera ademán de sentarse soñando con que realmente podía hacerlo.

-¿Está Grace sentada en esa silla? -preguntó Stella.

-Sí, no paraba de moverse, y mi hermano le ha indicado que se siente, porque nos estaba poniendo todavía más nerviosos de lo que ya estamos -dije yo-, sin atender la mirada de reproche que me lanzó mi

abuela.

Llamaron a la puerta, todos nos sobresaltamos y fue la abuela la que nos confirmó que eran Bethia y Archie, a los que en ese momento no llegamos a ver porque se quedaron fuera siguiendo el plan que mi abuela había ideado.

Fue Robert el que volvió a salir, y tanto William como yo lo seguimos. Noté que mi abuela agradecía el gesto de Robert.

-Archie, gracias en nombre de mi madre. Le salvaste la vida -fue lo que dijo al encontrarse cara a cara con Archie.

Archie le miró con ojos radiantes, y pensé que hubiera estado dispuesto a hacer lo que Robert le dijera si con ello obtenía su perdón. Vi que Bethia miraba también a nuestro amigo con ojos de gratitud.

Cuando volvimos a entrar vimos el gran nerviosismo de Stella, que no paraba de decir que igual se equivocaría, que siempre se equivocaba en todo, pero Robert la tranquilizó afirmando que tenía confianza en ella, y que todo saldría bien.

Noté lo que para Stella significaba cada halago de su hijo, cada halago nuestro, con ellos, sobre todo con los Robert, ella cogía más confianza, reforzaba el carácter que existía en su interior. Después de echar a todos del salón, la ayudé a vestirse, a peinarse como mi abuela se había peinado en vida, como todavía parecía estar peinada convertida en fantasma.

Los demás pasaron nuevamente al salón cuando ya Stella estaba arreglada, sentada en la silla de ruedas, con su máscara puesta convenientemente, y se asombraron mucho del parecido. Robert y Peter decidieron el lugar del amplio salón donde debía de permanecer, un rincón en el que la lámpara proyectaba en ella una ligera penumbra, que tal como dijo Robert, ayudaría a que las imperfecciones del disfraz ni se notarán.

Llegaron todos en tromba, como si esperaran una fiesta. Yo no estaba de acuerdo con la abuela cuando nos obligó a poner en la gran mesa una gigantesca bandeja de sus famosas galletas, porque pensé que así se irían más tarde, pero lo abuela insistió y no tuvimos más remedio que obedecer, aunque me dije a mí misma que no pensaba hacerle caso si me pedía que preparara el té para nuestros invitados, porque hasta que no salieran todos por nuestra puerta no pensaba abandonar el salón.

Peter no tuvo necesidad de ir a por Jane, ya que había avisado por medio del amigo pescador de éste, que ella vendría en la camioneta del carnicero, que se había ofrecido muy amablemente a traerla.

Los primeros en pasar fueron nuestro carnicero y Jane, que cogida de su brazo andaba muy despacito. Detrás de ellos, como no, vi que estaba la dichosa Rachel y su apocada hija, y luego una hilera de gente que de dos en dos eran recibidos por Peter, encargado de dar la bienvenida a nuestra casa. Yo estaba sentada a la derecha de Stella, William y Robert a su izquierdo, dispuestos a intervenir en el momento en que fuera necesario. Delante de nosotros habíamos colocado la gran mesa del salón con su bandeja de galletas, para que sirviera de parapeto entre "nuestra abuela" y las visitas. La lámpara iluminaba de lleno esa misma mesa, dejando en penumbra lo que no queríamos que vieran detalladamente.

-¡Pero, Rachel, haz el favor! ¡Qué me vas a tirar! -dijo entonces la vieja Jane -volviéndose muy furiosa hacia Rachel, que había pretendido adelantarla.

Aunque nos hubiéramos preocupado de colocar la silla de ruedas en la penumbra, el sillón, que tenía que ocupar Jane sí o sí, era el más iluminado. Peter era el encargado de que ella se sentara allí aunque hubiera entrado la última, pero no fue necesario porque nuestra amiga no iba a consentir que ni Rachel ni nadie se le adelantara.

-¿No sé por qué no has traído tu silla de ruedas, Jane? Andas como las tortugas -oí replicar a Rachel.

Qué alegría sentí cuando Jane obligó al carnicero a pararse, y se volvió hacia Rachel diciéndole que habría que ver como andaría ella cuando tuviera sus años, al tiempo que con su bastón atizaba un buen golpe en toda la espinilla de esta mujer, que se paró del dolor que debió de provocarle, pero que no tuvo el detalle de hacerse a un lado y permitir que la tercera fila de invitados pasara. Nada de eso, su desfachatez le hizo taponar con su gran trasero a los que la seguían.

Miré a mi abuela, que en esos momentos estaba a mi lado, y sofoqué la risa y el placer que la acción de Jane me había provocado. Al mirar a Robert y William vi que ellos habían emitido una ligera carcajada que reprimieron rápidamente.

Por supuesto, Jane ocupó el lugar de más visibilidad junto con

nuestro carnicero, que al ser corto de vista nos favorecía, detrás de estos asientos se habían colocado en fila una serie de sillas que fueron ocupadas por los demás.

Y empezó el discurso, y fui capaz de percibir que algunos lloraron, sintiendo de veras lo que mi abuela había pasado en los últimos tiempos, aunque eso no les impidió hartarse de galletas. Todo había salido bien. Al finalizar el discurso todos aplaudimos, hasta Rachel que intentaba mirar lo más cerca posible a "la abuela", algo que Jane se encargaba de impedir moviendo su cabeza hacia el mismo lado en que ella la movía.

-Bien, agradecemos la visita, la abuela quiere que se lleven las galletas, yo les traeré más de la cocina, pero ella debe de descansar, es lo que necesita y ha recomendado el médico -dijo William.

Jane, alzando el tono, se levantó y dijo que ya era hora de que dejaran descansar a la querida Grace, que entendían su estado y que nadie la molestaría más, que todos se conformarían con saber de ella a través de Peter.

-Pero qué pasa aquí, por qué gritas de esa forma, Jane? En esta casa ocurren cosas muy raras. ¿No veis diferente a Grace? ¿No notáis algo raro en su voz? -preguntó Rachel levantándose de su silla.

En ese momento vi a mi abuela desplazarse hacia la puerta de entrada, traspasarla, y pensé que iba a avisar a Bethia y Archie para que empezará la función, y bendije a estos fantasmas y maldije a Rachel con todas mis fuerzas.

Bethia y Archie hicieron bien su trabajo, las ramas del viejo árbol empezaron a golpear violentamente las ventanas, la puerta, anunciando una gran tormenta que invitaba a los visitantes a dar por finalizada la reunión, pero Rachel parecía como poseída y gritaba cada vez más alto, y Jane no se amilanó conminando a todos a irse para que la tormenta no les pillara antes de llegar al pueblo.

-No, no nos iremos de aquí hasta que no me haya acercado a Grace. Su aspecto es un poco diferente, no entiendo cómo no apreciáis la diferencia.

Todos dijeron que no habían notado nada, pero Rachel insistía e insistía y vi que mi hermano se levantó y se puso delante de Stella, de ninguna forma iba a consentir que se acercara a ella, ni yo tampoco.

Pero no fue necesario impedirlo, aunque yo estaba dispuesta hasta darle un buen empujón para evitar que mirara cara a cara a “mi abuela”. Jane hizo que Rachel cayera hacia atrás con su bastón, lo que se saldó con que todas las sillas de detrás, cayeran a su vez como fichas de dominó.

Menos mal que nadie pareció haberse hecho un gran daño, aunque algunos protestaron por el golpe, algo que Jane solucionó cogiendo la bandeja de galletas invitándoles a degustarlas, lo que no habían dejado de hacer durante toda la reunión.

-¡Qué aquí pasa algo raro! ¿No le notáis? -siguió gritando Rachel desde el suelo, presa de una rabia tremenda.

Nuevamente la falda vaporosa de esta mujer le jugó una mala pasada, y ahora ninguno de nosotros tuvimos nada que ver, pero ocurrió como un milagro del destino que nos ayudó. Al volver a levantarse el vecino que había estado detrás de Rachel, enderezando su propia silla, apresó su falda con las patas delanteras de la misma, y como Rachel logró izarse con la ayuda de nuestro orondo carnicero, quien no debió de calcular bien la fuerza empleada, se rasgó totalmente, sin que nadie pareciera darse cuenta del desaguisado, ni siquiera ella misma.

-Nadie me va a impedir acercarme a Grace, os repito que todos deberíais hacer lo que yo, aquí pasa algo raro, y tú, Jane, ni se te ocurra volver a agredirme -gritó con furia Rachel.

-Por favor, Rachel, cálmate, y ven, haz el favor -dijo entonces Peter que hacia un rato que había entrado en el salón.

Peter la cogió gentilmente de la mano, y se situó con ella fuera de esas filas de sillas, y entonces fue cuando todos nuestros vecinos comenzaron a carcajearse ruidosamente, carcajadas que, junto con el batir de las ramas, provocaron un tremendo guirigay.

Me levanté de mi asiento al igual que William, nos acercamos al punto en donde estaba Peter con Rachel, y volvimos a ver la horrorosa faja de ballenas que desde la cintura le llegaba a la corva de la rodilla, y entonces nos unimos a las risas de los demás.

-¿Pero qué pasa, por qué os reís así? -preguntó de nuevo Rachel, que antes había parecido sentirse muy complacida con la gentiliza de

Peter.

-Querida Rachel, ¿qué te pasa? Ves cosas raras donde nadie las vemos, y haces cosas más raras todavía. Ten cuidado, vigila tus nervios, querida amiga -dijo Peter al tiempo que le indicaba que volviera su cabeza. Antes de escuchar los gritos de Rachel, oímos los de Mary, su apocada hija.

-¡Mamá, qué vergüenza! Bájate esa falda por Dios.

-Mary, tranquila, ya os vais, y por favor vigila a tu madre, y no le consientas que no te permita ir a la playa como a ti te dé la gana. No es la primera vez que esto pasa, últimamente le da por hacer exhibicionismo, por mostrarnos sus interioridades.

Vi a Mary colocarse detrás de su madre, como si fuera una sombra, y salir fuera del salón, acompañados por los demás que antes se repartieron las galletas, no sin decir mirando a "mi abuela" que lamentaban que su salud se hubiera deteriorado, que no la molestarían, etc., etc. La última palabra la pronunció Jane, que dijo a todos que menos palabrería y que dejaran de molestar de una vez.

Los seguí, iba detrás de Jane y me fijé en cómo guiñó el ojo a mi abuela, que ya se debía de haber encargado de avisar a Bethia y Archie para que pararan de agitar el viejo roble .

-Os habéis fijado, el tiempo se ha calmado repentinamente -oímos decir a nuestros vecinos ya fuera de nuestra casa.

-Sí, menos mal, porque estaba anunciando una buena tormenta. Seguro que han sido las oraciones de Grace, que ha pedido para que llegáramos secos a casa. Da las gracias Rachel, porque con tu trasero al aire hubieras cogido una pulmonía -dijo Jane a grito pelado con la intención de dejarse oír.

Más tarde, mi abuela nos explicó que pudo ver como Jane sonrió a Bethia cuando ésta la saludó con la mano recordando a la joven que una vez la vio, también pudo ver a Archie, y en una de las visitas que mi abuela le hizo posteriormente, le comentó que le parecía un fantasma con muy buena presencia, y que le sorprendía lo que le había contado con respecto al tormento que había hecho pasar a los descendientes del clan Cameron.

Cuando nos despedimos de Stella, dándole de corazón las gracias,

recordándole que era una gran actriz, sentí la alegría inmensa que esta mujer recibió al ser abrazada con fuerza por Robert.

Capitulo 13

Y pasaron los años.

Los años fueron pasando, nadie nos molestó, y sucedió algo que me extrañó al principio y que no di importancia aunque no lo comprendiera hasta mucho tiempo después. Un día Robert vino a mi casa y salió de ella acompañado de la figura de humo y niebla de mi abuela, impidiendo que yo me sumara a lo que creía que sería una charla más entre ellos. Cuando pregunté a mi abuela de qué habían hablado, me contestó que ya me enteraría, y no volví a pensar en ello, ocupada como estaba por disfrutar de la compañía de mi hermano y de Robert que se irían muy pronto a la Universidad. Jamás caminé tanto ni hice tantas excursiones junto a ellos dos, sabiendo que me abandonarían hasta el momento en que yo también fuera a Edimburgo a estudiar en la Universidad.

Los eché mucho de menos, pero disfruté de mi abuela, aprendí de ella y logré ser feliz, aunque a veces me atormentara preguntándome hasta cuándo permanecería conmigo. Sabía que el peligro ya había pasado, porque, tal como recordaba haber pensado hacía tiempo, al ser mi hermano mayor de edad bien podía convertirse en mi tutor legal, evitando que me llevaran a cualquier institución, y esto, en vez de un alivio, se convertía en un tormento cuyo pensamiento intentaba eludir, pero un día se lo pregunté a mi abuela.

-¿Abuela, imagino que no pensarás en ningún momento irte, verdad?

Mi abuela me miró sorprendida y me contestó que no pensaba dejarme, que sólo nos separaríamos cuando yo fuera a la Universidad, porque imaginaba que cuando estuviera allí, no querría verla a ella sobrevolando por las aulas mientras vigilaba que yo me comportaba como la alumna que esperaba que sería, y no me aclaró nada más ni quiso precisar si el dejarme se refería al tiempo que pasara fuera de nuestro hogar o era para toda la eternidad.

A veces sentía que el tiempo se detenía, sobre todo cuando esperaba impaciente a que los chicos volvieran, y en cambio otras

sentía lo contrario, que el tiempo corría y deseaba no llegar jamás ni a mi mayoría de edad ni a la Universidad.

Pero llegó el día. Mi equipaje estaba preparado delante de la puerta, Peter limpiaba la camioneta que nos llevaría a los dos, y me abracé a mi abuela, y aunque ella se colocó delante de un pequeño sofá para evitar mi caída al traspasar su cuerpo etéreo de niebla o humo, no caí, y sentí que me abrazaba al aire, a la brisa, y que me sujetaba. Lloré con desconsuelo, y la fuerte Grace, mi maravillosa abuela, también lo hizo, sentí sus lágrimas traslucidas como si mojaran mi piel.

-Venga, cariño, que Peter espera. Todo te irá bien, aprovecha el tiempo. ¡Qué orgullosa me siento, qué orgullosos se sentirían tus padres! -exclamó.

-Abuela, por favor espérame, espérame. No podría soportar que volviera con William y Robert en vacaciones y no encontrarte.

-Esperaré. Disfruta de la compañía de tu hermano, y sobre todo de la de Robert, pero piensa que vas a estudiar.

-¿La abuela nos esperará, verdad, Peter? Pregunté sentada a su lado.

-Sé que cuando volváis las próximas vacaciones ella estará -fue lo que contestó Peter, sumergiéndose luego en un silencio que respeté.

Esas soñadas vacaciones llegaron. Fuimos los tres a la casa de mi abuela, Robert y yo no necesitábamos disimular lo que ambos sentíamos, lo que todos ya sabían. Recuerdo esa noche como la noche más magistral de todas, con el final más triste que pude imaginar, una tristeza que sólo pude superar por las palabras que mi abuela pronunció al final.

En esa noche volvimos a disfrutar de lo mágico que ocurría en nuestra cocina: platos volando, carne y pescado cayendo con delicadeza en esos platos. La magia de mi abuela, la magia que una mujer llamada Grace impuso en nuestras vidas, aún antes de convertirse en fantasma.

Después de los postres, mi abuela dijo que tenía que tomar la palabra, que debía de hablarnos. Todos nos miramos, yo pensé que la abuela iba a hablar de lo contenta que se sentía por nuestras buenas

notas, pero al darme cuenta de que Peter lloraba, supe que iba a escuchar las palabras más dolorosas que jamás hubiera escuchado en mi vida.

-Chicos, he cumplido mi cometido, todos sois ya mayores de edad, Robert y William están a punto de graduarse en la Universidad, y tú, Alice querida, también lo harás, pero yo he de partir ya, llegó mi hora.

-¡No! -grité- ¡Cómo vamos a vivir sin ti! ¡Di algo, William, di algo Robert, y tú, Peter, impídelo! Sólo Peter con la voz quebrada me contestó.

-Alice, tranquila, tranquila pequeña, ha llegado el momento, Grace ha luchado con todas sus fuerzas para que la llamada no la atrapara, pero ya no puede más, debe irse, no la hagas sufrir así, despídete de ella de otra forma, despediros todos como ella desearía.

-¿Por qué, abuela, por qué? -pregunté.

-Porque tiene que ser así, cariño, no me vas a perder, siempre estaré aquí -dijo, señalando mi corazón, y fui capaz de notar su roce como la brisa que siempre me acariciaba cuando ella lo hacía. Todos nos abrazamos a ella, ninguno nos caímos, y mientras se difuminaba le dio tiempo a decir unas palabras que fueron la ayuda que nos permitió seguir.

“Mientras permanezca en vuestro recuerdo, seguiré viva”

Pasado el tiempo, el bueno de Peter nos aclaró que sabía que mi abuela iba a partir, que ella había luchado indomablemente, resistiéndose a la llamada imperante hasta vernos a todos con suficiente edad para sentirnos dueños de nuestras vidas y actos, y entonces entendí su melancolía cuando me llevó a Edimburgo, y pensé que probablemente esa lucha encarnizada de mi abuela se debió de hacer más intensa cuando el peligro de que nos llevaran a alguna institución desapareció con la mayoría de edad de William. Ese peligro había sido el talismán maravilloso que actuó de freno para resistirse a esa llamada. Mi abuela nos protegió a todos, y a mí especialmente al aguantar a mi lado el tiempo necesario para que yo no sintiera mi soledad.

Robert me explicó lo que ella le había obligado a hacer, sin saber al principio por qué.

-Hablé con nuestro director, le presenté a tu abuela, él la pudo ver y pareció aterrorizarse, aunque al escucharla se tranquilizó. Yo, antes de dejarlos a solas, le dije que me confirmara si sabía lo que había sufrido mi padre, lo que yo soporté, y él me confesó que sí, que lo había presenciado. Este hombre veía a Archie, pero prefirió no intervenir, no hizo lo que vosotros y por ese motivo Archie lo dejó a él en paz. No sabía lo que Grace quería de este hombre, pero le dije que fuera lo que fuera que la ayudara, que me lo debía.

Cuando Peter nos mostró el acta de defunción de mi abuela comprendimos todo. Un acta firmada por el médico del pueblo, la persona que había ocupado el puesto de nuestro director cuando él abandonó el ejercicio de la medicina, un acta firmada justo el día en que decidió partir hacia el más allá.

-Vuestra abuela quiere que conservéis este documento. No quiere que tengáis ningún problema legal. Vuestro director siguió visitando a Grace mientras estabais fuera, él mismo le prometió a tu abuela que se haría con esta acta en la fecha y el día que ella eligiera. Ayer mismo me la entregó.

-¿Pero cómo logró que la firmara el actual médico? - Preguntó mi hermano.

-Porque Grace quiso que lo firmara el único médico que está en activo en el pueblo, hasta ese punto de previsión llegaba para protegeros de problemas. Vuestra abuela le dijo al director que ya era el momento, y él hizo lo que ella quiso, se fue a mediodía a ver al médico actual, en el momento en que este hombre se disponía a visitar a una serie de granjas, y le explicó que había acudido como era su costumbre a visitar a Grace, y así poder contar a los vecinos como seguía, y que ella empezó a encontrarse mal ocurriendo lo peor, porque dejó de latirle el corazón ya que sufrió un infarto fulminante. La jugada de Grace fue perfecta, todo encajaba, porque en el pueblo se conocían las visitas de vuestro director, que además se encargaba de informarles sobre su salud. Grace también había estudiado el momento elegido para que el médico que ejerce en el pueblo firmara. Pensad en la escena -siguió diciendo Peter. Vuestro director, también médico, irrumpe en el momento en que ese hombre se tiene que ir de prisa y corriendo, lo que le obliga a pensar con lógica que para qué ir a comprobar una muerte que está perfectamente acreditada por otro médico, que aunque no ejerza, ha tenido y tiene capacidad suficiente para saberlo, y entonces sin parar, por las prisas, le firma el acta poniendo todos los datos correspondientes. ¡Vuestra abuela era un

genio! -exclamó Peter alzando la voz.

Me abalancé sobre Peter, lo abracé con todas mis fuerzas, y le dije que todavía lo teníamos a él, a lo más parecido a un abuelo que se podía tener.

Pasado el tiempo, la frase que pronunció mi abuela antes de partir: “Mientras me tengáis en vuestro recuerdo seguiré viva”, fue el talismán que nos permitió que volviéramos a disfrutar de la vida e intentar ser felices, lo que mi abuela quería, por lo que luchó tanto en su vida corporal como al convertirse en niebla y humo para seguir cuidándonos.

FIN